

GRISELDA MARTÍN CARPENA



MadLao

MÁS ALLÁ DE LAS MONTAÑAS



Griselda Martín Carpena

MADLAM

(Más allá de las montañas)

Primera edición: diciembre, 2017

@ 2017, Griselda Martín Carpena
sisel59@gmail.com

ISBN: 13: 978-1981506958

ISBN: 1981506950

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún

fragmento de esta obra.

A mis hijo, solo por ellos recorrería los mundos.

ÍNDICE

ÉRASE

- 1—Permiso de escribir
- 2—Treinta por ciento, bruja
- 3—Sin máscaras
- 4—Los colores del otoño
- 5—Fragmentos de eternidad
- 6—En un punto de la inmensidad
- 7—Maletas vacías

UNA HISTORIA

- 8—La Cova Oblidada
- 9—Fragmentos de cristal
- 10—Una sutil fragancia de incienso
- 11—Un cuadro y un reloj que funciona al revés
- 12—El hombre de la niebla

13—Desparecer

14—El tronco de los deseos

15—La mujer de ojos verdes

16—Las piezas de un puzle

17—Los ojos del tiempo

UN FINAL

18—Luz en la oscuridad

19—La espiral que me espera

20—Ver claramente

21—Una fina línea azul

22—Hologramas en el tiempo

23—Nadar en el aire

24—La roca Agujereada

25—Polvo de estrellas

GRISELDA MARTIN CARPENA

PRÓLOGO

Aura, Telma, Odina, Akhasia, Artur, Neo, David, personajes que transcurren en la narración de un otoño corriente, entre paisajes corrientes y entre vidas corrientes, pero que nos conducen a una insólita posibilidad, a una asombrosa fábula factible para aquellos que saben que más allá de lo que vemos, todo es posible.

Un encuentro fortuito entre Telma y Artur, unos enigmáticos ojos transparentes, un reloj que marca el tiempo a la inversa, un cuadro con un insondable paisaje... abren dimensiones, secretos y recuerdos que modifican el destino de todos y cada uno de los personajes inmersos y unidos en un hermético pasado, en un no menos enigmático futuro y en un imponente lugar: Madlam.

Griselda Martín nos traza una historia donde la ficción cruza atmósferas cotidianas para conducirnos a una dimensión paralela, franqueando los límites de lo fantástico de modo armónico y atrayente. Así, nos movemos en un amplio ámbito donde el mundo que entendemos como racional deja de serlo para integrar lo no aparente, introduciendo elementos sobrenaturales sorprendentes. Pero ¿qué es posible y qué no lo es? La autora nos invita a soñar que la Tierra no es el único lugar habitable, que los límites tal vez no

estén tan claros y que la humanidad es un maravilloso misterio.

En los espacios de una Barcelona mágica, el Aragón de las huellas perdidas o la enigmática montaña de Montserrat, la autora nos desvela paisajes que esconden accesos, ventanas que abren dimensiones paralelas, escenarios de dinosaurios, hadas, dragones, puertas, cuevas, relojes, estrellas, hologramas, niebla o espirales. Todo ello visible e invisible a la vez, perceptible e imperceptible, manifiesto y oculto.

Margarita Espuña Cerezo

1 Érase

1

PERMISO DE ESCRIBIR

Hay otros mundos, pero están en este.

Sin razonar, siempre tomé como cierta esta frase atribuida a Eugène Grindel, pero tuvieron que pasar unas cuantas semanas y algunos hechos para que me diera cuenta de que tan solo creía saberlo. Con suerte, a veces las respuestas nos son dadas en su momento oportuno. A pesar de las contradicciones que siempre me han acompañado y me acompañarán, a pesar de las ausencias, de la tristeza y de tantos acontecimientos extraños que hemos vivido durante estos días, creo que a mí también me alcanzará ese instante. Las respuestas no son claras, están empañadas por capas de incerteza, de dudas que desearía borrar a través de este escrito.

“¿Quién es?”, le pregunté a mi hermano, observando el rostro de la mujer que había dibujado decenas de veces en su cuadernos. “No lo sé. Tal vez no exista”, respondió.

Observé su mirada perdida en un lugar que no acerté a sospechar y, que aún ahora tras las evidencias, todavía no soy capaz de entender. Tan solo pasaron unos segundos cuando añadió: “Tal vez siempre haya estado entre nosotros. Su nombre es Telma”.

Dos días han transcurrido desde aquella conversación y, en estas cuarenta y ocho horas, el entorno que nos era habitual y cómodo se ha convertido en un lugar extraño. Las personas que siempre me han acompañado y cuyas reacciones preveía han desaparecido o bien se muestran desconocidas.

Estoy en el piso de Odina, nuestra madre, delante de su ordenador, sentada en su silla preferida e intentando comprimir los recuerdos en frases, en líneas compuestas de palabras que vayan cubriendo la blanca pantalla del ordenador, palabras que deben liberar las mariposas que revolotean en mi mente, que retengo y que desean volar. Empezaré un viaje por el tiempo y haré el esfuerzo de estirar el poco tiempo del que dispongo. Dilataré los días, las horas, los segundos, como si fueran chicles de menta fresca o de fresa ácida... Lo intentaré hasta conseguir que las palabras surjan, tomen un sentido y pueda ser capaz de comprender qué nos ha pasado.

Telma no es tan solo el dibujo de una mujer de ojos transparentes, el rostro que mi hermano ha dibujado en decenas de láminas, es el detonante del tsunami que ha zarandeado nuestras vidas. La realidad se ha convertido en una palabra sin sentido y lo intangible ha ido tomando forma sin darnos tiempo a entender.

—*No tengo tiempo, Odina.*

Es la frase que he repetido una y otra vez, hasta la saciedad, dando por terminadas las conversaciones que mi madre intentaba establecer conmigo. Yo sabía lo que ella deseaba, lo que desconocía eran mis propios deseos. Tal vez quería descubrirlos por mí misma. Aún no lo sé.

—*Aura, el tiempo es relativo.*

Es la respuesta que escuché un sinfín de veces y que no intenté analizar. La tomaba como una de tantas frases hechas que se lanzan al aire sin pensar. Y en estos momentos sé que estaba muy equivocada.

Sentada en su silla y utilizando su ordenador, me parece volver a escuchar su voz repitiendo aquellas frases. Miro a mi alrededor y no contesto, no hay nadie, pero me hacen un guiño las decenas de relojes que con diferentes estilos, tamaños y horarios decoran el estudio de Odina.

—*Aura, el tiempo es relativo.*

Parecen decir una y otra vez con el movimiento de sus péndulos, de los segunderos y minutereros que recorren lentamente las esferas, sin darle turno al

descanso, demostrando con su acción que el tiempo es una quimera, que siempre o nunca pueden ser sinónimos.

Odina no está. No sé si algún día la volveré a ver, pero la siento cerca. Aspiro su aroma que permanece impregnado por toda la estancia. Los conos de incienso, consumidos durante años en múltiples tarros de vidrio y cerámica, parecen haber dejado su esencia en los poros de las paredes, en las fibras de madera que cubren el suelo... El olor a sándalo me ayuda a sentirla muy cerca, tal vez, controlando allá dónde esté ese tiempo que marcan las manillas de sus relojes.

No soy testigo de este escrito, pero sí forma parte de la historia. Artur, mi hermano, me confió su experiencia y me ha dado permiso para escribir. Tan sólo hace unos días, no se hubiera atrevido a proponerme el reto de que tomara el papel de su escriba, pero nuestra realidad ha cambiado y, yo también, “me he dado” el permiso. No han hecho falta las palabras para que Artur capte la licencia que me he otorgado, porque nunca le he escondido secretos, tampoco hubiera podido.

La conexión entre gemelos es un hecho documentado y así ha sido en nuestro caso. Conocer los sentimientos, dudas e incluso los pensamientos absurdos de mi hermano siempre ha sido un hecho tan sencillo como el pasar las páginas de un libro. Yo intentaba levantar murallas pero, como si fueran de cristal, se derrumbaban en mil añicos tan solo con su mirada. Acabé

aceptando esa peculiaridad y la hemos vivido de forma tan natural como el hecho de observar el sol cada mañana y la luna al atardecer.

Vuelvo a mirar la pantalla del ordenador y me siento intranquila. Tengo que escribir, bucear en el pasado y deshacer esa madeja que se me enreda por la cabeza. Pero... ¿Por dónde empiezo? No sé quiénes somos. No sé quién soy. Miro las teclas del ordenador y las letras parecen no tener significado. Borro frases enteras que vuelvo a escribir.

Las letras... Quizás en ellas obtenga respuestas. Tal vez nuestros gestos, miedos, aficiones... Tal vez lo que creemos ser me conduzca a ese lugar del que habla mi hermano, a ese lugar dónde puede que esté Odina.

Las letras siempre me han ayudado. Empezaré con ellas.

Artur y Odina, mi pequeña familia, sabían de mi afición por la escritura y de la obstinada negación a exponer mis textos. Las palabras, ya fueran en forma de poesía, de cuentos o en las intimidades de mi diario personal eran como un lugar secreto donde me cobijaba, reía, lloraba, donde comprendía... Era un lugar al que nadie podía entrar. Ahora me es igual. Abro las puertas.

Desde muy pequeña, he sentido una afición adictiva por las letras. Tanto es así, que mi vida tiene una clara línea divisoria. Recuerdo cuando de niña paseaba por las calles y observaba como un reto aquellos signos que existían a mi alrededor: en los rótulos de las tiendas, en los carteles pegados en los muros, en los envoltorios de los caramelos y sobre todo en los cuentos

que mi madre nos leía al anochecer. Me desesperaba por entender el enigma que me mostraban y aún no sabía descodificar. Un día enlacé unas letras con otras y se me ofreció un mundo tan extenso que me hizo sentir como una mota de polvo. El universo se escondía entre las páginas de los libros, universo que para ser descubierto tan solo era preciso el gesto de tomar al azar una obra de la biblioteca, adentrarse en su interior y el viaje empezaba. Aún así, me licencié en ciencias exactas.

Me apasionan las matemáticas, pero si me dediqué profesionalmente a los números y relegué la escritura a la clandestinidad fue para diferenciarme de mi familia y, sobre todo, para sobrevivir: debía convivir con las niñas de clase sin sentirme un bicho raro.

Pensé que los resultados exactos, fórmulas y diagramas concretos se convertirían en las raíces que me engancharían a la tierra y, así, me sería imposible volar al mundo de fantasía que, muy pronto, empecé a rechazar. Mundo que me asustaba a la vez que me atraía como un potente imán.

Me equivoqué.

La exactitud que buscaba en la ciencia para servirme de refugio me mostró que también esconde misterios. Pensemos en el número Pi de los egipcios, en el Áureo de Euclides o tan solo en un concepto incomprensible y tan reiterativo en matemáticas como es el Infinito.

O sea, que haga lo que haga, parece ser que dispongo de una tendencia

innata para volver una y otra vez al mundo de lo etéreo, donde la invisibilidad es tan solo un concepto, una barrera que se está desmoronando.

Levanto de nuevo la mirada de la pantalla y no puedo evitar una sonrisa. Dragones, sirenas, hadas y pequeños duendes de cara regordeta comparten vivienda con la colección de relojes. Las ilustraciones inacabadas de Odina parecen esperar un último retoque y que la caricia de su pincel cambie el tono de sus cabellos, añada una arruga a sus vestidos y puedan convertirse en los personajes de esos cuentos que harán soñar a niños como los que observo en este momento tras la ventana, niños que seguramente corren sin desear alcanzar ninguna meta, que corren por el simple placer de correr.

A los tres años, dejé de correr.

Odina me observaba y, a pesar de mi corta edad, yo era consciente de su escrutadora mirada. Disimulaba aquel problema, ignoraba el dolor que bajaba por mi pierna izquierda e intentaba correr junto a mi hermano. No quería que me llevara al hospital, aquel lugar con olores desagradables donde no existía el color. Todo era blanco: la ropa, los azulejos de las paredes, los purés que, con desgana, comían las personas que no se movían de sus camas, personas tristes envueltas en sábanas blancas. No quería salir de mi casa, donde convivía con los colores cálidos de las pinturas con las que mi madre daba vida a sus dragones, hadas y sirenas. Además, tenía la absoluta

convicción de que en aquel lugar, seguro que existía una puerta secreta. Llegué a esta conclusión el día en que una vecina anciana que nos cuidaba ingresó en una clínica, le pusieron un camisón blanco, la taparon con sus feas sábanas, también blancas, y nunca más salió. No, no quería que me llevaran a un hospital y que su puerta escondida me engullera igual que hizo con ella.

Un sábado por la mañana mientras desayunábamos, Odina nos dijo que iríamos de excursión a un lugar fantástico. Artur se entusiasmó y, adelantándose como siempre a lo que yo pensaba, preguntó los detalles.

—Iremos al lugar donde viven las palabras —anunció Odina.

— ¿Las palabras viven en casitas? Qué chulo. ¿Y cómo iremos hasta ese lugar? Debe estar muy lejos, ¿verdad? ¿Volaremos en avión?

—No será necesario. Iremos en metro y, luego, daremos un paseo por el centro de la ciudad.

Artur arrugó el ceño.

—El mes que viene volaremos en avión. No te preocupes. Iremos a un país que aún no conocéis porque tengo que reunirme con personas que también se pasan el día dibujando como yo, pero desde el lugar adonde iremos hoy podréis viajar hacia cualquier rincón del mundo, a cualquier momento en el tiempo y no os hará falta avión, coche, ni nada que lleve motor. Viajareis con el pensamiento.

— ¿Es un lugar mágico? —preguntó Artur.

—El más mágico de los que existen.

Y Odina, nos llevó a la biblioteca.

Mi hermano se pasó el día dibujando, y yo viví una de aquellas experiencias que se quedan grabadas en la mente con tinta permanente, imborrable a pesar de las inclemencias del paso del tiempo. Los recuerdos se reciclan y dejan espacio a otros nuevos, pero aquel no desapareció por mucho que otros momentos intentaran apartarlo. La escena que me ofreció la visión de la biblioteca, con su infinidad de letras cobijadas en millares de libros que cubrían las paredes y que se extendían por un espacio que me pareció interminable, fue el primer contacto con la magia.

Mientras Artur dibujada, y yo me sumergía en las letras de aquel mundo de aparente silencio, Odina se enfrascó en la lectura de unos libros que le aconsejó una mujer pequeña, con gruesos lentes, una voz que era un susurro y que parecía conocer el contenido de todos los volúmenes de aquel lugar donde vivían las palabras. Luego, con el paso del tiempo, supe lo que mi madre buscaba.

Quería saber el motivo de mi cojera.

No solíamos ir al médico, tan solo para las vacunas de rigor y alguna revisión esporádica a la que nuestra madre nos llevaba, supongo que para evitar que la tacharan de descuidada. Según Odina, el mejor preventivo para mantener la salud era una alimentación saludable, el ejercicio y la ilusión por

vivir. Seguramente llevaba razón, pero hay que reconocer que tuvo suerte, al menos, durante los primeros años de nuestra infancia, porque tanto mi hermano como yo crecimos con una salud a prueba de virus y bacterias. No recuerdo haber pasado en toda mi vida ni unas simples anginas. La imagen de los niños de la escuela, siempre moqueando, me provocaba tal curiosidad que los imitaba pegándome en la nariz una masa viscosa que vendían en el quiosco de la esquina.

Por ello, cuando mi salud se quebró como una frágil caña reseca, quiso, al principio, averiguar por ella misma cual podía ser el problema y, desde luego que, lo consiguió. Después de una tarde maravillosa en el lugar donde vivían las palabras, Odina me sentó en su falda, me abrazó fuertemente y escuché como susurraba: mi ángel de alas rotas.

Fuimos a la consulta de un traumatólogo infantil, donde un señor con bigote sonreía mientras movía mis caderas y me provocaba un dolor insoportable. Supongo que aquella felicidad que irradiaba a borbotones no era por el hecho de torturarme, sino la respuesta ante el hechizo que sufrió al conocer a mi madre. Una bella mujer que entra en su consulta con el diagnóstico hecho, tan solo tras haberse pasado una tarde en la biblioteca municipal, desde luego, no fomenta la indiferencia.

Tras de una serie de radiografías, se confirmó la sospecha de Odina y del señor del mostacho. Se me rompían solas las caderas, y ese problema que

me afectaba llevaba el nombre del médico extranjero que estudió la enfermedad. No sé qué manía tienen los médicos en ponerle su nombre y apellidos a algo tan odioso como a una dolencia, pero supongo que todos queremos trascender en el tiempo, cada uno en su campo y a su manera, y los médicos no pueden escoger otros temas.

Ante la etiqueta de mi problema, los expertos plantearon dos soluciones: pasar por el quirófano y asumir todos los riesgos asociados a la anestesia y posibles hemorragias o bien mantenerme en reposo y con aparatos ortopédicos durante dos largos años. Odina tenía la palabra y, como ya había estudiado las ventajas y desventajas de ambos casos, optó por la segunda elección.

Aquella inmovilidad impuesta no estuvo carente de efectos secundarios. Me imposibilitó montar en bicicleta, patinar e incluso saltar a la cuerda, actividades a las que mis compañeras de colegio se entregaban con total entusiasmo. Por el contrario, me sumergí aún más en aquel mundo mágico de las letras y en las ilustraciones con las que Odina ocupaba la casa. Fui feliz en aquel momento. Tuve suficiente.

Los problemas surgieron cuando, liberada de los hierros que mantenían mis piernas en la posición correcta, tuve que convivir con unas niñas que hablaban otro lenguaje y el mundo de la fantasía se convirtió en un inconveniente. Aprendí poco a poco a disimular.

Artur nunca abandono la pintura. Acabó la carrera de bellas artes y se especializó en interiorismo. Las casas y los colores son su pasión. Cada año, dedica un mes a lo que él llama *su escapada*. Sube al coche y, sin rumbo fijo, se pierde por carreteras desiertas. Pinta y fotografía rincones, capta nuevas tonalidades y texturas que luego aplica en el trabajo. Otras veces hace girar el globo terráqueo, y con los ojos cerrados deja que su dedo índice señale un lugar. Y allí se dirige.

Cuando nos avisa de que regresa de un viaje, como en un ritual, Odina y yo vamos corriendo a su casa, lo esperamos y, una vez estamos los tres juntos, observamos los paisajes y las sensaciones que sabe reflejar con sumo detalle en el papel. Nos comenta los rincones descubiertos y las ideas que le han sugerido. Los dibujos de la *escapada* los guarda en una carpeta azul.

Este último otoño su viaje anual duró tan solo dos días. No nos dijo el motivo, simplemente nos llamó para informarnos de que volvía a casa. Apagué el teléfono y volvió a sonar al instante. Odina me preguntó si sabía algo sobre aquel viaje relámpago. Tras una larga charla no acertamos a sacar ninguna conclusión sobre qué le había pasado. Llegué a su casa como hacía siempre que volvía de su escapada, pero más intrigada que en otras ocasiones. Me abrió la puerta en alboroz, se disponía a darse un baño. La maleta aún estaba en el recibidor, cerrada. Lo noté distinto. El desenfado que lo caracteriza se había esfumado de su rostro, de sus gestos. Esperé ansiosa

en la sala. Odina se retrasaba. La carpeta azul con los dibujos estaba encima de la mesa del comedor. No podía apartar la vista de ella. Al principio, intenté no sucumbir a la curiosidad y romper por primera vez el pacto, pacto que no estaba escrito. La carpeta azul se abría delante de los tres.

Escuché el sonido del agua de la ducha. En cuanto saliera del baño y llegara Odina nos explicaría el motivo de aquella vuelta tan temprana y nos enseñaría sus dibujos pero, aquel día, no pude resistirme a la tentación.

Me levanté y, bruscamente, mirando en todas las direcciones, como si fuera un ratero, tomé la carpeta. Contuve el aliento, suspiré hondo, conté hasta diez y volví a depositarla en su lugar. No seas niña, me dije. Pensé que un té desteinado con sabor a frambuesa y limón me calmaría la impaciencia y, además, ganaría un poco de tiempo. Me dirigí a la cocina.

Con el té en la mano, me volví a sentar en el futón blanco, intentando encontrar una postura cómoda en aquellos muebles de diseño que tanto le gustaban a mi hermano y que tenían de funcional lo que yo de aventurera. Casi lo conseguí, hasta que la pierna izquierda empezó a dolerme, recordándome las limitaciones con las que tenía que convivir. Aquellos dos años de aislamiento no habían servido para nada, pensé una vez más. Una falta de congruencia articular me provocaba un dolor que no quería aceptar, pero que se empeñaba en recordarme sin cesar que alguna cosa tenía que hacer. Enfadada conmigo misma, tomé la taza y, con rabia, bebí un trago de

la supuesta infusión relajante. Se me abrasó la boca.

Seguramente quise compensar el dolor de la pierna y, en aquel momento, también el de la lengua, dándome una satisfacción. Me levanté. Fui hasta la mesa y tomé la carpeta azul. La tentación pudo con los pactos, y como si fuera una niña traviesa que espía en la cómoda de sus padres buscando un posible secreto, con ligero temblor en las manos, me dispuse a abrir la carpeta sin esperar a nadie. Contemplaría yo sola los dibujos que Artur traía de su nuevo viaje. No se enfadaría si por una vez rompía el protocolo, pensé, era su hermana preferida. De hecho, era su única hermana y gemela, aunque fuéramos tan diferentes como el fuego y la brisa.

Le ofrecí al momento una pausa. Ya que después de tantos años iba a romper las reglas, saborearía el instante. Con la carpeta entre los brazos, como si fuera un bebé recién nacido, eché un vistazo al salón de Artur, buscando un buen lugar y sobre todo cómodo, donde cometer la fechoría. Pasaría de los sofás a ras de suelo, mejor sentarse en una de las sillas del comedor. Eran transparentes y duras, pero mejor sería eso que sentarse en aquellos sillones japoneses que cuando quieres levantarte has de reunir la fuerza de un Titán.

Puse la carpeta encima de la mesa del comedor. Sorbí el té que ya estaba tibio y pude degustar el sabor a cítricos, cuyo contacto con mis papilas gustativas me hacía evocar siempre la misma curiosa imagen: una niña con

trenzas, falda corta plisada y calcetines hasta la rodilla. La pequeña salta a la cuerda con tal concentración que más que un juego parece que quiera superar una prueba trascendental en la que le va la vida. Sonreí ante lo incongruente que suele ser a menudo el pensamiento, pues era una escena jamás vivida. Me concentré en los paisajes que Artur había dibujado.

Pero no había ningún paisaje.

Durante unos segundos, la extrañeza me dejó estática como las estatuas que se exhiben en los museos. Al momento, una sensación vertiginosa me obligó a sujetarme a la mesa. La imagen que tenía delante parecía tener el poder de aspirarme con la fuerza de un huracán al que no era capaz de ofrecer ninguna resistencia.

Entre las láminas, esperaba encontrar campiñas de ensueño, bosques dormidos, lagos de azul metálico, ilustraciones que me ofrecían cada año la posibilidad de soñar sin salir de casa, sin tener que subir en aviones que me producían pánico o en coches que me hacían sentir en su interior una mujer pequeña, indefensa y perdida.

Pero no, mi hermano no había dibujado ni un solo paisaje. En blanco y negro, en color y en diferentes perfiles, todas las ilustraciones representaban la misma imagen: El rostro de una bella y enigmática mujer.

Unos ojos transparentes parecían observarme con atención. Me invitaban a mirar a través de sus pupilas, donde por un instante casi pude descubrir las

mías, las de Artur, las de Odina. Aquella mirada me ofrecía la posibilidad de dar un paso hacia el abismo. Y me asusté.

— ¿Estás bien?

Aparté las manos de la cara y me giré hacia Artur que, con el cabello aún mojado, me miró con una sonrisa nostálgica. Con un gesto, le respondí que sí.

— ¿No has podido esperar a que llegara Odina?

Se tumbó en el futón blanco, mirando por los ventanales del salón.

—Pero... ¿Quién es?

—No lo sé... Tal vez no exista.

Me miró durante un instante y aclaró.

—Tal vez siempre haya estado entre nosotros.

Y, como tantas veces, me respondió a la pregunta que tenía en la mente.

—Su nombre es Telma.

TREINTA POR CIENTO, BRUJA

Sonó el timbre de acceso a la vivienda, justo cuando Artur iba a explicarme quien era Telma. Tres pulsaciones seguidas eran la típica manera en que Odina, nuestra madre, siempre utilizaba para anunciar su visita. Llegaba, una vez más, en el momento oportuno, para no traicionar su peculiaridad.

Entró en la casa de mi hermano como un torbellino. Dejó el casco de la moto sobre la cajonera preferida de Artur, un diseño en forma de pastel torcido situado de forma estratégica junto al gran ventanal que, como si fuera un cuadro, enmarca la sierra de Collserola. Luego, sin dejar de hablar, soltó encima del sofá su chaqueta negra de cuero y, mientras observaba detenidamente sus movimientos, no pude evitar, una vez más, admirar en secreto a esa mujer que decían que era mi madre.

De niña pensaba que mi madre no era un ser real. Seguramente una

de aquellas hadas que dibujaba había saltado del papel y se había introducido en su cuerpo. Ahora creo que todo es posible. En la literatura fantástica habitan seres híbridos como los centauros, mitad hombre y mitad caballo; las sirenas, mitad mujer y mitad pez... No sé si existe nombre para la combinación que da lugar a nuestra progenitora. Me atrevo a catalogarla como a un ser que se compone en un treinta por ciento de mujer, un treinta por ciento de bruja, otro treinta sería su proporción de encantada y el diez por ciento restante, puede ser cualquier cosa.

— ¿Qué os pasa que estáis tan serios? —nos preguntó—. ¿Te has puesto enfermo en el viaje? —Al no obtener respuestas de mi hermano, la noté más preocupada y me miró fijamente. Tampoco respondí.

Odina que, por entonces, ya había dejado atrás la cincuentena, no sé si debido a un pacto con el diablo, con el ángel de la eterna juventud o por el conocimiento de alguna pócima secreta, mostraba una imagen inalterable al paso del tiempo. Su cutis no presentaba ninguna arruga. En sus cabellos, las canas eran elementos inexistentes y, a pesar de llevarlos cortos, rubios y despuntados, no le robaban ni un ápice de elegancia a su personalidad. Sus ojos verdes poseían el brillo de la adolescencia y a su cuerpo ni le sobraba ni le faltaba un solo gramo de grasa. Espero que cuando empiecen los estragos de la edad a marcar mi fisonomía, pueda desvelar su secreto.

La llamamos Odina porque no le gustan las etiquetas, ni siquiera la de

madre. El resto son títulos y palabrerías absurdas inventadas por los humanos. Solo aceptaba la palabra hermano. Según su particular manera de concebir la existencia, aseguraba que todos tenemos un nombre que nos define y marca nuestras vidas. Nos buscó nombres que según ella definirían nuestra esencia. Arturo para mi hermano, como el de la Mesa Redonda. A mí me eligió el de Aurora, como la Bella Durmiente. Mi hermano prefiere que lo llamen Artur y yo obligué a todos a que me llamaran Aura, en caso contrario me hacía la sorda.

Decía que todos somos hijos de la tierra, hijos de Gea. Me he reído mucho de sus teorías que catalogaba de locuras de la Nueva Era, pero en estos momentos se me han desmontado los prejuicios. Sí, creo que la palabra acertada son prejuicios.

Así era ella y, pase lo que pase, seguramente será siendo... ella.

— ¿Pero qué narices os pasa, chicos? —volvió a insistir ante nuestra mudez—. Ya saldréis de vuestro agujero negro cuando os encontréis bien —. Y se apoyó en el marco de la ventana, comentando sobre un tema de actualidad del que no me acuerdo. Cuando se cansó de no atraer nuestra atención opinó de forma sutil sobre mi indumentaria y, como era de esperar, capté sus intenciones.

—Aura, cariño, hemos de ir una tarde de compras. He descubierto una tienda en Gracia, encantadora. Me quiero comprar un vestido que no me

quito de la cabeza desde el día que lo vi en el escaparate. Hay también unos jerséis que te combinarán a la perfección con esos ojos tan bonitos que tienes. Le darían... más alegría. ¿Te parece que vayamos el viernes después de tus clases?

No le contesté. ¿Para qué ofrecerle una excusa si antes de que pudiera responder ya estaba anotando la cita en su agenda? Hice un repaso mental de la ropa que me había puesto aquel día y, lo cierto, es que no poseía ninguna gracia. Ni me acordaba de cuando había sido la última vez que había renovado el vestuario. De tan antiguo, mi ropero ya se podía clasificar como clásico, incluso de moderno por el auge del *Vintage*. Odina tenía razón y, de reojo, observé como Artur me guiñaba un ojo. Al menos nuestra pequeña guerrilla parecía sacarle del ensimismamiento.

En nuestra pequeña familia las conversaciones importantes se suceden en los silencios. Y en aquel momento, una vez más, mi hermano captó las palabras no dichas.

Artur siempre ha tenido las ideas claras y ha actuado con decisión. Si piensa algo y lo desea, lo hace, sin más. Por el contrario, aunque nuestro físico parezca una calcomanía, nuestros caracteres son tan distantes como el fuego y el agua. Yo soy la duda personificada y, encima, más testaruda que una mula, siempre intentando nadar contra corriente, siempre agotada y sin llegar a comprender que, tal vez, pueda ser mejor dejarse llevar por la inercia,

disfrutar del viaje y no desesperarse por alcanzar una meta que seguramente te está esperando... Hagas lo que hagas. Nuestra diferencia en la relación con Odina se ha diferenciado en tan solo una palabra, una palabra de diez letras, una palabra que estoy empezando a entender: aceptación. Justamente la palabra que Artur, tras su corto viaje, parece haber olvidado de su vocabulario.

Soy profesora de matemáticas y voy al instituto en metro. Una vez consigo sentarme en uno de los asientos de plástico, dejo la bolsa con los libros en el suelo y, una vez acomodada, me gusta observar los rostros de las personas. Imagino que tras pasar la tarjeta magnética y penetrar en el subterráneo de la ciudad, la sombra que los acompaña se queda afuera, esperando, y una vez en los túneles del subsuelo, desnudas de protección, las personas caminan solas, con sus pensamientos, con miedos que intentan enmudecer tras las páginas de un libro, que desean apagar con la música estridente de su iPod o silenciar tras conversaciones rápidas expresadas en un tuit. No puedo evitar compararlos con Odina. Ella no precisa sombra.

Su afición, que ha coincidido con su trabajo, creando con sus pinceles seres quiméricos, ha estado muy cotizada en el mundo de la ilustración, y la verdad es que siempre hemos vivido, y muy bien, de sus creaciones. La fantasía, a pesar de su intangibilidad, nos ha proporcionado la posibilidad material de ir a buenos colegios, vivir en una casa confortable y viajar por el

mundo, residiendo en los mejores hoteles de cada ciudad que visitábamos.

Nuestra infancia fue una época mágica, arropados por las ilustraciones de seres fantásticos y por los cuentos inéditos que los escritores enviaban a casa por correo certificado para que Odina les diera forma y color. Los cuentos eran para mi madre como una Biblia. Decía que los cuentos infantiles encierran todos los misterios de la vida. Durante un tiempo, ser parte de sus mundos fabulosos estuvo bien, pero me saturé. Superada la primera fase de mi enfermedad me sentí abrumada en aquel mundo real donde no tienen lugar las conversaciones con las hadas y necesité un asidero para sujetarme. Una vez más me ayudaron las palabras escritas. En las fiestas de cumpleaños de mis compañeras de la escuela de primaria, mientras las niñas de seis años miraban películas de Disney o jugaban a *romper la olla*, me dirigía como un sabueso, donde olfateaba que podían haber libros serios y solía acabar sentada en el suelo, ojeando enciclopedias. A pesar de descubrir las matemáticas nunca dejé de escribir relatos a escondidas. Solo Artur conocía mi vocación secreta. Aunque siempre sospeché que Odina no era ajena a mi afición; nunca se le escapaba nada.

De niña, y escondida en mi habitación, jugaba con las hadas que pedía a Odina que me dibujara, solo para mí. Disimuladamente las dejaba en el cajón de la mesita de noche y cuando nadie me miraba las recortaba y guardaba en una caja que cerraba con una pequeña llave. Les hablaba y llegué

a mantener largas conversaciones que olvidé durante mucho tiempo.

En este momento, mientras escribo en el ordenador de Odina y estoy sentada en su silla preferida, los dibujos de las hadas que hay colgadas en la pared, guardadas en carpetas, en cajones..., me acompañan y las vuelvo a escuchar. Aparto la vista de la pantalla y las contemplo. Se mezcla con sus voces el sonido del paso del tiempo a través de los relojes que decoran su estudio y parece que de nuevo, y poco a poco, estoy empezando a comprender.

Cierro los ojos y percibo las vibraciones de su música. Entre sus notas, una voz conocida parece volverme a decir:

—*Aura, el tiempo es relativo.*

A los veinticuatro años conoció a nuestro padre y al año siguiente nacimos Artur y yo. Mi padre se marchó de casa cuando aún no sabíamos caminar. Empresario de corbata y traje oscuro, dicen que sucumbió ante el hechizo de Odina. Seguramente le atrajo de ella lo mismo que luego le hizo huir de su lado. Supongo que, entre otros motivos, se cansó de tanta comida macrobiótica y de aquellos seres fabulosos que nada tenían que ver con su vida. Al poco tiempo de la separación se casó con la abogada que le llevaba los asuntos de hacienda; una mujer serena de voz modulada, maquillada de forma sobria, vestida con trajes de chaqueta caros, de marca, que la dotaban

de una personalidad que sintonizaba mejor con la tierra que ambos pisaban. Las pocas veces que hemos coincidido, casi siempre en restaurantes de moda, he comprobado que admira a mi padre y que sabe adular sus virtudes, gestos que Odina seguramente nunca hizo. Vemos poco a nuestro padre, pero parece bastante feliz. Mi madre, creo..., bueno, estoy segura de que lo es mucho más.

Llegó un momento en que pensé que Odina no me volvería a sorprender pero, una vez más, erré en mis conjeturas. Con edad para ir pensando en un buen plan de jubilación, descubrió el placer de ir en moto. Siempre ha trabajado en su casa, en el estudio del piso superior del dúplex, en el centro de Barcelona, enfrente de la casa Batlló pero, afectada por su nueva afición, se levantaba pronto por las mañanas, bajaba al parking y, subida en su moto, recorría la ciudad hasta llegar a la sierra de Collserola, donde vive Artur. Desayunaba en una pequeña cafetería situada en la cima de la ciudad. Luego, volvía recorrer el camino de bajada hasta su piso del Paseo de Gracia.

Ir en moto es una sensación comparable a volar, nos contaba. El viento te acaricia el rostro, te hace sentir viva y, a la vez, es como si se fragmenta tu ser. Es como si la conciencia abandonara tu cuerpo para volar libre, mezclándose con el paisaje que va cambiando en el exterior. Tu esencia escapa, salta de la moto y te conviertes en un mero observador del entorno, en un registrador de la vida. La gente pasea por las aceras, los perros

olisquean los árboles, los niños corren. Sus voces, sus actos, en segundos se convierten en hechos pasados, paralelos al tiempo real y, a la vez, son elementos esenciales del presente.

Encima de la moto, sintiendo el fluir la vida, es como arañar la eternidad.

Desde luego, no la entendía. Insistió infinidad de veces en que viajara con ella, que era una experiencia similar a la meditación, pero nunca quise. Me daban miedo las máquinas y, más aún, poder llegar a percibir esas sensaciones extrañas que nos narraba y que yo no sería capaz de controlar. No tenía intención de comprobar nada de esencias dispersas ni meditaciones adivina con quién.

Hasta que Artur volvió de su viaje.

Observar el rostro de Telma empezó a rasgar la venda que cubría mis ojos. Me sentí como un muñeco de nieve bajo los rayos del sol, desintegrándose y dejando al descubierto el material que le da forma. Supe desde aquel instante que iba a dejar de ser la persona que creía ser, pero no imaginé que aquella metamorfosis nos alcanzara a los tres.

Odina, que aún no había visto los dibujos de Artur, seguía a la suya e intrigada al ver que ninguno de nosotros dos reaccionaba, paró de recordarme que teníamos que ir de tiendas y fue al grano, tal y como era su manera de proceder.

— ¿Y si miramos los dibujos? Uno no quiere explicar qué le ha pasado y la otra insiste en vestir al estilo del renacentista. Vaya par que estáis hechos.

En aquel momento me enfadé y mucho. Compararme con una dama del Renacimiento ya era la gota que colma el vaso. La relación que he mantenido con Odina siempre ha sido difícil, pero ahora recuerdo otra imagen que el acaloramiento del instante consiguió apartar de mi mente.

Imaginé una pequeña semilla germinando en el subsuelo. Su fino tallo crecía, ascendía con rapidez buscando el aire, la luz, el sol... Atravesaba la tierra y brotaba una planta de color verde intenso con raíces profundas.

Se formaba un inmenso bosque.

Y Odina, subida en su moto, se adentraría en ese bosque. Tal vez, con la ayuda de sus relojes, registrando los cambios del tiempo.

—*Aura, el tiempo es relativo.*

Recuerdo una vez más la frase que tantas veces he escuchado.

—*Y la realidad puede tener una gama infinita de colores.*

Respondo, a pesar de hallarme sola en el estudio.

SIN MÁSCARAS

Cuando Artur detecta que las chispas están a punto de saltar entre Odina y yo, busca cualquier excusa y abandona el escenario de nuestra guerra particular. Nunca ha tomado partido entre nosotras, sabe que saldrá perdiendo.

—Me voy a afeitarse.

Y nos dejó solas en el salón. Yo seguía enfurruñada, revisando mentalmente mi vestuario y aceptando, a pesar mío, que mi madre tenía de nuevo razón. Ella estaba distraída, seguramente pensando en nuevos planes: su próxima ilustración, en cualquier congreso que estaba organizado, en la manera de cabrearme... Siempre ha actuado de esta manera. Me enciende con temas que pueden parecer banales como en aquel caso con mi manera de vestir, y cuando me siento hundida como una piedra en el fondo de un pozo, cambia de asunto a la velocidad de la luz.

Sé que Odina no quiere hacer daño con sus palabras ni con sus gestos.

Minimiza los asuntos que etiqueta como superficiales, que por cierto son muchos, y ante un hecho intrascendente no pierde energía. Me ha costado entenderla más de veinticinco años. Sé que tiene razón, pero yo no soy así.

Me acababa de decir que vestía como una traperera y ya estaba entonando, como si nada hubiera pasado, una canción que yo nunca había escuchado y que seguro estaba de moda.

—Ya que a tu hermano le pasa algo y por lo visto se va a demorar la apertura de la carpeta, me voy a comprar alguna cosa para desayunar.

Y se marchó, dejándome sola con mis pensamientos, más enfadada que una gata salvaje y haciéndome las preguntas de siempre. ¿No se ha dado cuenta de que a mí también me pasa algo? ¿No ha detectado mi intranquilidad? Aunque en realidad ese es mi estado normal, me respondí.

Aún tenía la lengua abrasada por el ardiente sorbo de té sin teína y sintiéndome una damisela apolillada con ropas anticuadas, despreciada por su madre, decidí ir con mis problemas a la terraza. Que me dé el aire, pensé, a ver si así se esfuman las ideas negativas que voy acumulando como un avaro. Relajada, bajo los árboles, esperarí a que reunidos los tres, pudiéramos contemplar con calma las ilustraciones de mi hermano; y aquella vez, sin sentir que iba a cometer una pequeña fechoría.

Traje la carpeta con los dibujos y la dejé sobre la mesa de madera de teca. Esta vez no la abriría, prometí. Esperaría a que estuviéramos los tres

juntos.

Me sentía a gusto en aquel espacio abierto que mi hermano había diseñado en el jardín. El verde de las enredaderas que trepaban los muros de la finca, buscando alcanzar el cielo, y la música envolvente del agua que brotaba de la fuente de piedra creaban una atmósfera cálida, que parecía darte la mano e invitarte a pasear con la mente libre.

El cielo, como techo infinito, no presentaba amagos de nubes, no volaba ningún pájaro, parecía una cartulina azul por estrenar que esperaba a ser garabateada. Y cuando conseguí relajarme, volví a sentir el magnetismo de los ojos de Telma, la llamada que me empujaba a un abismo que me daba miedo. ¿Quién era aquella chica? ¿Qué le había pasado a Artur? No entendí el efecto que provocó en mí aquella mirada dibujada en un papel. Telma era un rostro sin maquillaje y no me refiero al colorete ni a los polvos anti ojeras que utilizamos para no asustar a los vecinos cuando compartes ascensor por la mañana, en los dibujos de mi hermano capté un rostro auténtico, sin asomo de máscaras, como los que suelo buscar en las personas de mi entorno y siempre acabo descubriendo. Su rostro real se mostró sin poner en práctica mi juego secreto. Solo con Artur y Odina no funciona mi truco. Y eso me aturdió.

Hay un juego al que me dedico desde que era muy pequeña y que el pasar de los años no ha arrinconado como hizo con las muñecas, los animales

de peluche y los cuentos. Tampoco he tenido la necesidad de esconder esa afición como hice con la escritura. Si no la he abandonado, es simplemente porque nadie sabe que la practico. No se enteran.

Entrecierro los ojos y miro fijamente a una persona durante mucho tiempo, hasta que llega un momento en que el rostro visible empieza a difuminarse. No aparto la vista del individuo que estudio, soportando con estoicismo el escozor y el picor que llegan a ser insoportables. Resisto. Y por fin, siempre llega el instante en que la fisonomía empieza a cambiar, como si fuera una serpiente que muda la piel, y enseguida se descubre el rostro que permanece oculto en esa persona.

El verdadero.

Este juego, que puede parecer absurdo, ha influido en mi vida. Sobre todo en el aspecto amoroso. Solo he vivido hasta este momento dos relaciones sentimentales. El primer aspirante a lo que llamamos novio me dejó, supongo que se aburría conmigo. La excusa que me ofreció se sostenía menos que una copa de cristal en una fiesta infantil. Me dijo que yo era una persona con futuro y que él no era nadie, que no me merecía. Nunca me lo creí, no fue sincero, pero he de reconocer que el chico tenía buenas intenciones y no deseaba hacerme daño. A pesar de ello, me lo hizo. Solté tantas lágrimas que hasta yo misma me extrañé de que tuviera tal cantidad de líquido en mi organismo. Ahora, con el paso del tiempo, he de reconocer que

fue un disgusto agridulce. Creo que disfruté más que sufrí. Traspasé la frontera que separa la adolescencia de las mujeres con *pasado* y me sentí muy importante. Me había convertido en una mujer despechada.

El desamor me inspiró a escribir un montón de relatos sobre el amor perdido, relatos que encontraba formidables y que me provocaron el éxtasis de sentirme una escritora con futuro. Hace poco los descubrí en uno de los cajones donde guardo cosas imposibles de etiquetar y los hice añicos. Eran un asco, pero aquella experiencia me ayudó a practicar muchísimo con la escritura. Gracias a esa gran cantidad de frases enlazadas y absurdas, ahora puedo reconocer un poema o un texto deplorable.

La segunda pareja me duró menos que un caramelo en el patio de la escuela. Tan solo una semana. En aquel caso fui yo quien le dije al *Romeo* de turno que sería mejor dejarlo. No inventé excusas falsas, tampoco le conté toda la verdad para evitar que creyera que estaba mal de la cabeza. La realidad fue que practiqué mi juego secreto, y el chico simpático, lleno de ideales, junto a quién iba a compartir un camino rebosante de aventuras, se convirtió a los dos minutos de mirarlo fijamente en un polichinela blando, estático, cuyas cuerdas seguro que me cansaría de mover.

El rostro que Artur había traspasado al papel en todas las posturas imaginables, con diferentes técnicas y colores, era un rostro sin máscara.

El rostro de Telma era verdadero.

Sus ojos de color indefinido que, como si fuera un espejo, te invitaban a mirar en su interior. En solo unos segundos, me mostraron la posible existencia de una puerta que parecía abrirse a un mundo que estaba cerca, tan cerca que no era capaz de ver.

Conociendo a mi hermano, sospeché por los suaves trazos de sus dibujos que era cautivo de la experiencia y que aquel rostro dibujado en el papel, lo sumergiría en un estado melancólico que se prolongaría en el tiempo. Artur, enamorado por naturaleza, no tiene pareja estable y el motivo es que se enamora cada dos minutos. Con esa facilidad suya, no puede estar con una sola mujer, pero ahora sería diferente, pensé.

Por supuesto me equivoqué. Los cambios que detecté en mi hermano, no tenían nada que ver con lo que pensaba. Su incertidumbre era un sentimiento mucho más complejo.

Odina me sacó del ensimismamiento cuando, canturreando la misma melodía de moda que entonaba cuando se fue a comprar el desayuno, se dispuso a organizar la mesa. Traía una bandeja de pastelería y una bolsa de fruta.

Volví al presente y solté un largo suspiro. Artur asomó la cabeza por el ventanal que da a la terraza y nos dijo: Voy a hacer café. No sé si huía de nosotras o demoraba el momento de abrir la carpeta. Seguramente quería evitarlo todo. Por una vez en la vida nos parecíamos en cuerpo y alma.

Odina estaba absorta en la distribución de los dulces crujientes. Los colocaba formando una pieza cromática, adornando la comida con flores, pequeños frutos. ¡Qué mujer más peculiar! Aquellos dulces eran la única bollería que Odina dejaba entrar en nuestra dieta. La fruta fresca y los bizcochos integrales son más saludables, el resto de postres y sobre todo la repostería es comida basura, decía, y además crea adicción. He de confesar que esas mismas frases las repito en la actualidad a mis alumnos y, siempre que lo hago, pienso en ella. A los nueve años no me convencían ni un ápice sus argumentos, supongo que igual que en estos momentos les pasa a mis niños. Cuando era pequeña, tras realizar lo que mi madre definía como ingesta saludable, salía pronto de casa, con tiempo para llegar puntual a las clases de la tarde. Me desviaba del camino y hacía una excursión clandestina a la granja del barrio. Con el dinero que me quedaba de la paga semanal compraba pastelillos de chocolate rellenos de mermelada, con cromo de regalo y, sobre todo, bien cargados de colesterol. Seguramente sería un acto de rebeldía, pero la verdad es que aquellos dulces me sabían a gloria, estaban buenísimos, y lo siguen estando, aunque tan solo sea para el paladar.

Tumbada en un sillón reclinable, miré de reojo el trapicheo que se llevaba Odina con el desayuno. Artur no aparecía. Igual se había ido a buscar los granos de café a la Américas... Aquella mañana, tuve que reconocer que se estaba luciendo. Junto a las pastas de hojaldre, había colocado de forma

estratégica pequeñas frutas rojas: cerezas, fresas y moras, con el toque amarillo de unas rodajas de plátano. A estas alturas de nuestra vida, no creo que lo hiciera para educar nuestros hábitos alimentarios. Ha sido siempre una experta con los detalles, y he de reconocer que el resultado cromático que aquel día consiguió con el desayuno, tuvo el poder de despertar en mi interior, unos ruidos intestinales que me recordaron que aún no había ingerido nada sólido, tan solo había tomado aquel té puñetero que me había dejado la lengua magullada.

“Se ha de disfrutar del momento y para ello hay que entrenar todos los sentidos”.

Es otra de esas frases que Odina repetía con bastante frecuencia, convirtiéndose en una lección que hoy también he hecho mía y que intento, en todo lo posible, aplicar sobre todo a mis escritos.

Tomé una cereza de la bandeja que parecía estar reclamando mi atención, gesto al que Odina respondió dándome un manotazo. Nos echamos las dos a reír y mi mente voló a esa época infantil en que el tiempo parece discurrir más despacio. Me acordé de otro detalle: de sus regalos sorpresa. En nuestra pequeña y original familia no era preciso esperar el día del cumpleaños o la llegada de la Navidad para disfrutar de un obsequio. Había días especiales en que al despertar, lo primero que veíamos era un paquete de regalo. El contenido era lo menos importante, lo hermoso era el envoltorio.

Odina se pasaba gran parte de la noche, sentada en el sofá del salón, combinando papeles de colores brillantes y rizando cintas que envolverían con gran belleza el pequeño objeto o el dibujo que se escondía en su interior. Cuando tenía el paquete sorpresa entre mis manos, lo admiraba durante un buen rato, luego, intentaba extraer el regalo con sumo cuidado. Lo sacaba, porque era lo que mi madre esperaba mirándonos con ojos de niña curiosa. El envoltorio lo guardaba en un lugar destacado de las estanterías de mi habitación.

En aquel ambiente de calma y risas apareció Artur. Seguro que nos estaba espiando para encontrar el momento preciso, pensé. Tenía el mismo semblante de abatimiento.

— ¿Comemos? —pregunté.

Entre sorbo de café y bocado a los dulces crujientes de hojaldre, nos dispusimos por fin a contemplar los tres juntos el rostro que había ilustrado con todo detalle en sus láminas blancas.

El silencio fue el cuarto testigo que nos acompañó, mientras Odina y yo observábamos hipnotizadas, a través de los trazos en el papel, el semblante de aquella mujer desconocida que no sentimos como extraña.

— ¿Dónde está? —preguntó Odina, con cierta ansiedad que no era habitual en ella. Y aquella reacción tan inhabitual en mi madre, me sorprendió.

Artur, con la mirada perdida en la bruma que ocultaba la sierra de Collserola, cerró los ojos durante unos segundos, se volvió hacia nosotras e hizo un gesto con los hombros que tradujo su falta de respuesta.

— ¿Cómo la conociste? —le pregunté.

— ¿Dónde está? —repitió Odina.

Artur, sin responder a nuestras preguntas, nos sirvió otra taza de café.

LOS COLORES DEL OTOÑO

Cuando las hojas de los árboles empiezan a cubrir el suelo de las calles, anunciando la entrada del otoño, Artur cierra su estudio de diseño y se toma un mes de vacaciones, se dispone a emprender su viaje anual rumbo a la búsqueda de nuevas ideas. Este año, como suele hacer, salió por la avenida de la Diagonal, al volante de su coche color grafito. Sin guías, sin planes, dejándose guiar una vez más por la dirección del viento, por el baile de las nubes y por los aromas que se filtran por las ventanillas de su utilitario. El destino no sería esta vez ninguna isla paradisíaca, ninguna ciudad histórica, ningún poblado exótico.

Este año se fue en busca de los colores del otoño.

Como siempre que se lanza a vivir su aventura anual, sentí envidia pero, como se dice, envidia de la buena, sin rastro de rabia. Sentí envidia sana, sin aristas y con sobredosis de admiración. Desde que éramos niños he deseado tener aunque fuera un poco de esa capacidad aventurera de mi hermano gemelo. Por lo visto yo soy el *yin* y Artur, el *yang*.

Evoco la época infantil y siempre acude a mi memoria la imagen de un Artur niño, con su cabello oscuro largo y desgredado, y el brillo chispeante en sus ojos azules. Raro era no verlo subido a cualquier lugar: agarrado al cuerpo de la estatua de algún personaje ilustre que, convertido en piedra, se quiere inmortalizar, llamándome desde la parte superior de un tobogán o bien en lo alto del enorme árbol que recuerdo había en la puerta de la escuela de parvulario. Siempre lo recuerdo sonriente y en las alturas, encaramado sobre cualquier montículo, como una bandera de colores que ondea el viento.

Yo lo miraba, siempre lo miraba y, sin moverme, podía llegar a sentir el vértigo de las alturas, el cosquilleo del movimiento. Algún día correremos juntos, me decía, cuando te quiten esos hierros de las piernas, volaremos como aquel avión. Y señalaba el cielo. Y los dos mirábamos. Y los dos reíamos. Mi hermano nunca me mentía.

Pero me quitaron el aparato ortopédico que sujetaba mis piernas en su lugar correcto y no volé, como si aquellos hierros forrados en cuero me hubieran ligado a la tierra con una fuerte soga que se resistía a dejarme libre, y que yo no sabía romper.

Las pocas veces que he intentado luchar contra mis miedos y me he apuntado para ello a un viaje, por supuesto, siempre organizado, primero he tenido que lidiar contra el pánico a volar. Conseguir mantenerme quieta en un asiento de avión se convierte en la primera odisea a la que debo enfrentarme

y a pesar de llevar el bolso repleto de cuadernillos con crucigramas que me ayudan a no pensar, caramelos para suavizar la boca seca y de tomarme algún que otro licor que me conduzca rumbo a la anestesia..., nada de todo ello ha conseguido jamás endulzar un viaje. Siempre lo paso fatal.

Superada la primera fase e instalada en tierra firme, sigue el suplicio: sobrevivir a la segunda parte del divertido evento. Perseguir a una guía que, con paraguas rojo surcando el aire, me obliga a correr detrás de ella, junto a un grupo de turistas disfrazados de atletas que con la lengua fuera, sin aliento y echando fotos al aire intentan llevarse el recuerdo de unas vacaciones inolvidables en una ciudad que visitan de puntillas, es una imagen que me provoca pesadillas antes, durante y después del viaje.

Una vez en casa, suelo escribir mis *aventuras*. Le paso el relato a Artur que las espera como si fueran el guión de la gran comedia del año. Se las lee con los ojos brillantes, aguantándose por respeto a mí las carcajadas que libera en cuanto le doy permiso. Acabamos siempre los dos riendo, con un dolor insoportable de estómago. Perdona hermana, pero eres un genio de la tragicomedia. Esa es su conclusión ante mi gran angustia.

—Aura, ven conmigo este año —me propuso antes de partir hacia su último viaje—. Nos lo pasaremos bien y quizás le tomes gusto a sentirte libre.

Le respondí que no con un movimiento de cabeza.

—Este año voy en busca de los colores del otoño—me dijo.

— ¿Al final vas a Vermont?

—No, he cambiado de planes. No iré al Vermont de tu admirado Auster, quiero descubrir otro Vermont, el mío.

Hacía mucho tiempo que me explicaba historias de Vermont, en el estado de Maine y escenario de las mejores novelas de uno de mis escritores favoritos. Me contó que era el mejor lugar del mundo para contemplar la explosión cromática que acontece cuando la naturaleza se toma un respiro al vértigo veraniego. Me enteré por sus explicaciones de la metamorfosis de los colores que se desarrollan en las hojas caducas. Los marrones cálidos, los naranjas y amarillos, los rojos y violetas brillantes, que son invisibles en verano, reaparecen exultantes cuando el verde se desvanece. Tan solo hay que esperar a que ceda el vértigo. Cuando se calma la actividad puedes, entonces, contemplar otros colores.

La naturaleza se prepara para el invierno y utiliza pigmentos que la ayudan a conservar las hojas un poco más. Ese *un poco más*, esa lucha por sobrevivir de la naturaleza, se convierte en una danza de matices que Artur deseaba captar este otoño en sus retinas y, por supuesto, luego plasmarlas en el papel y en sus diseños.

—No, no insistas, Artur. Te amargaría las vacaciones.

—Sabes que eso es falso. Pero no insistiré.

Y este otoño, volvió a salir solo.

Insistió en regalarme los billetes de avión para Vermont y la reserva de los hoteles que ya había pagado. Mejor que lo canceles y recuperes el dinero, le dije, pero hizo caso omiso a mis palabras. Me respondió con un guiño y dejó el sobre de la agencia de viajes encima de mi portátil.

Este cuatro de noviembre, como cada año, siempre de madrugada, cuando el sol se despereza y el cielo cambia el negro de la noche por los tonos rosados del amanecer, Artur dejó atrás la Diagonal, siguiendo el itinerario que le llevaría a su particular Vermont.

Durante horas circuló por la autopista, dejándose llevar. Sentado en el coche, nos contó, como buen hijo de su madre, que llegó un momento en el que alcanzó un estado especial. “Miras al frente, absorto en el camino que vas a recorrer. Te olvidas de tu esencia y experimentas la sensación de que te adentras en un espacio interminable. La vida pasa a través de las ventanillas, como si fueran fotogramas de una película que tan solo dura un momento. El mundo exterior cambia al instante, convirtiéndose en un fugaz recuerdo, en una ilusión, y mientras, inmóvil, tu esencia sigue al volante.”

Miré a mi madre, pues aquella sensación era idéntica a la que tantas veces ella nos había explicado cuando subía a la moto. Cruzamos las miradas y sonrió.

Una luz roja en el tablero del coche lo arrancó del ensimismamiento,

arrastrándolo a la realidad. Se estaba quedando sin gasolina y los ruidos intestinales le avisaban de que tenía que ingerir algún alimento. Paró en la primera gasolinera que encontró en la carretera y llenó el depósito de combustible. No sabía dónde estaba. Había conducido durante horas sin rumbo. Se compró bocadillos y unas botellas de agua. En el momento de pagar le preguntó a la cajera el nombre de la población. Estaba en Aragón, en un pueblo de Teruel con tantas jotas y zetas en su nombre que le fue imposible volver a pronunciar. Nunca había pisado aquellas tierras, no sabía nada de aquella ciudad, tan sólo una frase cuando se aludía a ella: Teruel, también existe.

Salió de la autopista en el primer peaje y se adentró por una carretera comarcal. Montañas despobladas de vegetación y aromas de hinojo y tomillo le presentaron una tierra que poco debía parecerse a los bellos montes de Vermont. Pero algo le sedujo de aquel paisaje color de arcilla callada, de tierra agrietada, de agua escasa, donde la vida se resistía a desaparecer. En forma de arbustos espinosos al borde de la carretera, en forma de pequeñas frutas de color morado, en forma de verdes hojas de té que asomaban entre las grietas de las escarpadas y resecaas montañas, la vida se agarraba. Persistía como una lucha contra la dura naturaleza.

Durante dos horas siguió al volante, por caminos de tierra sin asfaltar, siguiendo pronunciadas curvas. Carreteras solitarias que parecían no llevar a

ninguna parte le sumieron en un estado de bienestar, de saciedad mental, nos aclaró. Se sentía como aquellas capas sedimentarias que formaban el relieve que le envolvía, como aquellos arbustos de romero que poco necesitaban para seguir existiendo. Tan solo el agua del rocío. Tan solo estar.

Subió por la empinada carretera que bordeaba una montaña. Giró el volante siguiendo una pronunciada curva y una densa niebla le obligó a encender las luces del coche. Mantuvo la atención, con las manos asidas al volante hasta que se halló en una recta, fuera de la neblina, y tuvo la necesidad de parar en el arcén.

No sabía si había sido un espejismo efecto del calor, del paisaje monótono, pero entre la bruma creía haber divisado una figura.

Sola, sin equipaje y con los cabellos sueltos al viento, una mujer caminaba por el borde de la montaña.

Esperó.

FRAGMENTO DE ETERNIDAD

Durante un breve espacio de tiempo, Artur experimentó la sensación de que menos ella todo se detenía: las nubes decoraban el azul del cielo como estáticas montañas de algodón de azúcar, las ramas de los escasos árboles permanecían inmóviles y el sonido se convirtió en ondas inexistentes.

Tras una niebla baja, la mujer caminaba hacia él. Los latidos de su corazón, en aquel fotograma del escenario de la espera, indicaron a Artur, que no dormía.

Con la mirada fija en el retrovisor coche, buscaba el reflejo de la figura que, tras la bruma, sabía que caminaba por la carretera.

Suavemente, unas formas se fueron dibujando en el exterior y, como una aparición que proviene de otro mundo, la imagen completa de la mujer se fue recomponiendo en el espejo.

Artur bajó del coche. Quieto, recostado en el maletero del coche, no se atrevió a acercarse a ella. No quería romper aquella escena, digna de plasmarse en un lienzo. Intentó captar la imagen en sus retinas, conservarla

en su memoria. En algún momento, seguro que desearía recordarla.

Cruce de miradas; y ella, sonriente, avanzó hacia él. Con paso decidido se fue acercando, sin recelo, sin movimientos torpes ni fingidos, con la seguridad de que caminaba hacia el lugar adecuado y junto a la persona que la estaba esperando.

Hay hechos que me sorprenden, muchos, y diría que con el pasar de los años, y en contra de lo que suele decir la gente, éstos hechos no decaen, todo lo contrario, se multiplican de forma potencial. Dejando de lado la terminología matemática y expresándome como haría una buena amiga mía, diré que estos hechos se multiplican como las setas.

De niño se vive una época curiosa: la de los *por qué*. Lanzas tus dudas al aire, sabiendo que algún mayor las responderá y te conformas con las respuestas; las das por buenas. En la adolescencia sigues preguntando, pero en voz baja, ya que dudas de los adultos. Cuando te has convertido en uno de ellos, sigues con las mismas preguntas que giran y giran por tu cabeza como si fueran dentro de una noria que no tiene final. A veces te incordian de forma sorda, como un susurro persistente; también pueden ser un grito que te molesta, que exige respuestas inmediatas, pero en ese momento el adulto eres tú, y no sabes...

Hay dos salidas para que el sonido no te dañe: Dejar de escuchar y aceptar el gris de la conformidad o bien continuar con las preguntas,

encajando que no hay una sola respuesta.

Existen situaciones curiosas que me siguen despertando preguntas que dejo fluir, esa es la opción que he adoptado. Dada la inmensidad del espacio y del tiempo, que dos seres se sitúen en la misma intersección es uno de estos hechos. En un apartado rincón, entre montañas, solos en una carretera sin asfaltar, quiso el azar o el destino que las vidas de Telma y mi hermano se cruzaran.

Y llegó el momento en que sus dos cuerpos estaban tan cerca que entre ambos la distancia era la nada.

Se miraron a los ojos y en la transparencia de aquel iris, Artur captó no solo los colores del otoño, sino una gama inacabable de tonalidades que ni en mil vidas podría reproducir en sus lienzos.

Durante un instante, que fue un fragmento de eternidad, estuvieron ausentes las palabras. No hicieron falta.

El tiempo pasa, incluso los momentos únicos que se convierten en recuerdo, como flores secas cobijadas en el interior de un libro.

La niebla se fue despejando en forma de nubes blancas que danzaron por el cielo, y los tibios rayos del sol de otoño volvieron a calentar aquella tierra agrietada, ávida de agua y ausente de vegetación. Artur rompió el silencio con una pregunta.

— ¿Adónde vas?

—Busco el mar.

Mi hermano arqueó las cejas. Buscando Vermont había encontrado el desierto y, en él, a una mujer de ojos transparentes que anhelaba el mar. Nada tenía sentido, pero tampoco era el sentido el motor de su vida. Le hizo un gesto para que subiera al coche.

—Vamos hacia el mar —le dijo con una sonrisa—. No me has dicho tu nombre.

—Me llaman Telma.

Deshizo el camino recorrido, dejó atrás los paisajes de arcilla, las montañas sedimentarias, los arbustos de hinojo y romero, dejó atrás ese Vermont que no conocería este otoño y se dispuso a llevar a Telma hasta el mar.

EN UN PUNTO DE LA INMENSIDAD

Artur calló. Dejó la narración de su viaje a medias, como si necesitara recargarse de energía para poder continuar la historia y, aquella interrupción, me sentó fatal, me produjo la misma sensación de desrealización que me embarga y disgusta cuando acabo de ver una película que me ha mantenido durante un tiempo apartada de mi rutina o, bien, cuando llego al último capítulo de una novela que me ha tenido durante días atrapada. Es como abandonar una realidad paralela que estaba disfrutando y, de forma brusca y cruel, deba volver a mi vida, que descubro más cotidiana y sobre todo más gris. Durante un tiempo me siento defraudada del entorno, de lo real...Si es que solo hay una realidad en cada vida.

—Voy a buscar algo para beber—nos dijo— ¿Qué queréis?

Mi madre estaba absorta, inmóvil, con las pupilas dilatadas como un

gato en la oscuridad. ¿Y ahora qué le pasa a esta?, me pregunté. A veces soy cruel con Odina y reconozco que en aquel momento la tenía que haber entendido. Tan solo hacía unas horas yo sentí lo mismo: el rostro y la mirada de Telma me impactaron, y mucho; sentí que mi vida se tambaleaba y sin saber el motivo. Pero odiaba esos estados de mi madre en los que se queda como traspuesta. Está enfrente de mí, pero sé que no está. Aquel día, y tras ver los dibujos de Artur, se quedó mirando hacia un punto lejano, situado más allá de las montañas de Collserola. Intenté adivinar si pasaba algo extra que se me escapaba, algún objeto que le llamara la atención, pero a pesar de escrutar el lugar donde imaginé que dirigía su mirada, no hallé nada que pudiera ser tan interesante como para mantenerla en aquel estado. Ante nosotras, en la lejanía, se extendía la silueta de la montaña formada por el perfil de Fort Farrell, el Gegant del Pi. La historia y desventuras del Gegant, vecino de Caldes de Montbui, era una de sus preferidas y tantas veces la escuchamos que se convirtió en una de las nuestras. Cuando llegaba la hora de ir a dormir y Odina nos explicaba un cuento, Fort Farrell se erigía como el héroe que nos despejaría de sombras malévolas y nos guiaría hacia el lugar de los sueños. El cuerpo muerto y convertido en piedra del gigante de nuestra infancia formaba la silueta de una parte de la sierra de Collserola y, con su aparente silencio, vigilaba la ciudad de Barcelona. Allí seguiría quizás toda la eternidad o bien, como decía la leyenda, despertaría si nuestro entorno

peligraba.

No podía estar tan absorta por esa quimera que tantas veces nos había contado. La causa de su ensimismamiento no se debía a ningún factor externo. El impacto por ver a Telma la llevó a ese estado en el que parece conversar consigo misma, como solía hacer a menudo.

— ¿Si quieres un café, Odina?—le pregunté, zarandeándola sin ningún miramiento y esperando con el brusco gesto a que bajara de esa nube a la que subía con tanta facilidad.

Nunca me han gustado esos estados de mi madre. Me irritaba cuando parecía evaporarse del mundo, de mi mundo. De niña, los vivía como una carga. No imaginaba a las madres de mis compañeras de escuela en una situación similar. Al terminar las clases, acudían a buscar a sus hijas, iban bien maquilladas y peinadas, vestidas con trajes immaculados y no se dedicaban a dibujar hadas o dragones, tampoco creerían en gigantes que vivían convertidos en roca esperando despertar un día y, por supuesto, las madres normales no se aislaban del presente, volando a un lugar lejano al que yo no podía acceder.

Cuando observaba su desconexión, me acercaba a ella y le pasaba la mano por delante de los ojos, pero no reaccionaba. Intenté durante una temporada penetrar a través de esa especie de niebla espesa que nos separaba y alguna vez casi lo consigo. Me acercaba tanto que podía llegar a sentir un

cosquilleo eléctrico que si seguía, seguro que, me arrastraba.

Pero nunca traspasé la frontera.

A punto de cruzar el umbral, le daba la mano al miedo, pisaba fuerte la tierra y conseguía alejarme. Han pasado los años y, aún hoy, no me he acostumbrado.

No me he acostumbrado a mi falta de valor.

¿Adónde iba? Me pregunté durante años. Nunca supe donde estaba aquel lugar adonde se escapaba, pero intuyo que es un sitio cercano y diferente, donde las reglas del juego son muy distintas a las de mi realidad.

Odina bajó bruscamente de su nube y me miró extrañada, como si no me conociera, como otras tantas veces... Se frotó las sienes y respondió a Artur, diciéndole que prefería un café descafeinado con hielo.

Mi hermano, que nunca ha hecho caso de las peculiaridades de nuestra madre, se dirigió a la cocina como si no pasara nada y nos quedamos solas en la terraza.

— ¿En qué pensabas?—le pregunté.

—En nada concreto, Aura.

Con nostalgia, volvió a mirar hacia ese punto que no existía y luego, como sabía que no me conformaría con su respuesta, me aclaró la frase.

—Bueno, es que... no pensaba en nada, en nada que pueda resumir en palabras. Más bien, estaba absorta en sensaciones. Es como si el encuentro de

tu hermano con Telma, me haya despertado recuerdos borrosos.

— ¿Recuerdos borrosos? ¿Sobre qué? No la conoces, ¿qué recuerdos puedes tener de esa chica?

No recuerdo su respuesta. Tan solo que utilizó un lenguaje abstracto, lleno de enigmas que me puso nerviosa. No entendía a qué venía tanta superchería y me estaba poniendo colérica por momentos. La historia de Telma y mi hermano me intrigaba y quería saber por qué, pero no pensaba reconocerlo, sino todo lo contrario.

— ¿No te has acostumbrado ya a los enamoramientos de Artur? Una vez más, debe creer que ha encontrado el amor de su vida—dije, haciendo un gesto de desdén con los labios.

—No te das cuenta de nada hija. Bueno, mejor dicho, es que no quieres darte cuenta.

La miré fijamente y con el ceño fruncido. No solía llamarme hija, yo era Aura. Si decía hija era porque había dicho algo que realmente la molestaba y que me situaba a años luz de su persona.

Irritada, pero sobre todo dolida, le contesté.

— ¿De qué me tengo que dar cuenta? Tanto tú como Artur, estáis cargados de puñetas.

Me clavó en el rostro sus ojos verdes, como agujas que me analizaban, sin pedir permiso, y eso sí que no me gustó. Estaba poniendo en práctica mi

costumbre secreta: buscaba mi rostro sin máscaras, y el problema era lo que podía encontrar.

Al rato, que viví como una eternidad, dejó de escrutarme con la mirada y se puso a reír.

—Te darás cuenta...Y no tardarás.

— ¿De qué me tengo que dar cuenta?

—En su momento, Aura, en su momento.

Y siguió mirando hacia ese punto que tanto parecía gustarle, más allá de las montañas, más allá de la silueta de Fort Farell, más allá del perfil convertido en piedra de nuestro héroe de la infancia.

Volvió Artur con una bandeja donde traía la cafetera y un recipiente con cubitos de hielo. Se encontró con una Odina encantada y una hermana ceñuda.

—Mi familia no cambia—dijo, sonriendo, y me pasó una mano por la cabeza, despeinando, como le gustaba hacer, la perfecta coleta que suelo llevar para que no me moleste el cabello en la cara.

— ¿Te dijo Telma de dónde venía?—le preguntó Odina, sin darle tiempo a sentarse.

—Me habló de un lugar, si es a lo que te refieres con la pregunta, pero, en realidad, no sé realmente de dónde viene.

Nos sirvió un nuevo café y añadió.

—Su tierra se llama Madlam.

—Madlam, Madlam. ¿Has dicho Madlam?

—No creo que exista, pero David se ha empeñado en recorrer el mundo hasta encontrarlo. En unas horas tomará un vuelo a Tailandia.

—No creo que lo encuentre—exclamó Odina, en estado de media desconexión— ¿Quién es David?—preguntó, volviendo a la tierra de forma brusca.

—Lo conocimos en un pequeño pueblo. Cuando era un niño, David nos contó que se comunicó sin palabras con una mujer que venía de Madlam.

En ese punto de la conversación ya me estaba poniendo muy, pero que muy nerviosa. Artur utilizaba una vez más el lenguaje que tanto les gustaba a los dos, lenguaje con el que se entendían y me expulsaban de su lado. El mundo es la tierra que pisamos, la corteza de un planeta de color azul situado en la vía láctea, donde existen infinitos planetas que no conocemos. Pero aquel par de miembros de mi familia parecían inmunes a la gravedad que a mí me mantenía férreamente sujeta al suelo. Ellos parecían estar siempre en estado de flotación, como astronautas caminando por uno de esos planetas desconocidos. Intenté poner cordura a la conversación que se estaba convirtiendo en uno de los cuentos que tanto les seguía gustando a aquellos dos.

— ¿La llevaste al mar?—le pregunté, con la finalidad de concretar la historia.

—Hubo un cambio de planes. Creo que no deseaba realmente ir al mar.

— ¡Pues vaya! —exclamé con la boca pequeña.

La dichosa Telma, pensé, hubiera formado un trío perfecto en casa. Sería la musa de los artistas de mi familia. Por supuesto, Odina estuvo encantada con la respuesta. Las encrucijadas de palabras y sensaciones que esconden otras intenciones, son elementos que actuaban sobre ella como una pócima estimulante.

¡Una mujer perdida en el desierto y buscando el mar!

El hecho ya era rocambolesco pero ahora resultaba que no buscaba el mar, ¿qué narices buscaba?

Mi hermano sonrió, de esa manera suya tan peculiar que actúa como antídoto a mi mal carácter y consigue calmar mis revolucionadas neuronas. Empecé a relajarme y a escuchar su historia. Eso era en realidad lo que deseaba, aunque estuviera refunfuñando como un orco.

Yo también tenía mis contradicciones, seguramente más que ellos.

Volqué dos cubitos de hielo en el café azucarado y mientras agitaba la mezcla con la cucharilla, me dejé arrastrar por la voz grave de mi hermano, explicándonos su viaje en busca de los colores de otoño. Viaje que había reconducido. Ahora buscaba el mar, un mar al que nunca llegarían. O sí...

¿Qué hacía una mujer perdida en el desierto?

¿Por qué buscaba el mar?

He de reconocer que las respuestas me intrigaban, mucho más de lo que quería aparentar.

MALETAS VACÍAS

Nunca había escuchado el nombre de una ciudad o de un país que se llamara Madlam. Odina tiene un mapa magnético en la pared de su estudio y coloca imanes sobre el dibujo de los lugares a los que ha viajado. De niña, durante muchas horas, jugué con aquellos imanes y aprendí de memoria el nombre todos los países del planeta. Jamás leí el nombre de Madlam en el mapa de mis juegos.

Al principio, no entendí el interés desorbitado que mostró mi madre ante la mención de Madlam. En realidad no entendí nada. Como suele pasar, era la más confundida de los tres.

¿Quién era aquel David dispuesto a recorrer kilómetros tras un lugar que tal vez ni tan siquiera existía?

Intenté arrinconar mi mal carácter y la postura de desinterés ante la historia que mi hermano había vivido junto a Telma y David. De hecho, ardía

en deseos de conocer los detalles.

El cielo amenazaba con lluvia, pero seguimos sentadas en la terraza, pendientes de las palabras de Artur. La pérgola nos protegía del agua, y el aroma de la lavanda se coló en la conversación. Aspiré, dándole la bienvenida.

Tras el encuentro con Telma, Artur se olvidó de los bosques caducos y arrinconó, de momento, el deseo de descubrir su particular Vermont. El paraíso de los colores se convertiría en uno de esos propósitos que anotas en una libreta, que escribes con letras mayúsculas, subrayas para remarcar el interés y que, a pesar de todo tu empeño, sueles acabar perdiendo. No obstante, con el pasar del tiempo, cuando ya has olvidado, puedes tener la suerte del reencuentro con aquel papel arrugado o con aquella libreta amarillenta que, durante años, ha permanecido en el fondo de un cajón, en una carpeta vieja, y cuyo hallazgo te despierta una media sonrisa.

Artur dejó atrás los colores del otoño y entregó su energía a conducir el vehículo hacia el Este. El mar se hallaba a kilómetros de distancia de aquellas tierras ávidas de agua, pero no le importaba. A la mujer que sentada en el asiento de su coche y que miraba embelesada el paisaje, como si nunca lo hubiera visto, no tan solo le ofrecería el mar, se sentía capaz de entregarle

todo un continente si se lo pidiera, también de envolverle un planeta con papel de color, guardarlo en una caja y ponérselo en la palma de la mano, para poder con el gesto obtener de ella una sonrisa.

Llevaba horas al volante, pero se sentía fresco como si acabara de despertar. Condujo a la inversa, por las mismas carreteras que poco antes había recorrido. De reojo, miró a Telma. Su bronceada piel, las suaves curvas de sus brazos, de sus hombros y sobre todo aquellos ojos, cuya transparencia parecía reflejar todo el exterior que observaba entusiasmada. Aquella mirada parecía ser el origen de su fuente de energía.

Le hubiera gustado empequeñecer, convertirse en una diminuta molécula y, poder así, traspasar los poros de su piel, explorar con detenimiento sus pensamientos. Ser uno de ellos.

Mi hermano soñaba con cambios imposibles, y Telma seguía sin hablar. Como si el mundo fuera un lugar por estrenar, se entusiasmaba por todo lo que veía tras los cristales. Parecía absorber, como si fuera un niño, cualquier detalle que se mostraba ante sus ojos. Artur respetó el silencio y compartió la ausencia de palabras, igual que se escucha una armoniosa melodía.

De repente, la mujer dejó de mirar por la ventanilla y reanudó la conversación que habían dejado en suspenso.

—No me has dicho tu nombre. ¿Cómo te llamas?

Mi hermano tardó un rato en responder, carraspeó, buscando la voz que

parecía seguir lejos, tan lejos como la nube en la que Telma y el silencio lo habían llevado.

—Es cierto. Tienes razón...No te lo he dicho. Soy Artur. Mi nombre es Artur.

Ella repitió el nombre tres veces, con diferentes tonos, escuchando su propia voz, como si analizara cada sílaba. Al cabo de unos segundos, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Me gusta. Sí. Ciertamente Artur es tu nombre. No podría ser otro.

— ¿Qué quieres decir con ello?

—Hay personas que tienen un nombre que no se relaciona con su persona. Artur sintoniza contigo —Artur la miró fijamente. Esas palabras las había escuchado un sinnúmero de veces con la voz de Odina.

—Pero, no me conoces. No puedes saber si sintonizo con un nombre — Y se extrañó de formular preguntas cuya respuesta ya conocía.

— ¿Eso crees?

—No hemos hablado. Nos acabamos de encontrar.

—No hace falta hablar con las personas para conocerse. ¿Adónde ibas cuando me has visto?

Artur tardó en responder. Aún reflexionaba sobre el anterior comentario, cuando Telma le planteó una nueva pregunta. ¿Cuántas veces había sido testimonio de lo que Telma acababa de asegurar? Conoces a una

persona y es como si existiera un tipo de energía entre ambos, unas veces de atracción y otras de rechazo que se alternan a veces con la convivencia. La mayoría de ocasiones, cuando pasa el tiempo, sueles volver a sentir la primera percepción.

—Buscaba los colores del otoño.

—Un día te los enseñaré.

Artur se la quedó observando. Y Telma prosiguió.

—En mi mundo, los colores del otoño son especiales. Cuando la clorofila se adormece, la naturaleza explota en una sinfonía de matices. Ocurre un poco antes de que las nieves cubran las cimas de las montañas.

— ¿Tu mundo?

—Sí, mi mundo. Un día te lo enseñaré.

Artur no entendió aquella respuesta. Le hubiera preguntado más sobre ese mundo del que venía, sin una sola maleta, pero no le dio tiempo para profundizar en el tema ya que Telma se desconectó nuevamente de la conversación. Algún detalle del exterior la mantenía de nuevo abstraída.

— ¿Qué es un pantano?

— ¿No sabes qué es un pantano?—preguntó extrañado. Aquella enigmática mujer conocía el significado de los nombres y, en contra, no entendía el concepto de algo tan cotidiano y simple como un pantano.

—Sé qué es un pantano, pero nunca lo he visto. A través de los discos

de plata he conocido vuestra geografía, costumbres y pensamientos. No es lo mismo estudiar que comprobar.

Otra persona hubiera pensado que se había topado con una trastornada pero Artur, no, por supuesto. En cambio intentó deducir sus palabras. ¿Qué querría decir con los discos de plata?, se preguntó. Tal vez fueran cedés... Observó el lugar a donde Telma dirigía la mirada y vio un cartel de madera, cubierto casi totalmente por las ramas de unos árboles. Anunciaba efectivamente el camino hacia un pantano. Con letras talladas en la madera se anunciaba: *La Cova Oblidada*.

— ¿Quieres ir?

—Sí, por favor.

—Tus deseos son órdenes—le contestó, dirigiéndole una de sus encantadoras sonrisas.

Y se adentraron por un camino serpenteante que bordeaba el cauce de un río cubierto de algas, medio oculto por juncos que se ondulaban ante la brisa fresca del otoño. Al final del trayecto, se encontraron con el pantano de la Cova Oblidada, donde Telma le hablaría de su mundo, de sus deseos y quizás donde Artur empezaría a dudar, donde mi hermano iniciaría su metamorfosis.

Como un ladrón silencioso que controla sus movimientos y que acaba

atrapándote de improviso, la noche se ha filtrado en el estudio de Odina. Por la oscuridad del cielo que me muestran los ventanales, me doy cuenta de que llevo horas tecleando en el ordenador de mi madre, sin ofrecerme un descanso. Tan solo me he levantado unos minutos a prepararme un té que he tomado mientras seguía escribiendo. La única luz que hay en la estancia es la de la pantalla y, seguro que, más de una letra se habrá colado por otra, salpicando el texto con un sinfín de errores.

Quisiera repasar lo escrito, pero no voy a hacerlo. Una vez lo acabe corregiré las faltas, los giros inadecuados, pondré orden..., pero ahora quiero vaciarme de recuerdos, de sensaciones, reflejar las conversaciones entre Artur y Telma, las sensaciones que experimenté al escuchar la historia y, todo ello, sin analizar, sin buscarle una lógica. Tal como acuda a mi mente, lo convertiré todo en letras... Aunque después de lo acontecido, hay palabras que han variado su sentido; una de ellas es la que acabo de escribir un par de líneas arriba: la lógica.

Como Artur, yo también he cambiando.

Estoy cansada, muy cansada. El sonido de los relojes que decoran el estudio de Odina, actúa como un sedante que me adormece. Mañana será un nuevo día para seguir con la historia. Dispongo de algún tiempo para acabarla. Y, además, nadie me lo exige, no es cuestión de vida o muerte, pero soy como soy, y me gusta que todo cuadre como en una operación

matemática. No acabo una tarea hasta que obtengo el resultado, y en este caso no será un número natural o fraccionario. Antes de marchar, quiero escribir todo lo que ha pasado.

Me tomaré un descanso y creo que bajaré al restaurante japonés que acaban de abrir enfrente del edificio y cuyas luces intermitentes, formando islas de luz entre las sombras, alcanzan la ventana del estudio. Comeré alguna cosa antes de ir a dormir, pero hay un tema que no puedo dejar en el aire, que se me ha introducido en la cabeza como un parásito y si no lo averiguo, seguro que, no podré conciliar el sueño.

¿Qué quiso decir Telma?

¿Qué significa el nombre de Artur?

Como última ocupación de esta noche, antes de cenar y viajar al mundo de los sueños, busco por Internet el origen del nombre de mi hermano. Luego, sin poder evitarlo continúo con el de Telma. Las respuestas que me ofrece la red me sorprenden.

Sobre el nombre de Artur, algunos autores establecen su origen en el céltico "Atva", su significado es "Aquel que es fuerte como una piedra o como una roca"; también se le otorga un origen griego que lo define como "Aquel que es el guardián de la Osa del Norte".

Telma significa en griego: recién nacida, voluntad y deseo. También he hallado en una web que es la mujer que desaparece en el mar...

Al leer este último significado no puedo evitar seguir navegando por el ciberespacio y buscar el origen de mi nombre.

Aurora es la diosa griega del amanecer, encuentro, mujer que sale del mar y surca los cielos para anunciar a su hermano Helios, el sol.

Y, por supuesto, no puedo obviar un nombre. ¿Qué significa Odina?

Odina es el espíritu del mundo en que todo flota y que engendra con su acción la vida universal. Es una especie de Dios total. El ideal panteísta llevado a su más alta perfección. Significa amor al secreto, a la magia, a la poesía.

Rocas, cielo, estrellas, mar, secreto y espíritu del mundo en que todo flota...

¿Son todo coincidencias?

Ella diría que no.

Antes, yo hubiera dicho que sí.

En este momento, no sé lo que pienso, no sé lo que creo.

El reloj de pie acaba de tocar cuatro potentes campanadas. Los demás anuncian las horas de forma más silenciosa. Miro el reloj de manecillas que se mueven al revés, marcando el tiempo que ya ha pasado, marcando el tiempo que tal vez siga esperando. Y me da un vuelco el corazón. No recordaba la existencia de este reloj. Y pienso en David, en la historia del amigo de mi hermano.

Los billetes que Artur me regaló con destino a Vermont siguen encima de la mesa.

El restaurante japonés hace horas que ha cerrado. Estoy muy cansada. Apago el ordenador e intento conciliar el sueño.

Imagino el mapa magnético de Odina. Mi madre nunca fue a Vermont. Artur, tampoco. Me dejo vencer por el sueño mientras observo las maletas vacías que acabo de bajar del altillo.

2 Una historia

LA COVA OBLIDADA

Recorrimos en coche una estrecha carretera sin asfaltar que nos llevaría hasta el pantano de la Cova Oblidada. Bordeaba el cauce de un sinuoso río, y marcaba sus curvas con respeto, obedeciendo el curso natural de sus aguas.

La naturaleza que, salvaje crecía por donde mirara, brotaba incluso en los poros de las piedras. Me cautivó, dejándome seca de palabras. Seca, al igual que los múltiples arbustos cuyo aroma impregnaba el ambiente y que penetraba por las ventanillas, por mi piel, recordándome que, a pesar de la confusión, seguía viva, seguía siendo yo.

Al llegar a la falda de la montaña que cobijaba el pantano, nos apeamos del coche que Artur conducía sin pensar, como si todos aquellos automatismos que soy incapaz de llegar a comprender, fueran gestos

incorporados en su persona. Gentil, me abrió la puerta y juntos recorrimos los metros que faltaban hasta llegar al final del trayecto, final y principio de un nuevo ascenso.

Nunca tengo sed, pero mis necesidades físicas estaban cambiando en aquel nuevo entorno. Bebí con ansia el agua que brotaba del caño de una fuente de piedra, semioculta bajo un arco cubierto de musgo. Junto a ella, un chorro espumoso caía desde las alturas. Me quedé admirando la potencia con la que el agua que descendía desde el pantano, erosionaba las rocas y aumentaba el lecho del río que nos había servido de guía para llegar hasta aquel rincón perdido.

—Es un sumidero —me dijo Artur, respondiendo a mi mirada interrogante—. Se abren las compuertas cuando los pantanos están llenos o bien cuando falta agua en el río.

Aquellos conceptos ya los conocía, como tantos otros de su mundo, pero nunca los había visto. Decidí que de momento era mejor callar. No quería que por miedo huyera de mi lado.

Ante nosotros se mostró una larga y pendiente escalera. Luego, supimos que trescientos sesenta y cinco escalones nos separaban del azul de las aguas.

Sentí el deseo de alcanzar la cima, llegar hasta el último peldaño, poder observar las aguas del pantano y, desde las alturas, contemplar el valle.

En aquella ocasión, nadie me obligaba y tampoco me hice preguntas. Con curiosidad y energía inicié el ascenso. Sola.

—Telma, espera.

Escuché mi nombre y volví la cabeza. Dejé de mirar hacia lo alto y contemplé a Artur que, apoyado en la roca, recuperaba el aliento.

Su voz me devolvió a la realidad del mundo que compartíamos en aquel instante.

En el ascenso por aquellos peldaños de piedra, me sentí por un momento en el escenario que acababa de abandonar. Me olvidé de las obligaciones, me olvidé de mi compañero de viaje, me olvide de mí misma y tan solo me movió el deseo de subir.

Mientras esperaba a Artur que, por detrás de mí, subía las escaleras, fui consciente de haber experimentado una sensación tan intensa como fugaz. Sin darme cuenta, mientras no pensaba, me sentí feliz. Y me hice preguntas.

Lo esperé y, mientras subía los escalones que nos separaban, lo observé con detenimiento. Hacía tan solo unas horas que nos conocíamos, pero ese breve periodo de tiempo que habíamos compartido, parecía haberse convertido en un fragmento de eternidad en el que Artur era una persona muy cercana.

Llegamos juntos hasta la orilla del agua y nos sentamos en un hueco

formado entre las piedras.

Una pregunta que me sería difícil responder, pronto salió de sus labios. Era inevitable.

— ¿De dónde vienes, Telma?

Sonreí al bello rostro que me era tan familiar, recordando momentos recientes y una duda que se repetía como un eco rebelde a perderse en el vacío:

Mi huida.

El cruzar la frontera de los mundos.

Nuestro encuentro.

¿Era todo una casualidad?

— ¿De dónde vienes, Telma? —repitió.

Su voz amable, me devolvió una vez más a nuestro instante.

Se lo tenía que explicar, se lo debía, pensé. Él me había rescatado cuando caminaba perdida por la bruma del abismo, perdida entre ambos mundos y, sin hacer preguntas, sin pedir nada a cambio, me ofreció su mano y me mostró un camino, cuando yo no sabía ni qué andaba buscando o de qué andaba huyendo.

Mi historia era también la suya. Aunque en aquel momento no lo supiera.

—Madlam. Mi mundo está más allá de las montañas.

Noté perplejidad en sus gestos y pensé que debía darle explicaciones. Tal vez no me entendería. Yo misma empezaba a recordar el pasado en forma de fragmentos. Estaba empezando a olvidar y sabía que pronto se borraría de mi mente todo lo relacionado con mi vida anterior. Pronto, sería tarde.

Intentaría verbalizar mi experiencia. Antes de que fuera un eco perdido entre aquellas montañas.

Volví a repetir:

—Mi mundo está más allá de las montañas.

FRAGMENTOS DE CRISTAL

—Soy el último eslabón de una larga saga de Elegidas.

Miré a Artur de reajo, esperando descubrir en su rostro señales de extrañeza tras escuchar una frase tan alejada de su mundo de realidades, tan diferente al mío, pero no se inmutó. Sentado a mi lado, con rápidos trazos dibujaba en un cuaderno, perfilaba mi silueta, dando forma en el papel al rostro que imaginaba cuando me miraba.

—Orgullo y tristeza —murmuraba—. Y en sus esbozos, sin letras, se podían leer aquellas dos palabras.

Afirmé con un gesto. La mezcla de orgullo y tristeza resumía en pocos fonemas la historia que me había acompañado y la que seguramente me había conducido hasta a aquel lugar.

“Mi mundo es muy pequeño. Son ocho valles rodeados de una pequeña

sierra donde destaca la montaña Azul, la más alta de entre todas las que rodean nuestro mundo y que, situada al norte de Madlam, como una torre silenciosa, parece controlar nuestras vidas.

Cada tres años, tres Elegidos deben subir hasta la cima de la montaña. Ser uno de ellos no tan solo te otorga el respeto y conocimiento de tu pueblo, también comporta sacrificios. Recorrer el tortuoso camino del ascenso, donde te has de enfrentar a las debilidades del cuerpo y a las trampas de tu alma son una prueba muy dura que no todas pueden superar. Un Elegido asume desde niña que debe cumplir y para ello se prepara hasta que llega el momento. Antes de nacer, mi familia y los habitantes de Madlam supieron que sería uno de ellos, como mi madre, mi abuela y como todas las mujeres que habían formado la larga saga de mi familia.

Y subí.

Tal y como esperaban de mí, llegué a la cumbre. Tan solo me restaba la tarea más fácil, tan solo bajar por el sendero de la Luz, grabar en los discos de plata mi experiencia y convertirme en Venerada...”

—Y no bajaste — dijo Artur, interrumpiendo el dibujo esbozado al que empezaba a definir contornos.

“Alcanzada la cima, permanecí quieta en lo alto. Saboreé durante un eterno instante la soledad del triunfo que pude compartir con las nubes, con los astros y con la suave brisa que me acariciaba el rostro.

Lo había conseguido, me dije una y otra vez, lo había conseguido y debía sentirme feliz. A pesar de ello, una sensación incómoda se filtró por los poros de mi piel, hinchándose como una esponja dentro de un cubo de agua turbia. Y languidecí. Me sentí marchita como una flor arrancada de la tierra. Nunca había deseado el triunfo. Cumplía la voluntad de los demás. ¿Dónde estaba mi voz?

Sacudí la melena al viento, intentando despojarme con el gesto, de aquellos malditos sentimientos que enturbiaban con su acidez el sabor dulce de la victoria.

Decidí arrinconar aquellas negatividades que, pensé, serían parte de la prueba e inicié el descenso.

Empecé a bajar por el sendero de la Luz. Sería una Venerada como fueron mis antepasadas, también mi madre. Mi madre, esa persona que no conocía, que llegó a estar en lo más alto, que tuve el honor de abrir los discos de los secretos y cuyo nombre nos era prohibido mencionar.

Y no pude seguir caminando.

Me tomaré un receso, pensé, disponía de todo el tiempo del resto de mi vida, y me senté en un recodo con la espalda apoyada en una roca.

Deseé convertirme en piedra, en un cúmulo de átomos inertes que no pensara, que no decidiera. Suspiré, vaciando el aire que llenaba mis pulmones, que me asfixiaba, y cerré los ojos. Dejé que la brisa fresca

acariciara mis mejillas, y que la música del silencio y la soledad me mostrara sus notas.

Pensamientos y dudas fueron penetrando por la barrera que tantos años me había costado levantar. La derribaron sin tregua, sin respeto, sin pedir permiso y, poco a poco, empecé a sentir una voz que había permanecido enjaulada. La voz de una persona que jamás había querido escuchar.

Mi voz.

Me puse de pie, sintiéndome ligera como aquellas nubes que surcaban el cielo, como aquella brisa que me acariciaba el rostro y que me insuflaba una fuerza que no recordaba jamás haber tenido. Observé el camino recorrido y pensé en todas las personas que esperaban abajo, en el valle, pensé en el dulce sabor del triunfo, en el sonido de las campanas que anunciarían mi regreso y, a pesar de todo ello, di la vuelta.

Inicié el descenso por la otra ladera, por el sendero de Las Tinieblas.

Iría en busca del mar.

Pasaron días, horas, tal vez segundos, no lo sé, hasta que llegué a la frontera de los mundos. No sabía que me encontraría tras la espesa niebla que nos separa. Desconocía también la existencia de un camino de regreso, pero aparté las incertidumbres y me adentré en el abismo.

Como si fuera el precio a pagar por entrar en vuestro mundo, supe en

aquel instante que los recuerdos de mi vida anterior se irían fragmentando. Como frágiles objetos de cristal, se romperían en pequeños trozos transparentes que quizás nunca volviera a recomponer.

No quise en aquel momento dejarme absorber por la duda. Cruzar era mi decisión, mi deseo, y yo me convertía por fin en la única persona responsable de mis actos y sus consecuencias.

Un intenso aroma de incienso y el batir de unas alas al viento me evocaron, en el instante en que crucé la niebla del abismo, a un ser que amaba, que sentía muy cerca y de quien no guardaba ningún recuerdo.”

Miré de reojo a Artur, que escuchaba atentamente cuanto le decía. Pensaría que era una trastornada. Una extraña que le habla de mundos inexistentes, de montañas mágicas, de abismos... Pero confiaba en él. No sabía entonces el motivo.

—Hablo sin pausa, sin darte la oportunidad del diálogo —le dije—. Tengo miedo a olvidar pronto. Sé que el tiempo que estaremos juntos es escaso. No sé por qué, no sé el qué, pero creo que debes conocer mi historia, aunque me arriesgue a ver cómo te vas huyendo. Debes pensar que no estoy bien...

—Quiero escucharte, Telma. En este momento, es lo único que necesito. ¿Hay alguien sobre la tierra que esté bien?

Y reímos. Ni en su mundo ni el mío se podía responder aquella pregunta.

Atardecía. Se formaron nubes rosadas que iban ocultando de forma sosegada las cimas de la montaña que cobijaban el pantano. Estaba muy cansada, pero debía continuar, de seguir con el relato antes de que mis recuerdos, como aquel paisaje, también quedaran envueltos por la oscuridad.

“Al evocar mi pasado me encuentro con detalles imprecisos y, los que aún mantengo claros se están volviendo, por momentos, más borrosos. Acuden a mi mente como un torrente de imágenes deshilvanadas que, estoy segura, se dispersarán como gotas de lluvia.

Recuerdo el nombre de mi pueblo.

Madlam.

Madlam.

Madlam.

Y también recuerdo que deseaba marchar. Buscaba el mar.

Pero, ya no sé cuál era el motivo.

Paisajes, palabras, sensaciones..., se repiten como un eco que vuelve, que marcha y tomo de nuevo, cada vez un poco más distorsionado, en forma de escenas que siento, con cada instante que pasa, un poco más ajenas.

Cimas.

La Elegida.

El sendero de la Luz

El sendero de las Tinieblas.

Los Venerados.

El mar...

Nací en las tierras del Este, parte de un mundo que se extiende hasta el infinito de los tiempos. Al igual que una pintura está delimitada por un marco y las moléculas de un líquido, atrapadas en un recipiente sólido, Madlam, mi lugar de origen, se haya envuelto por montañas.

La imagen de las cimas que abrazan mi tierra se conserva nítida en mi memoria. Recuerdo a mi gente, siempre con la mirada elevada hacia ellas, y es que nuestras vidas están pendientes de su aspecto. Cambian constantemente de formas, de colores y marcan con ello el ritmo de nuestros pasos, incluso de nuestros pensamientos.

Ante esa dependencia y a pesar de mi memoria fragmentada sigo experimentando sensaciones que me hacen daño: desazón, rebeldía, tristeza... Y recuerdo que me resistía a cumplir con lo que se esperaba de mí, sin saber el motivo y sin saber tampoco qué hacer.

A pesar de mis sentimientos, vivía presa por la contradicción. No podía desligarme del hechizo, del magnetismo que las montañas ejercían sobre mí. Lo primero que hacía al despertar era descorrer las cortinas de mi habitación,

dejar entrar la luz en el cubículo donde vivía y, apoyada en el marco de la ventana, observaba las cimas.

Al irrumpir el invierno, se tiñen con el blanco de las nieves. Los habitantes de Madlam e incluso las cosas que nos envuelven, parecen esconderse en sus conchas. Aceptamos que ha llegado el momento de la metamorfosis, no nos planteamos otra alternativa. Siempre ha sido así y, seguramente, lo seguirá siendo. Tan sólo nos dejamos llevar.

Las plazas de las calles se vacían de niños, los campos de cultivo parecen dormidos y los árboles desnudos de hojas simulan garras abiertas hacia un cielo de azul plumizo. El vacío aparente del blanco se convierte en la señal que anuncia a nuestras vidas el cambio: ha llegado al momento del recogimiento, y su silencio te invita a escribir en las páginas de ese libro que va aumentando poco a poco de grosor, con cada uno de nuestros pensamientos, con todos nuestros actos y con los deseos que a veces llegan a ser realidad y mueren.

Con la llegada de la primavera el blanco se difumina, y el verde, como el color de la vida, se vuelve a pintar en las cimas. Es el periodo de la acción. Las calles retornan a estar repletas de niños que corren, que sonrían. El gran río, que divide Madlam en dos grandes llanuras y en ocho valles, aumenta su caudal con las aguas del deshielo, y el cielo adquiere de nuevo el azul transparente, salpicado de nubes blancas. Las hojas vuelven a brotar en los

árboles, y los arbustos aromáticos, que brotan en la tierra renovada, impregnan el ambiente con el sabor estimulante de la vida por estrenar.

Y como todo se renueva en este ciclo sin fin, llega un periodo en que de nuevo el verde languidece, y la hojas caducas, agarrándose a la vida, estallan en una gama de colores que embriaga el bosque. Naranjas, amarillos, rojos y violetas tintan las cimas, estimulan nuestras vidas.

En ese momento llegué a la cumbre y, en ese momento, decidí marchar.

Y pensé por un instante: Quizás igual que ella.

Si hubiera deshecho el camino, si hubiera bajado por el sendero de la Luz me hubiera convertido en una Venerada, tal y como mi familia esperaba, hecho que mi pueblo hubiera agasajado pero, no, opté por girar y adentrarme por un sendero desconocido.

Baje por el sendero de las Tinieblas.”

—Luego, te encontré a ti.

UNA SUTIL FRAGANCIA DE INCIENSO

Respirando el mundo de Artur, observando los colores de su entorno y sintiendo el cosquilleo de la tierra en mis pies descalzos, pensé que, tal vez, estaba soñando.

Si mi compañero de viaje no era real y nuestras almas se habían unido en un sueño, me daba igual. No quería despertar.

Sin que pronunciara palabra, Artur respondió a mis dudas.

— ¿Sabes en qué se distingue lo real de la fantasía?

Antes de que respondiera, me planteó una nueva duda.

— ¿No es posible la existencia de varias realidades?

No encontraba respuestas y él respondió por mí.

— Las nuestras se sitúan aquí y ahora... Esto es lo único real.

Sonreí a mi compañero, a mi amigo, y proseguí, tal y como él deseaba y tal y como yo necesitaba.

“En esta duermevela en que me encuentro sigo escuchando los sonidos de Madlam, en contra de las normas que rigen nuestros mundos. Es como si el universo me hubiera regalado una tregua, un espacio extra de tiempo que no sé cuánto durará, y quizás me lo haya ofrecido con el propósito que recuerde, que te explique y que pueda mostrarte las imágenes y sensaciones que aún conservo. Acuden confusas mi mente, pero siguen conmigo...

Siento, como si fuera susurrada directamente en mis oídos, la frase que ha marcado mi existencia y la de todas las mujeres de mi familia que consiguieron alcanzar la cima de la Montaña Azul. Como una sentencia escrita en la memoria familiar, fueron las palabras que un día escuché de mi abuela.

“Llegado el momento, serás una de ellas.”

Solo tres jóvenes cada tres años son los predestinados a acariciar las nubes. Yo fui una de las Elegidas.

Pero... nunca nadie se había molestado en preguntar mi parecer.

Consta en los escritos antiguos que la primera Elegida, la primera mujer que subió la montaña llevaba mi esencia, la misma aura que poseen las

mujeres de mi familia. Por ello gozamos de un gran respeto entre los habitantes de Madlam. Un gran respeto que te exige y agota.

Ser Elegido es una gran distinción. La mayoría de personas de mi mundo sueñan con serlo. Es la máxima gracia que puedes alcanzar a lo largo de tu vida mortal y el único camino para adquirir el conocimiento secreto.

El Elegido, una vez llega a la cima de la gran Montaña Azul y superados los baches del camino, podrá escuchar la voz de la montaña. Luego, descenderá hasta la ciudad convertida en Venerada. Se rotulan las calles con su nombre, reproducciones de su rostro se graban en los libros del centro de aprendizaje y formará parte de los personajes que perdurarán para la eternidad de nuestro pueblo.

En el centro de la sabiduría, donde se guardan los discos de plata que contienen las experiencias adquiridas a lo largo del ascenso, un nuevo disco se incorpora en los estantes. Lleva su nombre, contiene sus conocimientos y, con ello, pasa a ser habitante inmortal de la tercera vida, pertenece a la saga de los Venerados de Madlam.

Ellos deciden el futuro de nuestro mundo. Elaboran las normas y las leyes, establecen como debe ser nuestro comportamiento, deciden sobre el bien y el mal. Tienen la verdad en su persona, la verdad que les ha otorgado la montaña.

Y esperaban que yo fuera una de ellas.”

Le pedí a Artur un poco de agua. La narración de mis recuerdos me secaba la boca pero, aún así, las palabras seguían fluyendo de mi garganta, emanaban con fuerza, sin descanso, al igual que el espumoso caudal del sumidero que evitaba el desbordamiento de las aguas del pantano. Mis recuerdos eran como aquellas aguas retenidas entre las montañas, pero perderían con rapidez, se volverían turbias; pero, hasta que no quedara ni una sola gota, las iría observando, filtrando, para convertirlas en palabras grabadas en el viento y en la mente de Artur, mi compañero, mi hermano. No podía dejar de recordar, de hablar.

No sabía cuándo llegaría el momento del olvido.

Y una sutil fragancia de incienso, acompañó mis pensamientos.

—Nunca he compartido con nadie lo que te estoy contando —le dije a Artur—. Ni siquiera conmigo. Las dudas han formado parte de mi equipaje, como un peso que me ha impedido caminar ligera. Me han turbado, pero he callado. No podía oponerme a los designios. Yo era una Elegida.

“Conocieron mi destino antes de nacer. Mi madre no sabía ni siquiera de su embarazo, cuando mi abuela le anunció una mañana de invierno que la saga seguía viva.

Akhasia, mi madre, dormía profundamente, y se despertó con mi abuela a los pies de su cama.

— ¿Qué te pasa Bela? —le preguntó extrañada a su madre que la observaba con ojos alegres.

—Esta noche he tenido *El Sueño*.

Ambas conocían el significado de aquella frase. Las mujeres de mi familia la habían repetido infinidad de ocasiones. Ella misma había sido anunciada por su abuela a su madre y, como mandaba la tradición, debía ser Bela quién tuviera *El Sueño* que anunciara a mi madre el nacimiento en Madlam de otra Venerada.

La abuela le ofreció un recipiente de leche caliente aromatizada con miel de fresas y, mientras mi madre tomaba su primer alimento del día, le explicó la noticia.

—Gea se me ha aparecido esta noche. Envuelta en una aureola de serenidad, hermosa y con la fragilidad de la brisa se me ha acercado. Me ha cubierto con su atmósfera templada, he sentido la música que forma su esencia y, cuando me he fusionado con las notas, he escuchado su voz. Me ha anunciado que en tu vientre se está formando un ser. Reflejado en sus palmas abiertas, me ha mostrado el rostro de la niña que llevas en tus entrañas.

Bela, radiante, narraba su experiencia, tan esperada, mientras mi madre sorbía la leche del cuenco de barro, a pequeños sorbos, como si quisiera darse

tiempo para asimilar el giro que iba a tomar su vida.

—Las ramas del árbol siguen brotando, Akhasia, y Telma, tu hija, subirá la gran montaña cuando los colores del otoño decoren las cimas.

Con los ojos cerrados, mi madre repitió el nombre: Telma, Telma, Telma, mientras se acariciaba el vientre plano que me cobijaba.

—Será una Venerada especial, me ha revelado. Con ella, una época de cambios mejorará nuestras vidas.

— ¿Una Venerada especial?—repitió Akhasia, con extrañeza en su mirada y temblor en la voz— ¿Te ha explicado el motivo?

—No he entendido por completo el mensaje. Los sueños, ya sabes que, son etéreos, deshilvanados, confusos. Lo que sí recuerdo con claridad es una frase: Telma cruzará la frontera y traerá aire fresco a Madlam.

— ¿Cruzarla la frontera?

—Sí, cruzará la frontera—repitió Bela—. Y volverá... volverá con aire fresco. Eso es lo que recuerdo.

Mi madre se quedó mirando por la ventana, pensativa, alargando el pequeño sorbo de leche que contenía su cuenco de barro.

—No sé si estoy embarazada. No he tenido ninguna señal. ¿Puede que te equivoques?

—Ninguna mujer de la familia ha tenido El Sueño en vano. No seré yo la primera.

Las dos mujeres marcharon del cubículo marfil donde vivía mi madre y se dirigieron al de la sanadora, situado en el valle de los Fresnos. Cruzaron por el viejo puente que divide Madlam en dos llanos. A la izquierda, dejaron el valle de los Nogales, donde pasan el día los Experimentales, investigando las estrellas, el desarrollo de las plantas, el pasado y el futuro. Luego, se dirigieron al Este de Madlam, adentrándose por la tierra de los Prácticos, donde se instalan los Sanadores, Constructores, Reparadores y Artesanos. Cubículos de diferentes colores se distribuyen por el gran valle de los Fresnos, donde ejercen su afición, que es lo que en vuestro mundo sería un oficio.

Entraron en un espacioso cubículo azul pálido, donde les atendió una sanadora. Hizo sentar a mi madre en el sillón de observación y le pasó los cristales de la videncia por el vientre.

Cuando una mujer está embarazada los cristales de cuarzo cambian de color al entrar en contacto con su piel y, en aquel momento, viraron a un tono violeta que les hizo recordar a las tres mujeres el cielo exuberante y vital del verano.

Se confirmó que Akhasia iba a tener una hija.

A partir de ese día, pasaría muchas jornadas en el centro de Aprendizaje, en el cubículo verde, especial para mujeres embarazadas. Debería acudir al valle de los Avellanos, donde los instructores se

encargarían de ayudarla para expandir su mente. La música, el saber del pasado y algunos progresos de los Experimentales, le serían revelados, para que el nuevo ser que crecía en su interior, llevara la semilla del conocimiento.”

Hice un receso en la historia. Era demasiada la información para que Artur comprendiera. Supe que había preguntas que tenía que responder.

— ¿Te preguntas por mi padre?

Y con un gesto afirmativo, confirmó que mi intuición era acertada.

“En mi mundo no son tan frecuentes las parejas como en el vuestro. A los dieciséis años nos independizamos y, a partir de ese momento, disponemos para vivir de un cubículo decorado con el color que nos armoniza. Existen personas que conviven con otras, pero son el caso menos frecuente, normalmente vivimos solos y cuando deseamos compañía, la tenemos. La soledad de la que huís en tu mundo, es un factor esencial en nuestras vidas.

Estar solo es convivir con la persona que siempre te acompañará en tu camino, con único ser al que debes rendir cuentas de tus pensamientos, de tus actos. Estar solo es compartir y conversar con tu mejor amigo, contigo mismo. Se consigue el total equilibrio cuando la soledad se convierte en el

mejor de los tiempos.

Los conceptos sobre amor y familia también difieren del esquema en que habéis planificado vuestra sociedad. El amor es demasiado amplio para encerrarlo en una caja con candados de promesa eterna. Así lo siente mi pueblo y con este modelo he crecido. No quiero decir que nosotros lo hagamos mejor o peor, simplemente nos organizamos de forma diferente.

Nuestras madres nos engendran y durante la infancia solemos compartir cubículo con ellas, aunque no siempre es así. Puede ser una abuela quien se encargue de la tutela de los niños o cualquier otra persona que lo desee. En mi caso fue mi madre quien me cobijó los primeros días, luego desapareció y crecí en el cubículo de mi abuela.”

— ¿Tu madre desapareció? —preguntó Artur, interrumpiendo la narración— ¿Qué quieres decir con ello?

Suspiré, tomando una bocanada de aire fresco que me ayudara a tratar un tema que siempre había roto la paz de mi soledad.

El sol había desaparecido por detrás de las montañas y una luna redonda que parecía ofrecernos una sonrisa, me recordó uno de los motivos por los que había cruzado la frontera.

—Mi madre era una Venerada. Desapareció poco después de mi nacimiento. No sé la causa y tampoco el lugar ni la época adonde marchó.

Nunca supe de ella.

Un temblor fino se apoderó de mi cuerpo y Artur me puso encima de los hombros su chaqueta de lana.

—Si te apetece, bajamos al pueblo y buscamos un lugar para descansar.

Asentí.

Bajamos los trescientos sesenta y cinco escalones que separaban el pantano de la Cova Oblidada del valle y nos dirigimos en silencio hasta el pueblo cercano.

Artur hizo un paro en el camino. Me observó fijamente y preguntó.

—¿Según el Sueño no eras tú quien debía cruzar la frontera?

—Tal vez para buscarla.

Y de nuevo, sentí que nos envolvía una sutil fragancia a incienso.

**UN CUADRO Y UN RELOJ QUE FUNCIONA
AL REVÉS**

Un pequeño pueblo, bañado por los tonos rosados del atardecer, nos ofreció un nuevo escenario para compartir el tiempo que nos quedaba.

Juntos recorrimos unas empinadas calles de piedra, construidas por adoquines erosionados por el paso de los días, por el trasiego de carros, por el caminar de las personas que durante años habían pulido las rocas con sus pisadas.

Al final de la pendiente, una explanada con una plaza bordeada por bancos de madera se convirtió en nuestro descanso. Una iglesia se erigía como figura central, con una esbelta torre mozárabe que culminaba en un campanario.

Pensé en Madlam, en la montaña Azul, en los Venerados. Seguramente, el toque de aquellas campanas regiría la vida de sus habitantes.

Campanadas de nacimiento, de boda, de incendio, de muerte..., igual que en mi valle. Tan sólo cambiaban las formas, los dogmas, los personajes, la manera de asumir la ambivalente verdad, pero la esencia de aquel lugar seguía un mismo patrón que el lugar de dónde yo venía.

Nos sentamos en uno de los bancos, acompañados por el denso silencio que se respiraba en la plaza vacía y por el aroma refrescante de las rosas rojas que crecían en unos cuidados parterres.

No había nadie en las calles. La vida del pueblo se escondía detrás de las cortinas de las viviendas. Ojos que se escudaban en la oscuridad, nos observaban, nos estudiaban como si fuéramos personajes ajenos, de otro mundo. Y en mi caso, no andaban equivocados.

Desde una calle perpendicular a la que habíamos subido, nos llegaron restos de conversaciones, ecos de palabras entrecortadas y risas mezcladas en el viento que nos invitaron a abandonar la plaza. Nos levantamos y dirigimos nuestros pasos hacia aquel lugar, que parecía ser el último cobijo de las personas que se resistían a recogerse en sus casas. La fonda del Lago, indicaba un rótulo de madera.

Apartamos unas cortinas confeccionadas con tiras de plástico de colores y, al entrar en el local, nos envolvió una atmósfera cálida. Ante nuestra presencia, y por un instante, descaradamente cesaron las conversaciones, las risas, y todas las miradas se posaron en nosotros: un par

de forasteros que ocupaban un espacio ajeno, pudimos percibir en los gestos de aquellas personas. Al poco tiempo y sin hablar entre ellos, como si se hubieran puesto de acuerdo con el pensamiento, la escena volvió a su normalidad previa. Se descongeló el encantamiento y cada persona reanudó su actividad. Por lo visto, nos habían aceptado.

Pasamos por delante de una larga barra donde un camarero joven, con el cabello rizado y recogido en una coleta, nos ofreció una sonrisa. Artur le preguntó si podíamos cenar alguna cosa y ante su respuesta afirmativa nos dirigimos al interior del salón, donde varias mesas cubiertas con manteles de cuadros en rojo y blanco se distribuían alrededor de una fuente de piedra.

Los dos pedimos sopa de verduras. Artur encargó también unas costillas de cordero. Yo opté por un surtido de quesos.

— ¿No quieres probar la carne? En esta zona es muy buena.

—Nunca la he probado. No la podría comparar con otra —le respondí.

— ¿Eres vegetariana?

No supe que responderle. En mi tierra no comemos carne, pero no solo comemos vegetales. Siempre ha sido así y no había pensado en ese tema. Pero el hecho de imaginarme comiendo un ser que había respirado, me provocaba pena, repugnancia. En este lugar se me consideraba vegetariana, supuse.

—Al final me haréis sentir un bicho raro. Mi hermana y mi madre tampoco comen mamíferos, como dicen ellas. Os comprendo... pero... es que me encanta el cordero crujiente.

—No es preciso que te excuses, Artur. Cada persona y sus circunstancias, son las que son.

A pesar de la imagen de un cordero haciendo fila en el matadero para ser sacrificado, me sentí bien en aquel lugar. Acomodada en la silla, cerré los ojos, haciendo mío el entorno. El murmullo del agua que provenía de la fuente ofrecía un efecto sedante, como si con el caer de las gotas que, seguramente, subían y bajaban sin cesar por un circuito interno, sanearan el entorno de malas vibraciones. El techo del salón comedor, reforzado con vigas de madera barnizada, enmarcaba el local, como si todo el espacio fuera un cuadro, y Artur y yo nos hubiéramos convertido en los modelos que el pintor había escogido para su obra.

Sí, me sentí a gusto en aquel sitio, y también cerca, muy cerca de Artur, como si lo conociera desde hacía mucho tiempo, como si nos uniera algo más que tan sólo un encuentro fortuito.

— ¿Te has fijado en el reloj de la pared? —me preguntó, consiguiendo que abandonara las cavilaciones.

Dirigí la vista hacia el lugar que miraba con expresión absorta, como si el reloj que indicaba fuera especial. Y cuando me fijé, comprobé que sí lo

era.

A simple vista, se podía catalogar como un reloj cualquiera de pared, no diferente a tantos otros: antiguo y fabricado en madera tallada. Era bonito y diseñado con buen gusto, pero lo que le imprimía un carácter individual no era el aspecto. No supe ver al principio en que radicaba su singularidad.

— ¿No te das cuenta de lo peculiar del reloj? —me preguntó, mientras seguía observando.

Miré el objeto con mayor atención y se mostró ante mis ojos el motivo que había atraído la curiosidad de Artur. Las características que lo convertían en una pieza exclusiva no eran la estética ni la antigüedad del aparato, sino su funcionamiento, la peculiar estructura interna que una persona le había diseñado.

¡Las manecillas de aquel reloj se movían al revés!

Odina, la madre de Artur, tenía un reloj idéntico. Coleccionaba relojes, me decía, pero por aquel sentía un cariño especial y lo recordaba colgado en el mismo sitio del salón desde que era muy pequeño. Mientras Artur me contaba su historia relacionada con el reloj, dejé de escuchar. Otro objeto que había en la pared, justo al lado de aquella máquina que retrocedía el tiempo, me atrajo la atención. Una lámina amarillenta, cubierta por un cristal y enmarcada con madera pintada de oro viejo, mostraba con trazos al carboncillo, un paisaje que me era muy familiar.

En el cuadro se reflejaba Madlam con total exactitud.

El camarero de la coleta rizada se acercó a nuestra mesa con los dos platos de sopa humeante. Carraspeó, intentando que aquellos dos comensales embelesados con la mirada fija en la pared, le mostraran un poco de atención. Artur le dio las gracias y, sin esperar tan siquiera a que vaciara la bandeja, le preguntó sobre el tema que abarcaba en aquel momento su total curiosidad, mucho más que degustar las costillas crujientes de cordero que vendrían detrás de la sopa.

—Perdona... pero, me gustaría hacerte una pregunta.

El joven, que tendría más o menos su edad, lo miró atentamente y, ladeando la cabeza, le indicó de manera no verbal, que lo iba a escuchar con agrado.

—Es... sobre ese reloj —le dijo Artur, señalando la curiosa máquina que funcionaba al revés—. Resulta que mi madre tiene uno... exactamente igual. Me ha sorprendido verlo. Es que... son idénticos. Y lo cierto es que no es un reloj que se venda en serie..., o eso creo.

El chico se apartó el flequillo y entornó los ojos. Tras unos segundos de vacilación, durante los que Artur y yo parecíamos esperar su respuesta como si fuera un profesor que nos iba a entregar las notas de final de curso, empezó a hablar.

—Pues me has dejado de piedra... Este reloj siempre ha estado en la

fonda y en este mismo lugar. Lo construyó mi padre, y yo pensaba que era una pieza única. De hecho lo es. Y... ¿También el vuestro funciona al revés?

—Si, además es exacto. El mismo tamaño. Los mismos grabados — respondió Artur— ¿Podría... hablar con tu padre? ¿Tal vez construyó dos?

—Pues no podrá ser. Mi padre no está. Desapareció cuando yo era muy pequeño.

—Lo siento. Perdona. No te quería molestar y en absoluto en temas personales. Soy muy impulsivo. A todo esto ¿Cómo te llamas?

—David, mi nombre es David. Y no, no os preocupéis. Ha pasado mucho tiempo desde aquel día.

— ¿Has dicho que desapareció? —comenté.

Artur no se había dado cuenta del matiz e incluso me hizo una mueca al escuchar mi pregunta. Los humanos rodean el tema de la muerte, evitan acercarse a ella como si fuera un tabú, pero en aquel caso yo sabía que David no se refiera a ese hecho.

—Sí, desapareció. Se esfumó de nuestras vidas de la misma manera en que apareció en ellas —miró el reloj, mientras los tres guardamos silencio—. Nos dejó este reloj de recuerdo. Un reloj que talló y confeccionó con sus propias manos. No creo que construyera dos. Se volvió a apartar de la frente el espeso flequillo que le tapaba los ojos. ¿Sabéis que estoy también intrigado con el tema?

Artur y David se enzarzaron en una conversación sobre las características del reloj y, en cuanto tuvieron una pausa, le pregunté sobre otro de los motivos que me intrigaban.

—Yo también te quería plantear una pregunta. Es sobre el cuadro. Esa lámina del paisaje envuelto por montañas. ¿Sabes quién la dibujó?

—Joder, chicos, estáis dando en el centro de la diana. ¡Mira qué pasa gente por la fonda y nunca se ha interesado nadie por todo esto!

Pues de ese tema sí que me acuerdo a la perfección y, eso que, no había cumplido los cuatro años. Lo sé a ciencia cierta porque aún no había nacido mi hermano pequeño. Nos llevamos cuatro años, por lo tanto yo aún tendría tres; no fallan las cuentas. La dibujó una joven. Una chica que, recuerdo, era guapísima.

Giró la cabeza para observar la lámina, en aquella ocasión con los ojos saturados de recuerdo.

— ¿Por qué no te sientas y charlamos? —le sugirió Artur.

Tras mirarme durante un instante, de forma tan penetrante que consiguió pintar de rubor mis mejillas, nos hizo una señal de aprobación pero, en vez de sentarse, desapareció cruzando una puerta que había al fondo del salón.

Artur y yo nos miramos.

— ¿Va a volver? —le pregunté.

—Supongo que habrá ido a buscar alguna cosa —respondió mi compañero.

Nos dispusimos a empezar a comer la sopa que, a pesar de haberse enfriado, no había perdido ni un ápice del sabor penetrante de las verduras frescas que, seguro, se habían cosechado en las tierras de aquel pueblo; tal vez por las mismas manos de la persona que cuidaba las rosas rojas de la plaza de la iglesia, las rosas que impregnaban el pequeño pueblo de la Cova Oblidada, con un aroma suave, atrayente, nostálgico y que te invitaba a bucear en el pasado, a recorrer el tiempo hacia atrás, como las agujas del reloj que colgaba en la pared de la fonda.

Pasaron tan solo unos minutos cuando David volvió a nuestro lado. Trajo los segundos platos y una botella de vino tinto que, nos dijo, era de su propia cosecha. Carod Legua, el apellido de la familia, se podía leer en una etiqueta pegada en el cristal que, con orgullosas letras mayúsculas, titulaba un caldo laborioso, granate como las fresas maduras y que me recordaba los bosques que había dejado muy lejos o, tal vez, muy cerca.

Las dudas eran cada vez más frecuentes.

Al margen de la distancia o la proximidad de mi mundo, la realidad del presente era que las imágenes que me habían acompañado durante toda la vida, iban a desaparecer poco a poco. Se esfumarían en fragmentos, segundo a segundo, como el curioso pasar del tiempo en aquel reloj de pared.

Mis sentimientos subían y bajaban, al igual que las gotas de agua, que desde el interior de la fuente de piedra, seguían la rutina de un circuito programado, y sin poder hacer nada, sin poder evitar nada.

Alcanzada la cima de la Montaña Azul, y a pesar de saber que mis recuerdos desaparecerían, marché por la otra ladera. Entonces, no me importó. Buscaba un mar que nunca había visto. Buscaba algo más que en aquel momento no sabía, pero tras cruzar la frontera y viviendo aquí y ahora, ya no estaba segura si deseaba olvidar.

Empezaba a comprender qué era lo que realmente buscaba. Sentí miedo al ser consciente de que en cualquier instante no recordaría nada.

Artur, al margen de mis cavilaciones, disfrutaba como un niño con una tableta de chocolate pero, en aquel momento, el plato degustado eran las costillas de un pobre cordero que habían pasado por la brasa. Empecé a saborear el queso de cabra, que tenía intacto en el plato, evitando cruzar mi mirada con los ojos de David que, sabía, me seguía observando.

—El reloj y el cuadro están relacionados —nos dijo, cambiando la dirección de sus ojos hacia los objetos cuyo misterio nos había reunido a los tres.

Quedaron en suspenso nuestros placeres culinarios, y la curiosidad por su relato volvió a ganar un primer plano.

Tras observar durante unos segundos el curioso reloj y el cuadro que, a su lado, lucía en la pared, nos llenó unas copas con el vino tinto de su cosecha.

—Me intriga saber cómo habéis venido a parar a este pueblo que no sale ni en el mapa. ¿Tenéis familia por aquí?

—Pues no —le respondió Artur, tras saborear el caldo que inundó su paladar, al igual que el mío, con las fragancias del cercano bosque—. En realidad, salí de casa buscando los colores del otoño y, en su lugar, encontré a Telma.

—Yo buscaba el mar —añadí.

David se nos quedó mirando con los ojos entornados, serio.

—Puedes reír. Te comprenderemos. —añadió Artur.

Y soltó unas carcajadas retenidas que nos contagió. El resto de personas que, en la fonda, jugaban tranquilamente a las cartas, se giraron ante las risotadas, nos miraron y, luego, siguieron con sus quehaceres. Cosas de jóvenes, pensarían.

—No os enfadéis, por favor, pero hay que reconocer que vuestros destinos son un poco..., diré que, *diferentes*. El mar queda bastante lejos. Lo más parecido que tenemos por aquí, sería el pantano de la Cova Oblidada, y ¿los colores del otoño? De verdad que sois una pareja singular. Tampoco es que yo sea muy estándar que digamos, y mi padre... ¡no te digo! —miró de

nuevo el reloj—. Mi padre, el constructor de relojes con manecillas que van al revés... Y si os cuento el resto, alucináis.

—David, ¿quién dibujó la lámina de este paisaje rodeado de montañas? —volví a preguntar.

Le cambió de nuevo el semblante, quizás le invadió la nostalgia. Se levantó y descolgó el cuadro de la pared. Con una servilleta, limpió el polvo que se había acumulado en el cristal y en los bordes del marco. Apartando los platos vacíos de la mesa, la lámina se convirtió en el centro de nuestra atención.

—Sentada en esta misma mesa, una mujer dibujó el paisaje. El día que marchó, me lo regaló. Dijo que era su mundo, un lugar que pronto empezaría a olvidar.

David volvió a mirarme fijamente como si quisiera con sus ojos traspasar mi piel.

—Me recuerdas a ella.

Artur que estaba absorto en la contemplación del paisaje, desvió hacia mí también su mirada. Como si me observara por primera vez, me escrutó el rostro, analizando con detenimiento cada uno de mis rasgos, traspasándolos, como si descubriera en mi interior a otra persona que parecía conocer muy bien.

—Me recuerdas a ella —dijo Artur, repitiendo las palabras de David.

Y, sin saber, supe que hablaban de la misma mujer.

EL HOMBRE DE LA NIEBLA

El silencio denso que nos acompañó durante un instante distorsionó el tiempo, dilatando los segundos, deformándolo, como si aquel reloj colgado en la pared, cuyas manecillas giraban al revés, tuviera el poder de transportarnos al pasado, a cada uno de nuestros pasados, pasados que parecían compartir elementos que, en aquel momento, empezábamos a sospechar.

—Brindemos.

Y con aquella frase, David nos retornó al presente que el destino nos había regalado para compartir, y saboreamos de nuevo el caldo aromático que su familia guardaba en barricas de roble viejo.

—Nunca había explicado esta historia, nunca.

Mirando el reloj y con el cuadro encima de la mesa, David se acarició

la coleta, la hizo girar entre sus dedos y, luego, apoyando la cara en su mano izquierda, prosiguió.

—Me apetece romper el silencio. Por estos alrededores han sucedido hechos increíbles que nadie comenta. Cuando algo no se entiende, que sale de nuestra rutina se establece una especie de pacto de silencio. No sé, pero hoy deseo hablar. Rompamos pactos.

Y nos llenó las copas.

El reloj y el cuadro. Los dos objetos estaban relacionados. El tiempo y Madlam. Su padre y una mujer que cruzó la frontera antes que yo. Ella. No podía ser otra más que ella.

Se me cerraban los ojos, pero me mantendría despierta. No sabía si recordaría al despertar. ¿Me olvidaría de Madlam? ¿Me olvidaría de aquel presente?

Como un espectro, tal vez mi esencia quedaría entre dos mundos. Tal vez el lugar donde me encontrara con mi madre.

“El padre de David no había nacido en el pueblo. Apareció una noche de niebla baja, evento meteorológico extraño en aquellas tierras y motivo por el cual muchos jóvenes andaban de madrugada por las calles, jugando a perderse y a encontrarse entre las brumas.

Alba, la joven que con el tiempo sería la madre de David, lo descubrió entre las sombras. La mirada perdida y el semblante triste de aquel forastero, no la asustaron. Por el contrario, deseó protegerlo como si aquel hombre fuera un gato recién nacido, que arrancado de los pechos de su madre y lejos de casa había sido abandonado a su suerte. Le tomó de la mano y lo acompañó hacia la luz. Él se dejó llevar.

El resto del grupo, que reía y gritaba corriendo por los alrededores de la plaza de la iglesia, calló cuando vieron salir de la niebla a Alba y el desconocido. Un joven con barba pelirroja de varios días, vestido con vaqueros y una camiseta blanca arrugada, caminaba al lado de su amiga. Parecía mirar sin verlos y se dejaba hacer, como si cuanto le rodeara, tanto objetos como seres vivos fueran ajenos a su persona, incomprensibles a su entendimiento. En un ambiente de silencio compacto, lo condujeron hasta la carretera donde se ubicaba la casa del médico, la única persona que, pensaron, podría ayudar al extraño.

No recordaba de dónde venía, su nombre era un enigma y su pasado se convirtió en un misterio que nunca se pudo desentrañar.

La policía local investigó, se le tomaron las huellas digitales, su rostro fotografiado se envió a la capital y, desde allí, se hicieron las investigaciones correspondientes, pero, no se obtuvo ningún resultado.

Los primeros días estuvo en la cama, débil, somnoliento, descansando

en una de las habitaciones libres que el médico del pueblo, don Rafael, disponía en su vivienda, una pequeña casa situada en lo que era al principio considerado las afueras de la población y colindante con la entrada al Camposanto. Más tarde, en aquel lugar se construyeron unas cuantas casas, dos bloques de pisos, un centro social, la biblioteca y un local multiusos que podía albergar exposiciones, habilitarse como un bar temporal o sala de bailes improvisada. Con las novedades que se sucedieron en la zona, la casa de don Rafael, prácticamente se convirtió en el centro neurálgico del pequeño pueblo.

Una vez recuperado físicamente, no supieron que hacer con el personaje misterioso, ni tan siquiera como dirigirse a él. Chico y oye, fueron las exclamaciones a las que respondía, y siempre en silencio, con gestos. Nadie había escuchado aún su voz; quizás decían los niños se quedó en el lugar de donde era o, tal vez, debía aprender a hablar como si fuera un recién nacido.

De carácter afable y servicial, siempre estaba dispuesto a colaborar en cuanto podía ser útil. Pasó a ser el ayudante de don Rafael, atendiendo con su silencio las visitas que entraban en la consulta, cuidaba de las plantas que nunca habían estado tan radiantes en aquella casa, arreglaba todos los aparatos que se estropeaban o mejoraba mecanismos para que funcionaran con mayor eficacia. Calibraba el tensiómetro y tenía siempre a punto el coche

que en ocasiones utilizaban para ir a la ciudad, cuando el médico debía comprar libros, instrumentales o acudir a alguna conferencia.

Alba estuvo siempre a su lado. Al principio, cuando ausente reposaba en la habitación de la casa del médico, con la mirada fija en un punto indefinido de la pared, ella le leía relatos, capítulos de la novela que en aquel momento la acompañaba, le explicaba las novedades del pueblo y le confesaba sus sueños y sus dudas. Pasar sus ratos libres junto al extraño que encontró en la niebla se convirtió, poco a poco, sin darse cuenta, en un ritual del que no podía prescindir.

Un día recibieron llamada de Teruel. Elena, la hermana de Alba, había dado a luz su primer hijo. La joven marchó a la ciudad para conocer al sobrino y acompañar a su hermana en los primeros días del postparto.

Don Rafael que sentado en su sillón, una vez hubo acabado la consulta del día, ojeaba un manual de medicina, escuchó una voz extraña.

— ¿Y Alba, dónde está Alba?

Las lentes para la presbicia, que sujetaban la parte baja de su nariz, le resbalaron hasta caer sobre la mesa del despacho. Sonrió al aparecido y se levantó con los brazos abiertos.

—Bienvenido al mundo, chico —le dijo al hombre silencioso que, de forma repentina, había recuperado la voz.

Como si a un río de aguas estancadas le retiraran el fango y las

piedras que obstaculizaban su libre cauce, a partir de aquel momento la recuperación fue progresiva, y las preguntas del hombre sin nombre salieron a borbotones de su garganta,

De forma insaciable, se leyó todos los libros que, cubiertos de polvo, se amontonaban en la pequeña biblioteca del pueblo, sin importarle género, temática o autor. Tanto se engullía la Odisea de Homero, el Ulises de Joyce, como la última aventura detectivesca de Monsieur Poirot. El cine se convirtió también en su pasión. Matrix fue rebobinada centenares de veces, colmando la paciencia de Alba que, al final, dándose por vencida seguía sentada a su lado, pero desconectada del viajar incansable entre los mundos de Zion y el virtual de Matrix. Mientras él no perdía detalle de las peripecias de Neo, Romeo y Trinity, ella se dedicaba a repasar las lecciones que daría al día siguiente en la escuela.

—Tenemos que regular tu nueva vida —le dijo el alcalde—, y el primer paso es registrarte. Por supuesto, hemos de escoger un nombre. Un buen nombre.

—Mi nombre será Neo —contestó sin darle tiempo al pensamiento.

— ¿Tú crees? —respondió el alcalde, frunciendo la nariz—. Neo no es ningún nombre..., al menos no es un nombre usual... A las personas se las llama según el santoral del día en que nacen o, si me apuras, por algo que se relacione con la naturaleza... Pero... ¿Neo? No sé, chico, no, no lo tengo

nada claro.

Mirando por la ventana como si esperara la respuesta, escondida entre los tejados de las casas, el alcalde se mantuvo en silencio durante un largo rato. El hombre sin nombre lo observaba, sin entender en absoluto por qué no podía escoger el nombre de su personaje preferido. Se sentía atraído por aquel protagonista, viajero de mundos, y comprendía sus dudas, el malestar de la incertidumbre, el hecho de no saber realmente adónde perteneces.

— ¡Ya lo tengo! —exclamó el alcalde con los ojos brillantes, levantándose de un salto como si lo empujara un muelle escondido en el sillón—. Te llamarás Noé. Sí señor, te llamarás Noé. Simplemente se cambian las vocales de orden y todos contentos.

El nuevo Noé se acarició el lóbulo de la oreja y accedió.

Darle un apellido no tuvo mayor problema. Se tomó el más frecuente de la población, y el hombre sin nombre dejó de serlo cuando se registró en el ayuntamiento del pueblo de Oblites como Noé Carod.”

De manera brusca, David nos devolvió al presente, a la fonda del Lago, y tan solo deseábamos seguir escuchando la historia del hombre que había surgido de la niebla.

— ¿Queréis un café chicos?

Miré a Artur que, con los codos apoyados en la mesa, reposaba su

cara en las manos y, abstraído con el relato, seguía mirando hacia el reloj.

Sin darnos tiempo a responder, David se dirigió hacia la barra del bar donde se puso a trastear con la cafetera.

Volvió en unos minutos llevando una bandeja con tres tazas de humeante café.

—David.

— ¿Si?

Tragué saliva, intentando que la pregunta que me rondaba por la cabeza tomara cuerpo y pudiera salir de mi boca con las palabras exactas, palabras que no acertaba a combinar.

— ¿Recordó tu padre en algún momento el lugar de dónde vino?

David con expresión seria nos sirvió el café. Estuvo pensando, escogiendo, seguramente como yo, las palabras precisas para una respuesta difícil.

—Creo que sí, Telma. Nunca me lo dijo, pero... creo que volvió a ese lugar.

Y nuestras miradas se dirigieron hacia el cuadro que, colgado en la pared, compartía espacio con el reloj que funcionaba al revés.

Nos tomamos los cafés en silencio, un silencio espeso de preguntas y de recuerdos que, cubiertos durante años por una densa capa de polvo, volvían al presente.

¿Por qué los humanos desean olvidar sus recuerdos?, pensé.

Seguramente por la falta de respuestas.

Seguramente, aquel preciso instante era para David, para Artur y para mí, el momento de obtener algunas respuestas.

—Nos tienes que hablar de ella —dijo Artur.

Y sentí un escalofrío. La percepción del espacio se alteró como si mis sentidos hubieran despertado. El sonido del agua que, rítmicamente, caía por los caños de la fuente de piedra, era más intenso; los trazos de Madlam, perfilados en la lámina amarillenta, parecían más precisos, como recién dibujados; y mi mente, curiosamente, en contra de las leyes, aún era capaz de recordar. Evoqué las montañas, sus cimas teñidas por el blanco de las nieves, el gran río, los ocho valles. Con claridad, pude visualizar a mi gente, a mi abuela; escuchar la voz grave y cálida de mi abuela.

¿Cuándo empezaría a olvidar?

Como le pasó a él.

¿Cómo quizá le pasó a ella?

DESAPARECER

A pesar de las manecillas de aquel peculiar reloj que hacían correr el tiempo al revés, la noche fue pasando. Salvo cuatro hombres que, en un rincón de la sala, jugaban una partida de cartas que parecía interminable, sólo nosotros tres desafiábamos el cansancio, evitando el reposo nocturno que, en mi caso, temía fuera el momento en que los recuerdos de mi vida iniciaran el proceso de fragmentación.

Tal vez olvidaría totalmente quien era, de dónde venía, y me convertiría en una caja vacía.

— ¿Qué os hable de ella?

Miramos atentos a David, esperando respuestas... Si es que las había, pensé y no dije.

—La historia es larga..., confusa... —murmuró, como si hablara

consigo mismo, mientras con un gesto indicaba a su hermano, que aún seguía atendiendo en la barra, que nos trajera otros cafés—. Como os dije, las dos historias están relacionadas. El reloj y el cuadro, mi padre y ella...

“Noé, el padre de David, se casó con Alba y se instalaron en la fonda del pueblo, propiedad de los padres de la joven. Por las tardes, tomaba el relevo al suegro y se dedicaba al cuidado del local hasta que, entrada la noche, se marchaba el último parroquiano.

Su habilidad para la reparación de todo tipo de objetos se hizo eco tanto en Oblites como en los pueblos colindantes, de tal manera que los encargos aumentaron de manera progresiva. El local se llenó con tal cantidad de cachivaches y herramientas que se tuvo que adaptar una habitación como taller para que la fonda no pareciera una tienda de antigüedades.

Instrumentos musicales, batidores, maquinillas de afeitar, televisores, planchas y los instrumentos de don Rafael, el médico, eran los objetos que podían verse tan sólo al entrar por la puerta de la fonda, a la espera de ser reparados por el hombre de la niebla, sobrenombre con el que era conocido Noé Carod por los habitantes de la comarca. No le molestaba el apodo, incluso sonreía cuando Alba o su suegro se enfadaban y discutían por reivindicar en el pueblo su nombre oficial.

—No te enfades mujer. Lo dicen con naturalidad, sin ninguna mala

intención. ¿O no es cierto que me encontrasteis en la niebla?

—Sí, claro que sí, pero tienes un nombre. Si remuevo los orígenes de algunos, podría explicar más de una cosa que a muchos no les gustaría escuchar en absoluto. ¿Verdad que no llamo a Tomasa, la mujer de las porquerizas? Y, eso que, todo el pueblo sabe que nació en una, porque su madre no tuvo ni tiempo de subir a la alcoba para parir. A nadie le importa de dónde vengas.

Noé sonreía. Sabía que a ella sí que le importaba no poder descifrar aquel enigma. A él también. Le hubiera gustado rasgar las brumas que le separaban de un pasado que había olvidado y calmar la curiosidad de su mujer, pero aquella barrera parecía tan densa e infranqueable que prefería no pensar en ello.

Tampoco entendía la susceptibilidad de su mujer y de sus vecinos ante nimiedades. Sufrían por no sentirse aceptados y parecían disfrutar más con los tropiezos de los demás que con sus propios logros.

—A ti, parece que no te importe nada.

—Estas cosas no me afectan, mujer. No creo que sean motivo de disgusto. Ya sabes que me importan otras muchas.

Alba lo escuchaba. Sabía que podía tener razón, pero no lo entendía. Noé irradiaba felicidad cuando reparaba un objeto estropeado, se maravillaba

ante hechos tan normales como el nacimiento de un potrillo, la esperaba alegre para ir al cine a ver una película que se sabía de memoria y en la que siempre descubriría nuevos gestos, nuevas frases... En hechos cotidianos que los demás no valoraban, él parecía encontrar tesoros olvidados por el universo. Hubo momentos en que Alba rozó el secreto, pero nunca logró aprobar aquella asignatura pendiente. Se ahogaba en el desconcierto.

Una mañana, trajeron a la fonda el primer reloj que tendría que reparar. No era un modelo especial, tan solo un reloj de bolsillo como otros tantos que los hombres mayores del pueblo seguían utilizando. La pieza, bañada en plata, estaba decorada con dibujos geométricos y al abrir la tapa, en su reverso, se podían leer las iniciales: C.C.H.

A pesar de ser un objeto trivial, cuando lo tuvo en las manos experimentó una reacción extraña. Se mareó. Tuvo la percepción de que la superficie que mantenía unidos sus pies en la tierra fuera cambiando de densidad, espaciando sus átomos hasta convertirse en una masa con la consistencia de un flan de vainilla. Aquella primavera, los rayos de sol traspasaban las ventanas con furiosa potencia, no obstante sus ojos se dilataron como los de un felino en la oscuridad. Se sintió tan inseguro que le faltó valor para tomar el reloj con sus manos y, con la mirada, le indicó al dueño del objeto que lo depositara sobre la mesa.

Anduvo extraño durante unos días. Subía y bajaba las escaleras de la

fonda con la mirada ausente, sin poder acercarse al taller. Un temblor fino le recorría el cuerpo, y la expresión del semblante le recordó a Alba la de aquella noche de invierno, cuando lo descubrió entre la niebla. El termómetro que le colocó un sinfín de veces bajo la axila, desmintió la fiebre que hubiera confirmado un simple malestar, una indisposición banal que le hubiera calmado su incertidumbre.

Aún así, lo obligó, sin que le costara demasiado esfuerzo, a que se metiera en la cama. Reposo, bebidas calientes y el ambiente reconfortante de la habitación que compartían, seguro que actuarían como sedantes. Alba sintió miedo de que aquella enfermedad devolviera a Noé al lugar de sus orígenes. Lucharía contra la niebla.

A los tres días se levantó y volvió a sus quehaceres habituales. El color se instauró de nuevo en las pálidas mejillas que preocupaban a su mujer, y la sonrisa, que formaba parte de su manera de ser, reapareció, calmando a Alba y apartando de momento la niebla. Se hizo cargo de la fonda, como siempre, y cuando el último cliente se retiró, cerró la puerta, entró en el taller y tomó entre sus manos el reloj de bolsillo, con el cuidado de una madre al abrazar a su hijo, con la curiosidad de un niño cuando descubre el artilugio que hace mover su juguete.

Poco a poco empezó a desmontar el reloj, sin un ápice de temblor en su gesto y con la mirada atenta en la maquinaria que se escondía en su

interior. Deseaba descubrir el misterioso engranaje que era capaz de marcar el ritmo de la vida. Tenía en sus manos un objeto que controlaba el tiempo.

Y contempló la cima de unas montañas.

Le envolvió la música del silencio.

Y él, junto a ella, situados en un recodo sin tiempo.

El propietario del reloj nunca reapareció por la fonda a recoger su aparato arreglado, y Noé, desde aquel día, siempre lo llevó en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Aquel sencillo reloj, marcado por iniciales que nunca supo a quién o a qué se refería, fue el primero de una larga saga. Poco a poco, al igual que la marea se adentra en la costa, los relojes fueron ocupando la totalidad del taller: despertadores de hojalata, digitales, relojes de pulsera, de pared, de pie... Algunos eran piezas exclusivas, carrillones con refinados decorados, pertenecientes a coleccionistas que se habían enterado de la habilidad de Noé en la reparación de relojes; otros, en cambio, parecían vulgares, destinados simplemente para ser usados en el cálculo del momento de tu existencia, pero a Noé le era indiferente la condición, la finalidad o a quién pertenecía el objeto: todos eran piezas únicas que parecían contener un secreto.

Y su pasión no radicó tan solo en la reparación: investigó y construyó

nuevas maneras de controlar el tiempo. Los niños de Oblites aprendieron a fabricar sus propios relojes de arena, tal y como Noé les enseñó en la escuela, como ejercicio de prácticas que Alba les propuso. Los padres de los alumnos, también desearon tener el suyo, relojes que señalaran sus casas con una singularidad y le encargaron sus propios relojes de sol, como el que lucía en la puerta de la casa de don Rafael. Los artilugios, que marcaban el tiempo por la posición de la luz, se acabaron convirtiendo en un emblema de los habitantes de aquel pueblo cuya carretera acababa en un pantano de aguas retenidas. Oblites, gracias a las habilidades de Noé, pasó a ser conocido por toda la comarca como el pueblo de los relojes de sol.

Alba, a pesar de sus protestas y malas caras, no consiguió que Noé perdiera el apodo del hombre de la niebla, pero ya no se enfadaba, llegó incluso a sonreír ante la evidencia.

El tiempo pasó, como siempre, con periodos de rutina en que te acostumbras a no ver ciertas cosas que, a pesar de ser visibles, quedan ocultas por estar siempre a tu lado, y se alternaron con otros en que los hechos que parecen imprevisibles te zarandean la vida.

Nació David y a los cuatro años su hermano Raúl. Noé y Alba vivieron una etapa pletórica, como una primavera que promete ser eterna, pero el invierno siempre se impone, a veces de forma imperiosa, cruel, helando la sangre y convirtiendo la existencia en témpanos de hielo.

Sin dar tiempo a una despedida, Alba desapareció de sus vidas. Un coche, uno de los pocos coches que circulaban por la carretera que cruza el pueblo se convirtió en el elemento oscuro. Volvía de la escuela, donde se había reincorporada hacía tan sólo unos días tras la baja maternal. Atravesó la calle, pensando en el poco tiempo que le quedaba para comer, repasar los exámenes que pondría a sus alumnos por la tarde, tender la lavadora con la ropita de Raúl... Se tenía que organizar para poder compaginar su profesión con la familia.

Raúl ya empezaba a emitir sonidos y David, que acababa de cumplir cuatro años, era cada día más parecido a su padre, pensaría, seguramente Alba, con una sonrisa en los labios, y atravesó la calle.

El azar o tal vez el destino quiso que en el mismo segundo y en el espacio exacto, la vida de Alba, sus sueños y pensamientos se cruzaran con aquel coche, poniendo el punto y final en el libro que nunca se escribiría de su vida.”

Llegado a este punto del relato, David calló. El silencio se saturó de preguntas que no conseguían brotar de nuestros labios, y los ojos me escocían por las lágrimas que me eran imposible retener. Me sorprendió aquella reacción extraña en mi naturaleza. En Madlam, asumimos la muerte como un cambio, un viraje en el camino, no es ninguna tragedia, pero llevaba muchas

horas en el mundo de los humanos y, parece ser que en este lado, todo, incluso los sentimientos, se mimetizan. Artur me pasó un pañuelo de papel que sacó del bolsillo de su chaqueta y comprobé por su mirada que compartíamos el mismo estado. David no prosiguió con la historia; el punto y final en la vida de su madre, le impidió seguir con la narración. Salió a la calle, supongo que con la intención de que el aire fresco suavizara unos recuerdos que, a pesar de los años, aún le hacían daño. Artur y yo seguimos en la mesa, callados, acompañados por el sonido del agua que brotaba en la fuente de piedra y el tic tac de aquel reloj cuyas manecillas buscaban el pasado.

Pasarían diez minutos cuando David con una sonrisa tímida, volvió a nuestro lado.

—Me parece que os estoy aburriendo con mi historia.

—En absoluto —le respondí.

—En absoluto —repitió Artur al unísono.

—Nunca había explicado a nadie todo esto. Y vosotros..., dos extraños, parecéis un imán que atrae los recuerdos que tan bien creía guardar.

Cuando David se calmó, Artur le hizo una pregunta que yo también tenía en la mente.

—¿Noé desapareció tras la pérdida de Alba?

—Volvió a la niebla, sí, es lo que yo creo, pero otros factores lo

empujaron —me miró detenidamente, como si nos acabaran de presentar—. Antes de su marcha apareció en el pueblo la mujer de ojos verdes.

“Noé se encerró en el taller de los relojes. Sentado en una silla de madera y con la cabeza apoyada en la mesa de trabajo, permaneció quieto y pasaron las horas, y pasaron los días, mientras sonaba continuamente la hora en uno u otro reloj de todos los que se hallaban en el taller, esperando ser reparados. El susurro del paso del tiempo lo mecía como si fuera un mar de oleaje constante, suave, y se dejó llevar, se dejó arrastrar. Su destino le era igual, todo le era igual.

Los padres de Alba se encargaron de los niños, de que la vida continuara a pesar de su ausencia. Cada día bajaban al taller con palabras de aliento y una bandeja con comida y agua, pero, cada día, subían sin una respuesta y con la bandeja llena de alimentos sin probar.

Pasó una semana y sufriendo por su salud, Rosa, la madre de Alba, acudió a la consulta de don Rafael. Siendo el médico del pueblo y buen amigo de Noé, pensó que sería la única persona que lo podría ayudar a salir de su encierro. En cuanto acabó de visitar al último paciente, el galeno tomó su maletín y, junto a Rosa, se dirigió a la fonda con la intención de sacar a Noé del taller de los relojes y que volviera a tener una vida que encajara en el plano de la normalidad. Al cruzar la cortina de colores del local,

comprobaron que el problema ya era parte del pasado.

Con barba de siete días que le aportaba aspecto de profeta bíblico y con algunos cabellos blancos que le habían nacido durante su aislamiento, Noé, sentado junto a sus hijos, engullía un plato de lentejas estofadas como si fuera un manjar cocinado para los dioses del Olimpo. Con una sonrisa amplia, les mostró, sin perder bocado, un lugar en la pared donde un objeto nuevo acababa de ocupar un puesto de honor en la fonda.

Rosa y don Rafael miraron hacia el lugar que señalaba Noé y descubrieron el motivo de su alegría: un curioso reloj tallado en madera destacaba entre paisajes enmarcados del pueblo. Lo había trabajado con esmero, con cariño y presentaba una peculiaridad: sus manecillas corrían al revés.

Nadie comentó nada, quizás por miedo a romper aquel momento de paz. Se sentaron alrededor de la mesa y se dispusieron a comer, junto al hombre nuevamente surgido de las nieblas. Los niños sonreían y su madre los miraba desde la pared, junto al reloj, reflejada en una fotografía color sepia.

EL TRONCO DE LOS DESEOS

Giraba, sin sentido, la cucharilla que mareaba el café con leche que, frío y con el azúcar bien disuelto, tenía delante. Pensaba en como plantear la pregunta que aclarara mis dudas, aunque lo que realmente deseaba era que David con su historia me ratificara que estaba en lo cierto.

El cuadro que colgaba en la pared, junto al reloj, y que perfilaba aquel lugar envuelto por montañas, lo había dibujado una mujer, lo había dibujado *ella*, la mujer que, cuando evocaba, conseguía saturar el ambiente con una sutil fragancia de incienso.

No quise precipitarme, pues a pesar de llevar poco tiempo respirando el mismo aire que los humanos y viviendo sus contradicciones ya sabía apreciar su fragilidad en la esfera de los sentimientos, y sobre todo cuando se relacionaban con el tema de la familia. En esa segregación que construyen en

sus casas, como si fueran submundos aislados, celdillas de una gran colmena de asfalto, se sienten protegidos de unos semejantes que consideran rivales. Con la excusa de la familia, viven en un mundo fragmentado y homogéneo donde se sienten seguros, sin ser conscientes de que tan sólo se pierden en la soledad de sus miedos.

Artur es diferente. No lleva esa máscara que la mayoría de humanos se coloca al salir de sus casas. No se protege de nadie. No lo necesita. Cuando lo miro detenidamente descubro al niño que la mayoría se empeña en ocultar. El suyo convive con el adulto, son la misma persona.

Llega el momento en que una palabra, un hecho o la sucesión de normas que rigen el comportamiento consiguen tapan la boca a esa parte del ser que sabe jugar, que es capaz de sentirse rico con el hallazgo de una piedra de forma curiosa, que no se apura al preguntar sobre lo desconocido y que no le importa reír, llorar o cantar aunque desafine.

Muy pronto, en la vida de los humanos llega ese día..., suele ser tan sólo un instante, que pronto se olvida, y en el que todo cambia. Se obliga al niño a pensar en el mañana, a ponerse el uniforme gris del comportamiento establecido y deja de correr, de cantar, de recoger piedras. Han confeccionado su máscara.

Obsesionado por las apariencias y un futuro que no existe, el adulto siempre vence. Amordaza y venda los ojos del niño que, a pesar de ello,

retiene escondido en la oscuridad del pasado, pero el pequeño sabe contar hasta cien, hasta mil, hasta el infinito. Con los ojos cerrados, como si fuera un juego más, esperará en silencio a que llegue el momento. Es cuestión de paciencia; pero todo el mundo no sabe abrir la puerta.

Artur miraba a David y yo miraba a Artur. En sus ojos, en su voz y en sus gestos se puede captar la esencia de la brisa, del agua, de las rocas. Cuando me dijo que iba en busca de los colores del otoño no entendí por qué...No tan sólo la totalidad de las notas del sonido, también las tonalidades del color, abarcando gamas no existentes en este lado de la frontera, se concentran en él, forman parte de él.

Seguramente, por ello me encontró en la niebla.

—¿Queréis salir a dar un paseo? —preguntó David.

Artur se giró hacia mí que, absorbida por aquellos pensamientos, me encontraba en un plano muy alejado de la fonda del Lago.

—¿Te encuentras bien, Telma? Estás muy pálida.

—Sí, estoy bien, muy bien. —le contesté.

Me restregué con fuerza los ojos y acabé el sorbo que quedaba del café con leche.

Levantó las cejas, preguntando con el gesto si me apetecía salir a pasear por el pueblo como proponía David.

—La noche está despejada y podréis ver un cielo estrellado que,

seguro, en la ciudad ni soñáis que pueda existir. —nos dijo David.

Sonreí sin replicar su afirmación. Él sí que no podía llegar ni a imaginar el cielo de Madlam, bóveda azul que muestra cada noche sus tres lunas blancas, como tres grandes ojos que, desde las alturas, nos parecen observar. Y recordé una vez más los valles, los cubículos de colores, el gran río... Pude visualizar la Imagen de todo mi mundo, con la misma nitidez que el día en que alcancé la cima de la montaña Azul y que, en contra de las leyes del universo, seguía conservando en la mente con total claridad.

—Sí —les contesté a ambos—. Vamos cuando queráis.

—Te has de abrigar un poco más, Telma —observó David—. Con esa blusa tan fina te resfriarás. Voy a ver qué encuentro por la casa que te vaya... un poco bien.

Subió unas escaleras que por lo visto conducían a la vivienda y a las habitaciones que se alquilaban a los turistas.

Artur y yo nos quedamos solos. Sufría por mi aspecto ya que volvió a preguntar si me encontraba bien. Me siento en perfectas condiciones, le aseguré.

— ¿Aún recuerdas?

Le respondí con un gesto y sonrió. No le quise decir lo que intuía por no cambiar aquel semblante que tanto me gustaba.

—Mañana, si quieres, iremos en busca del mar.

Y volví a callar. Mañana al despertar no sabía si mis recuerdos no serían más que pequeños fragmentos de cristal, rotos, irrecuperables, y yo tan solo una sombra de mi pasado, un fantasma del presente. Pero... mañana sería otro día. No deseaba preocuparlo ni preocuparme.

David bajó las escaleras con un plumón azul marino. Me lo puse y los dos estallaron en carcajadas; me llegaba hasta las rodillas.

— ¿Y estas risas? —manifesté extrañada—. Siento un calor reconfortante, ¿Qué importa el aspecto que pueda tener?

Me miraron con cara de asombro. Supongo que no cuadraba con el prototipo de mujer al que estaban acostumbrados.

Y, sin darles explicaciones innecesarias, cerré los ojos, recordando la calidez que envolvía nuestros cuerpos al danzar alrededor de las hogueras cuando se festejaba el cambio de estación. No era la misma sensación envuelta por un plumón azul marino confeccionado con plásticos.

—Bueno, en realidad, tampoco tienes que desfilas por una pasarela.— exclamó Artur.

No sabía qué era una pasarela, pero me era igual. No pregunté.

Fuimos paseando hasta la parte baja del pueblo, recorriendo calles desiertas y bordeando casas construidas en piedra, con pequeños ventanales resguardados por cortinas, detrás de las cuales unas miradas furtivas nos observaban de nuevo. Controlaban nuestros pasos, se preguntaban quiénes

éramos, se imaginaban nuestros movimientos como si fuéramos personajes de una de las películas que veían en el cine de la plaza o en la pantalla de televisión de los salones de sus casas. Seguramente, en el sueño que pronto iban a vivir, nuestras sombras se convertirían, pensé, en elementos abstractos que, fusionados con sus deseos y realidades, formarían un guión que nunca sería escrito. O tal vez sí...

Cruzamos por un puente viejo, construido con adoquines ensamblados, entre cuyas grietas asomaban brotes de hierba, briznas de vida que resistían a sepultarse bajo el cemento. Al llegar al otro lado, dejamos atrás la poca luz que emitían las farolas del pueblo y nos sumergimos en un túnel oscuro, rasgado por el brillo de la luna nueva y por millones de estrellas que tintineaban como si nos hicieran guiños de seducción.

Sin dejar de mirar el cielo, seguimos a paso lento, caminando por una carretera lateral, cuyo pavimento desgastado y cubierto de hierbas nos indicaba que, desde hacía ya tiempo, por allí no circulaba ningún vehículo.

Arbustos de zarzamoras y arboles con troncos retorcidos delimitaban las dos carreteras: la principal y el desvío que nos engullía en las tinieblas. Algún que otro coche pasaba por la nueva vía y se creaba un juego de luces y sombras que provocaban la imaginación. Respondiendo al juego, entrecerré los ojos y, dejándome llevar, seguí a mis dos acompañantes, mientras reconocía en la penumbra, rostros y escenas que había dejado en mi mundo,

rostros y escenas que en breve dejaría de recordar. Y dudé. ¿Valía la pena haber actuado por impulso?, ¿por qué crucé la frontera? Al mirar a Artur y David, supe por primera vez que el motivo era saber de ella, de mi madre, de Akhasia. ¿Por qué marchó de mi lado? Tal vez lo buscaba a él. Tal vez se buscaba a ella. Tal vez me perdería en aquel mundo y jamás tendría respuestas.

David hablaba, y su voz me hizo volver al presente y al lugar donde me encontraba. Nos explicó que tras las últimas obras que había realizado el Ayuntamiento de Oblites, la nueva carretera había substituido la que recorríamos en aquellos instantes y que, en lugar de hacerla desaparecer, se mantuvo. La excusa de no haberla cubierto por una capa de cemento, era que conducía a tierras de cultivo y a chalets construidos hacía tiempo en aquel lado del río, pero todos sabían que el motivo no era el argumentado, sino el que estaba escrito en la memoria colectiva del pueblo. La antigua carretera escondía secretos de juventud, palabras dichas y luego olvidadas por el paso del tiempo, cuyos ecos permanecían grabados en aquellos arboles, en el aroma de los frutos maduros que se asomaban entre los arbustos y entre las grietas del pavimento.

Nos paramos ante un tronco de árbol seco, muerto haría décadas, y cuando puse la mano en su superficie, capté el rastro de aquellos recuerdos. Pude escuchar el halo de las palabras, sentí el aroma de los besos escondidos

y el sabor fresco de las promesas que habitaban en los poros de su universo.

—Es el tronco de los deseos. —aclaró David, suspirando quizás por sus sueños olvidados y que ahora formaban parte del mundo silencioso y paralelo sobre el que estaba sentado.

—Sois originales en este pueblo—comentó Artur—. Existen pozos, fuentes e incluso lámparas de los deseos, pero nunca había escuchado nada sobre un tronco con estas características.

— ¡Si este tronco hablara! —exclamó David.

Y pensé: no habla, grita, pero hay que saber escuchar.

Nos sentamos en el tronco de los deseos y en cuanto mi cuerpo rozó la superficie aparentemente muerta de aquel árbol, sentí un escalofrío.

La primera sensación pasó a convertirse en un calor chispeante, como si miles de burbujas de colores hubieran penetrado por mis poros. Recorrieron en décimas de segundo todo mi cuerpo, desde el pulpejo de los dedos hasta la punta de la cabeza y sentí un cosquilleo cuando al estallar, saturaron con su energía cada una de mis células. Me reconfortó un calor salpicado por el familiar y sutil aroma de incienso.

De nuevo, aquel aroma.

De nuevo, ella.

La oscuridad que nos envolvía no me permitió observar sus ojos, pero sabía que Artur me miraba y supe que él también había captado aquella

fragancia que nos unía.

—Háblanos de ella —inquirió Artur, deteniendo con su voz el flujo de mis pensamientos—. Háblanos de la mujer que dibujó el cuadro.

—Más allá de las montañas, me dijo. —exclamó David, marcando las silabas.

—Aquí la conociste —pensé y dije sin darme cuenta de que hablaba.

—Sí, aquí la conocí. No podría olvidarlo.

Pasaron unos segundos hasta que inició la explicación ya que nuestras miradas quedaron pendientes del cielo. Una estrella fugaz lo recorrió en diagonal, marcando un trazo perfecto, como si un ángel juguetón hubiera pintado con tiza, una raya blanca en la pizarra negra del cielo de aquella noche.

—Yo la encontré o... ella me encontró a mí —nos explicó David, intercalando un suspiro entre ambas frases—. En este mismo lugar fue donde nos vimos la primera vez. Yo era muy pequeño y lloraba. Echaba a faltar a mi madre. Mie había marchado de casa sin hacer caso a los gritos de mi abuela. Mi única idea era encontrarla. Corrí, corrí hasta llegar a este rincón y, perdido, sin saber qué hacer ni adónde ir, me escondí en el hueco del árbol. Escuché mis propios gemidos de desconsuelo cuando comprendí que mi madre había muerto y que nunca la vería por mucho que corriera o suplicara al tronco de los deseos. Dejé de llorar y me mantuve alerta cuando una voz

desconocida repitió mi nombre y una curiosa fragancia penetraba hasta mi escondite. Con los ojos aún mojados de lágrimas, descubrí los suyos, que me buscaban a través de los orificios del tronco. Unos ojos verdes como el mar.

Calló durante unos segundos.

Ojos verdes, repitió Artur.

Y aroma de incienso, murmuré yo.

—Por un instante, pensé que era mi madre, pero era *ella*, la mujer que dibujó el cuadro, la mujer que me abrió los ojos y me mostró que existen otros mundos... más allá de las montañas.

Y una sutil fragancia de incienso impregnó los poros del árbol seco, del tronco de los deseos.

Abrazó nuestros cuerpos.

LA MUJER DE OJOS VERDES

Llevaba poco tiempo viviendo en el otro lado de la frontera, tan sólo hacía unas horas que conocía a mis dos acompañantes y, a pesar de ello, no los sentía como desconocidos. Se habían convertido en seres cercanos, como esos compañeros de viaje que, paso a paso, consiguen derrumbar barreras, evaporar distancias y conservan entre ellos tan sólo un liviano espacio por el que pueda circular la brisa.

Sentados en el tronco viejo, el tronco de los deseos como lo llamaba David, resguardados por un cielo estrellado y los arbustos que seguían creciendo en los bordes de la carretera abandonada, supe que disfrutaba uno de esos momentos esenciales que pasan en la vida, momentos que se recuerdan sin perder la claridad de un presente que se ha transformado en pasado, como si fueran resistentes de una batalla a pesar de que el tiempo se empeña en ocultar con sus capas de olvido.

— ¿Sois pareja? —preguntó David—. Rompiendo una vez más con sus

preguntas mi ensimismamiento y, como era habitual en él, dispersándose del tema que había iniciado y nos tenía intrigados.

Mientras yo dudaba, Artur le respondió.

—Nos conocimos ayer. ¿Qué si somos pareja? Pues... según el sentido que le des a ese concepto. Ahora, bien podríamos ser un trío... ¿No?

Sonrieron los dos, y me ratificaron la idea de que *en este lado*, las personas no concebían la existencia de la individualidad. Quizás fuera por inseguridad, miedo... Yo no tenía respuestas.

Seguramente, ellos tampoco.

—Es curioso. Ayer éramos tres extraños y hoy compartimos presente y fragmentos del pasado —dijo David, verbalizando la esencia de mis pensamientos—. Creo recordar que uno de vosotros buscaba el mar y el otro unos colores, ¿verdad?

David divaga más que los Experimentales de Madlam, pensé, que pueden estar meses debatiendo sobre un tema, generar con sus discusiones multitud de incógnitas y encontrar respuestas a interrogantes que ni se habían planteado al inicio de las sesiones. En mi mundo no sería un Práctico, pertenecería con seguridad al colectivo de los Experimentales.

—Sí, busco los colores del otoño... y no te rías tío, que aunque no haya demasiada luz, intuyo tu sonrisa —replicó Artur.

—No me río. Me parece perfecto. Yo también busco. Busco la

melodía..., mi melodía, y estoy convencido de que un día la encontraré.

—Seguro que la encontrarás —le dije.

— ¡Menudo trío que nos hemos juntado! —exclamó David.

Y estallamos los tres en sonoras carcajadas que seguramente empujaron a buscar nuevo refugio a los insectos que merodeaban por el tronco viejo de los deseos.

— ¿Y el tema de los colores a qué se debe, Artur? ¿Eres pintor?

—Me dedico al interiorismo. Los colores son la materia prima de mi trabajo, al igual que las texturas o las formas. Una vez al año marcho solo y voy en busca de una idea. Pensé en tomar un avión e ir a Vermont, recorrer sus bosques, tomar fotos, hacer esbozos...

— ¿Y por qué a Vermont? ¡Vermont..., Vermont! —tras unos segundos de dubitación, encontró la respuesta a su pregunta—¿No es el escenario de algunas de las novelas de Paul Auster?

—Pues sí. Me informé sobre la zona después de leer una novela suya que me pasó mi hermana Aura. Brooklyn Follie. Sus bosques de hoja caduca convierten Vermont en el lugar donde los colores del otoño alcanzan su máximo esplendor. Quería captar ese último aliento de la naturaleza.

—Te has desviado un poco de ese destino, ¿no? De Estados Unidos a un pequeño pueblo del Bajo Aragón... hay un trozo.

—Cambié de planes. Un impulso me obligó a coger el coche y buscar

mi Vermont particular. Tomé la carretera y me dejé llevar, hasta... que me encontré con ella —me miraron los dos y luego continuó—. Dejé los bosques por enseñarle el mar. Vermont no creo que se mueva de su sitio. Ella no lo sé.

—Perdona Telma, pero esto del mar es un poco raro. ¿Cómo es que una chica joven nunca ha visto el mar? —preguntó David, dirigiendo hacia mí sus dudas—. Mis abuelos jamás salieron de estas tierras, nunca lo conocieron, pero era otra época. ¿De dónde eres? Porque mar... hay mucho en este planeta.

¿Qué consideraba él como normal?, pensé, pero no manifesté mis dudas en voz alta. La normalidad es tan solo un concepto inventado por su mundo, para seguir un patrón que evite el desorden al que tienen miedo, desorden donde radica quizás la esencia de una normalidad que no entienden.

—En mi mundo hay montañas, valles, ríos, lagos, pero el mar sólo lo he visto desde lo alto de la gran Torre y en los discos.

— ¿En el ordenador, te refieres?

—Sí, claro —le respondí. No pensé que fuera oportuno explicarle una historia que me llevaría horas, cuando ardía en deseos de hacerle otra pregunta. Quizás más tarde ya tendría tiempo—. David, ¿por qué no nos hablas de ella..., de la mujer que dibujó el cuadro de las montañas?

— ¡La mujer de ojos verdes! —y, tras un largo silencio, prosiguió con la conversación.

—Me ocurrió con ella una cosa muy curiosa. Pienso a menudo en aquella experiencia y no creo que haya fabulado con el tiempo. Igual no os lo creéis, pero yo sé que fue cierto. Os lo prometo: la entendí a la perfección... y no habló en ningún momento. Vale que era un niño, me he dicho a menudo, que la fantasía infantil puede ser engañosa, pero sé que no, que no fue fruto de la imaginación. Han pasado los años y aún recuerdo la conversación que tuvimos en este mismo lugar. Conversación sin que ella emitiera sonido alguno.

David se extrañaba de un hecho que en Madlam es tan habitual como respirar, andar o saber que el sol se esconde cada noche detrás de las montañas. No se lo dije y me dediqué a escuchar una historia que cada vez me era más familiar.

—La voz de la mujer, voz que no escuché, pero sentí —recalcó—, me reconfortó de tal manera que salí del escondite. Antes de conocerla, el mundo sin mi madre me parecía oscuro, triste, y yo me sentía tan pequeño como una hormiga. No podía concebir el hecho de no volver a escuchar aquella voz que me consolaba cuando lloraba. ¡Tantas preguntas sin respuesta! ¿Quién me obligaría a tomar aquellos asquerosos jarabes de anís cuando tuviera tos?, ¿quién me contaría historias por la noche hasta que consiguiera dormir?, ¿quién me ataría los cordones de las bambas?

Se tomó un descanso que Artur y yo respetamos.

—La voz, aquella voz callada que consiguió arrastrarme fuera del escondite, os prometo que era música, la melodía que un día he de poder plasmar en una partitura y, desde luego, no pararé hasta conseguirlo.

La mujer de ojos verdes lo acunó entre sus brazos, y sin palabras le hizo entender que el mundo era mucho más que todo aquello que pudieran percibir sus sentidos. La muerte no era el final del camino, era un tránsito a diferente nivel y, sin cambiar de lugar, le mostró el lugar donde Alba, su madre, le esperaba.

El David niño sonrió.

Y también lo hizo el adulto, al recordar uno de los días más tristes de su vida y, a la par, también el más mágico.

— ¿Nunca os ha pasado algo parecido? Sin causa aparente y sin pensar en ello, como si una bombilla se encendiera en tu cerebro, de repente, acude la respuesta a una duda, la solución de un enigma que ni eras consciente de que lo tenías.

—Creo que sé por dónde vas —dijo Artur— Mi hermana Aura es profesora de matemáticas y recuerdo un viernes por la tarde en que se pasó horas intentando que aprendiera el teorema de Pitágoras. Al final, cansada, me obligó a aprender las fórmulas de memoria, justo para calcular las medidas de los catetos y la dichosa hipotenusa, para que aprobara el examen

y ya está. Al cabo de un montón de años, tras los que pensaba que me había olvidado de la existencia del teorema, visualicé un triángulo rectángulo. Estaba con un boceto que nada tenía que ver con el tema, o eso creo, y visualicé la figura, proyecté los contornos de los lados y entendí que la suma de los catetos al cuadrado coincidía con la medida de la hipotenusa al cuadrado. Era de madrugada, pero no pude contenerme y la llamé por teléfono. Ya os podéis imaginar la respuesta de mi hermana cuando la desperté para decirle que por fin comprendía el famoso teorema. Me envió a la mierda.

—Pues algo así me sucedió, pero sin hipotenusa ni hermanas respondonas. Volví a casa con la mujer de ojos verdes, agarrado de su mano, pero aquel niño ya no era el mismo.

Mis compañeros de viaje callaron, meditaban sobre sus recuerdos, sobre el mecanismo de sus pensamientos, sobre la verdad que tan sólo conseguimos arañar y que es tan difícil retener como esa burbuja de jabón que se deshace al intentar tomarla entre las manos.

Y ese pueda que sea el error, querer atraparla.

David se encendió un cigarrillo y nos ofreció. Nunca había fumado y lo intenté, pero la tos me obligó a desistir de aquella experiencia. Artur se dedicó a formar aros de humo que se disolvían en la oscuridad. Nuestro amigo siguió relatando su historia.

—Acunado por sus brazos dejé de llorar. Respiré relajado y entendí que mi madre había marchado a un lugar lejano, más allá de las montañas que observaba por la ventana. Mi madre estaba en el extranjero, deduje, en un lugar donde no llegaban cartas y donde el teléfono se había estropeado. No había forma de comunicarnos. Supe que llegaría un día en que nos volveríamos a encontrar, cuando llegara el momento. Nuestros caminos se habían separado, como cuando cambias de curso y tu mejor amigo va a una clase diferente. Ella estaba en otro nivel, en otra clase, y ambos debíamos superar nuestros aprendizajes. Al final, nuestros caminos se volverían a cruzar. Tan solo era cuestión de tiempo.

Junto a la mujer de ojos verdes, David cruzó el puente, agarrando con fuerza una pequeña y suave mano que le ofrecía calma, ternura, confianza... Se adentraron en el pueblo que estaba desierto. En la fonda no encontraron más que a los abuelos del niño, que intentaban calmar los nervios contemplando las formas cambiantes de las brasas que se consumían en el hogar. El resto de la familia y amigos andaban recorriendo los rincones del lugar buscando al pequeño.

¿Dónde estabas hijo mío?, le preguntó la abuela, que se levantó del sillón dando un brinco cuando descubrió a su nieto en la puerta y, aparentemente, sano y salvo. Mientras lo besuqueaba, con ojos sagaces

inspeccionó palmo a palmo el cuerpo del niño, asegurándose que no presentara lesión alguna. Se dirigió a la cocina a preparar una sopa caliente que, afirmó, lo devolvería al mundo.

El abuelo se marchó corriendo a la calle, olvidando hasta el bastón sin el cual no daba ni un paso, para comunicar la noticia a su yerno y a los vecinos que seguirían rastreando todos los rincones de la población.

A ninguno se le ocurrió preguntar por la forastera.

La mujer de ojos verdes se quedó a solas de nuevo con David y ambos se pusieron a reír.

El niño se levantó y desapareció por un momento. Entró en el dormitorio que ahora compartía con el bebé, un hermanito que aún no había tenido tiempo de llegar a querer. Lo acarició y, luego, se acercó a un mueble cajonera de dónde sacó de uno de sus cajones, un lápiz y una lámina blanca.

Volvió al salón, donde la mujer esperaba. Le ofreció el material y, sin palabra alguna, se entendieron. Con trazos rápidos, plasmó en el papel la silueta de un lugar envuelto por montañas.

—Cuando entró mi padre por la puerta de la fonda, me miró sonriente, aligerado, pero en cuanto se percató de su presencia, la sonrisa se transformó en una mueca de sorpresa. Sus miradas se cruzaron, y yo me convertí en un callado observador. Akhasia, la mujer de ojos verdes, había terminado el dibujo de Madlam.

— ¿Madlam, has dicho Madlam? —preguntó Artur a gritos.

—Sí, he dicho Madlam. ¿A qué viene este nerviosismo? —se extrañó

David—. ¿Conoces ese lugar?

Artur me miró.

Cerré los ojos.

Callé.

Sabía que había llegado el momento de buscar las palabras adecuadas que mis compañeros merecían escuchar o transmitir la música que Akhasia, mi madre, no me llegó a enseñar.

Abrí los ojos.

LAS PIEZAS DE UN PUZLE

La voz de Artur era un susurro que, persistente, consiguió penetrar como una lanza en mi mente y fragmentar en pedazos la burbuja de recuerdos que estaba a punto de dar forma. Sus palabras me arrastraron desde la meditación hasta el lugar donde se encontraba mi cuerpo. Y mis dudas.

Me restregué los ojos e intenté entender cuál era su problema.

— ¿Has dicho que la mujer de ojos verdes, Akhasia, fue quien dibujó el paisaje que has llamado Madlam? ¿Por qué... has dicho Akhasia y Madlam, verdad? —preguntó a David en un tono de voz elevado.

Me zarandé de forma brusca, esperando que aclarara su desconcierto, pero no era el momento, pensé, y no conforme con el silencio que le ofrecí, siguió persistente con el interrogatorio.

—¿Has escuchado, Telma? La mujer del cuadro venía de Madlam.

No le contesté, y David lo hizo por mí.

—Sí, Artur, he dicho Madlam. Es una historia extraña, lo sé, pero no entiendo por qué te alteras tanto.

— ¿Seguro que el nombre del lugar era Madlam?

—Que sí, hostia, que sí. Recuerdo el nombre y, además, ella lo escribió en la parte de atrás de la lámina. He leído la palabra un montón de veces, tantas que es como si la llevara tatuada en mi cabeza. M-a-d-l-a-m — deletreó para dejar constancia del nombre del lugar que yo tan bien conocía.

Artur me observaba extrañado. No comprendía mi falta de reacción. Le agradecí que no me importunara de nuevo con su ansiedad. Respetó mi voz callada.

—De niño se reían de mí cuando hablaba del mundo entre montañas. Aprendí a callar. Sois las primeras personas a las que comento esto en muchos años, y no sé si me estoy empezando a arrepentir.

—No, por favor, David, perdona. No era mi intención..., simplemente es que me he sorprendido. Continúa por favor —y me miró de reojo.

Artur se controló. Comprendió que no era el momento, que yo aún no estaba preparada. Nuestra relación había sido corta en el tiempo pero, a pesar de ello, habíamos alcanzado un nivel de compenetración en el que nos empezaban a sobrar las palabras.

Pendientes de David, seguimos escuchando su narración, que también era la nuestra.

—Akhasia se marchó, y con ella, el recuerdo de su mundo. Me olvidé por completo de aquella escena, pero hubo un instante en mi vida, no sé por qué, en que se despertó todo: nuestra conversación silenciosa y en especial mi *necesidad*... De repente, sentí el deseo obsesivo de investigar sobre Madlam. Me dediqué a rastrear por todas las bibliotecas que conocía. Decía en casa que iba de excursión con amigos y lo que hacía era recorrer quilómetros. Marchaba solo, con mi secreto y con la única intención de seguir investigando en lugares cada vez más lejanos. Adonde me enteraba que existía un archivo, una colección inédita, mapas extraños o cualquier pista que pudiera ofrecerme un poco de luz, allá me dirigía, pero en ningún rincón ni en documento alguno encontré mención a Madlam. El lugar parecía y parece no existir.

Hizo una pausa, un silencio tan repleto con nuestros pensamientos que me extrañó que ninguno de mis dos amigos fuera capaz de escuchar.

—Aún hoy busco por la red—prosiguió David—, esperando encontrar un pueblo, comarca o país pequeño que lleve ese nombre, pero nada, ninguna referencia. Me da igual que penséis que estoy loco, que os he metido un rollo o que Akhasia se lo inventó todo. Incluso yo, en algún momento, me lo he llegado a plantear, pero... os aseguro que me lo creo. Sé que Madlam es un espacio y que está en algún lugar, aunque no sé ni dónde... ni cuándo.

Y la burbuja empezó de nuevo a tomar forma.

Sus palabras actuaron como un desencadenante para que las piezas de un puzle, que nunca había conseguido completar, empezaran a reorganizarse y se mostraran nítidas ante mis ojos, como si esperaran a que tan sólo hiciera el gesto de colocarlas en su lugar.

—David, ¿Qué hizo tu padre cuando se encontró con Akhasia? ¿Recuerdas algún detalle, un gesto, una frase...? Cualquier pista que nos ayude a esclarecer nuestros presentes —le pregunté.

— ¿Nuestros presentes? —Repitió Artur— ¿Por qué dices nuestros? —inició.

—Esa es la pregunta, Telma, esa es sin duda la pregunta —me respondió David, sin escuchar la voz de Artur y, seguro que, sin percatarse de la verdadera esencia que encerraba aquel interrogante —. Recuerdo su cruce de miradas. Creo que aquel instante fue el desencadenante de mi obsesión.

David hizo una pausa, Artur me apretó la mano.

Y la burbuja crecía.

Las piezas del puzle se movieron a la velocidad de la luz.

—Ese fue el momento. El principio de un enigma que me empujó de adolescente a recorrer bibliotecas por rincones perdidos del planeta. Todo en esta historia es frágil, inconsistente, pero una y otra vez vuelve. Una y otra vez...

Como humo que no se puedo atrapar entre las manos, pensé.

—La respuesta tan sólo la intuyo, no puedo comprobar nada, pero no creo que esté equivocado —prosiguió David—. Sé que Akhasia vino de Madlam y también que Noé o Neo, como él decidió llamarse, se marchó al mismo lugar, lugar del que provenían los dos. Aquella mirada que apenas duró unas décimas de segundo, lo decía todo.

El puzle se presentó ante mis ojos, prácticamente completo, tan solo faltaba alguna pieza central.

“David, con el dibujo entre las manos, observaba sin pestañear el paisaje que la mujer de ojos verdes plasmó en la lámina. Es el lugar de donde vengo, dijo ella, mirando atentamente el reloj que colgaba en la pared y marcaba al revés el paso del tiempo. Un lugar que muy pronto empezaré a olvidar, matizó, esbozando una sonrisa que desmentían sus ojos.

El sonido del correr de las cortinas, les hizo volver la mirada hacia la puerta. Neo, con la respiración agitada, entraba en la fonda. Le dijeron que su hijo había aparecido y llegaba corriendo para comprobarlo. Sonrió al ver al niño y se acercaba con los brazos abiertos. David dejó el dibujo sobre la mesa y, al levantar la vista hacia su padre, comprobó un cambio en su expresión. La mirada fija, salpicada de incertidumbre, no desapareció al estrechar a su hijo entre los brazos.

Parecía que acababa de ver un fantasma.

—Te conozco, pero no sé quién eres. —le dijo Neo a la mujer de ojos verdes.

Ella no respondió.

El dibujo de Madlam reposaba en la mesa. Neo, sosteniendo al niño en su brazo izquierdo, lo acarició con la mano derecha. Las yemas de sus dedos perfilaron el contorno de las montañas, siguieron el curso del gran río, bordearon con suavidad los senderos, como si con sus gestos recorriera un paisaje que no le era extraño.

David luchaba contra el sueño, pero la cabeza apoyada sobre el hombro de su padre le ofrecía un colchón de seguridad que lo arrastró, en contra de sus deseos, lejos de la fonda, del dibujo de Madlam y de aquel cruce de miradas que mantendría guardado en sus recuerdos. “

El amanecer se empezó a dibujar en el cielo, con unos tonos rosados que hubieran parecido irreales si fueran la obra de un pintor.

Llevaba muchas horas despierta y me vencía un sueño en el que no deseaba caer; aún faltaban piezas centrales que quería colocar en el entramado de la historia, y no sabía si al despertar mi realidad se convertiría en tan sólo el rastro de un sueño. Antes, tenía que averiguar si mis sospechas eran ciertas pero, a la vez, me decía que no era importante saber qué pasó, que cada uno decide su destino. ¿Para qué o por qué intentar ligar los cabos de una historia del pasado?

¿Para entender mi presente?

Me respondí con una pregunta...

Quizá mi presencia en este mundo me estaba transformando lentamente en uno de ellos, en una humana consumida por dudas sin sentido, intentando buscar respuestas a preguntas absurdas que no conducen a nada, pero, vivía aquel instante, en aquel lugar y al igual que ellos...necesitaba saber.

Me restregué los ojos. El cansancio y unas dudas, que jamás había vivido con tal intensidad, me estaban agotando. Respiré el aire del amanecer, y el rocío me regaló fragancias frescas de hierbabuena, de tomillo y de lavanda que actuaron como un estimulante. Aunque no supiera por qué, aunque no me importaran los motivos, deseaba respuestas.

—David, ¿Qué pasó con ella?—le pregunté, con las dudas de mi actual identidad.

—No sé cuál es la respuesta.

—Sí la sabes —dijo Artur.

—Puede que sí, pero no tengo ninguna prueba. Akhasia desapareció como muchas de las personas que se han cruzado en mi vida. A veces pienso...

Y calló.

Se encendió un cigarrillo.

—Desperté al día siguiente con la duda de si la mujer con voz de música, tan solo había sido un sueño. El reloj, que colgaba en la pared de nuestra habitación, marcaba las ocho de la mañana, y sentí un peso amargo en el pecho. Akhasia no podía ser irreal. Mi hermano lloraba en su cuna, y enseguida acudió mi abuela con el desayuno. No probé la leche ni las tostadas. En pijama y sin zapatillas, haciendo caso omiso de los gritos de mi abuela sobre resfriados, anginas y bronquitis, bajé corriendo las escaleras que conducían a la fonda. Mi única obsesión era cruzar de nuevo mi mirada con aquellos ojos verdes, volver a disfrutar de la voz que sin palabras me decía tanto.

“David llegó al salón, lugar de la casa destinado a la fonda, el mismo

espacio donde hacía unas horas habíamos compartido cena y charla. Con la respiración agitada y los ojos muy abiertos inspeccionó toda la sala. No estaba. Ella no estaba.

Sentado en una mesa, junto a la fuente de piedra, creyó ver a su padre. Despacio, se acercó a él. Inmóvil como una estatua, sin gesticular, la respiración superficial, un rostro impasible. Era su padre. Parecía su padre... David pensó en zarandearlo, arrastrarlo a su lado. Neo, con la mirada absorta, por hilos invisibles, se mantenía unido a un punto de la pared.

Siguió la dirección que indicaban sus ojos, y junto al reloj que marcaba el paso del tiempo al revés, reposaba un nuevo objeto.

La lámina que representaba el mundo más allá de las montañas, lucía en la pared.

El dibujo que la mujer de ojos verdes le regaló, era real.

Akhasia no era un sueño.

David se sentó junto a su padre, enlazaron las manos y, juntos, siguieron contemplando la lámina enmarcada que Neo había colgado en la pared junto al reloj.”

— ¿La volviste a ver? —insistió Artur.

David no respondió a la pregunta. Me miró con ojos vidriosos, quizás por el cansancio, quizás por el peso del recuerdo, quizás... no era por todo

aquello.

—Me recuerdas a ella.

Cambió la dirección de su mirada y sus ojos se posaron sobre el rostro de Artur.

—Los dos me recordáis a ella.

Y la pieza central se situó en su lugar.

LOS OJOS DEL TIEMPO

Le hubiera respondido a David que era normal que le recordara a Akhasia. Una madre y una hija, a menudo, se parecen. Aunque en mi caso, no lo podía asegurar. Nunca la tuve cerca. Akhasia, Odina y la mujer de ojos verdes eran la misma persona: mi madre, pero él no lo sabía.

Artur sospechaba.

No respondí.

Los recuerdos que guardaba de mi madre eran como espejos distorsionados, tal vez fabulados, gracias a las historias que Bela, mi abuela, me había contado.

Su imagen, proyectada en sutil holograma, acompañó mi infancia y, lo cierto es que, con su reflejo tuve suficiente durante mucho tiempo. No sufrí por la falta de su presencia, por la ausencia de caricias ni por las frases de aliento que jamás sentí. Mi abuela era esa mano cálida y fuerte que me

atrapaba en el vacío. Tenía a mi abuela y, sobre todo, me tenía a mí.

Por las mañanas, los otros niños solían ir al centro de aprendizaje acompañados por sus madres. Los observaba y me preguntaba dónde estaría la mía, pero, a pesar de ello, jamás la añore. O no lo creo.

No se puede añorar lo que nunca has tenido, tan solo aquello que has perdido.

Pero sí que hubo un momento en que pensé en ella.

Durante el periodo de entrenamiento en el que tuve que prepararme tanto física como psicológicamente para poder ascender hasta la cumbre de la montaña Azul, fue cuando empezaron las cavilaciones.

Al regreso, tras haber alcanzado la cima y volver al valle, siendo portadora del gran secreto, pasaría a formar parte de la saga de las Veneradas. Me agasajarían con honores, mi nombre sería grabado en los rótulos de las calles de Madlam, mi experiencia quedaría registrada en los discos del saber. Mis compañeras y compañeros, los Elegidos de otras sagas familiares se veían radiantes.

Estaba a punto de acariciar el cielo, de saborear el máximo honor alcanzable en mi mundo y, sin embargo, mi interior era como un remolino de imprecisiones.

La nostalgia y la incertidumbre se acomodaron en mi vida como unos

parásitos. El mutilante dolor de la duda me impedía reaccionar, hablar, gritar, llorar... Me miraba en el espejo y no veía más que una muñeca de trapo rellena de serrín, juguete que manipulaban los otros a su antojo, pero no podía quejarme. No lo entendía. Nadie lo entendería.

Y pensé en ella.

¿Habría sentido Akhasia las mismas dudas?

Seguramente, éramos parecidas, y no tan sólo físicamente.

No expliqué nada a David, por supuesto, tampoco a Artur, que me miraba fijamente como si a través de mis ojos, pudiera descubrir alguno de los pensamientos que, celosamente, intentaba esconder.

Dejé de lado las cavilaciones de una vida que no sabía si volvería a tener, de un pasado que quizás pronto se esfumaría de mis recuerdos y me dispuse a escuchar el relato sobre Neo, el padre de David, el hombre que construyó el reloj que funcionaba al revés.

El hombre que controlaba el tiempo.

El hombre que cruzó su mirada con mi madre.

—Mi padre no volvió a ser la misma persona —explicaba mi amigo—. A pesar de ser un niño, recuerdo sus ausencias. Durante el día, como un espectro recorría las calles con la mirada perdida y respondía con voz

apagada. Se convirtió en un hombre sin sombra. De noche, se encerraba en el taller de los relojes.

David no sabía que, envuelto por el sonido del tiempo, Neo recuperaba la cordura.

“Desde la oscuridad de su cuarto, luchaba contra el sueño. Vigilaba la respiración de la abuela y, al escucharla serena, se levantaba de la cama y entraba en el taller. Callado, y sin hacer ruido, se sentaba en una silla de mimbre, desde donde observaba a su padre. Cuando se daba cuenta de su presencia, se restregaba los ojos, se acercaba, lo abrazaba con fuerza y, juntos, subían las escaleras que conducían hasta la habitación de los niños. David se resistía a dormir y le insistía en que le explicara una historia, una cualquiera, tan sólo deseaba alargar el tiempo.

Sabía que les quedaba poco.

Vivía con la certeza de que su entorno volvería a cambiar y también sabía, a pesar de su poca edad, que era un hecho inevitable.”

—Y un día marchó —David calló tras estas palabras y respetamos su silencio.

“Una luna llena formaba islas de penumbra en la habitación de David, y

aquella noche no tuvo tiempo para levantarse de la cama. Rompiendo la oscuridad, la sonrisa apagada de su padre iluminó la negrura. Te quiero, hijo, le susurró al oído.

Tras pasó la puerta y cuando su aroma desapareció de la estancia, David le respondió: Yo también.

David niño cerró los ojos y soñó con el lugar más allá de las montañas, donde pudo escuchar de nuevo aquella melodía que, sin palabras, le recordó que todo era cuestión de espera, que todo es relativo. Llegaría el momento en que se volverían a encontrar.”

Me debatí en un mar de dudas. Les hubiera mostrado en aquel instante el puzle que ya creía completo, pero opté por callar. Pensé que no era oportuno interferir. Sus piezas podían ser diferentes a las mías..., seguro que lo eran, y sería preferible que por ellos mismos completaran su paisaje.

A pesar de que seguramente fuera el mismo.

¿A pesar de que fuera el mismo?, me repetí, y la pregunta se convirtió en un eco de respuestas ambiguas.

El relato de David, sus recuerdos, los míos, Neo y su reloj que controlaba el tiempo, retazos de escenas no vividas, sensaciones intensas que podía palpar, aromas de Madlam que percibía en un mundo paralelo... se

fundieron con las ondas de mi pregunta y supe que el puzle que creía completado, aún no lo estaba.

Las piezas que me faltaban las tenía él.

Las piezas que le faltaban las tenía yo.

Y pensé en ella, en la mujer de ojos verdes.

Y pensé en el hombre de la niebla.

Pensé en mi padre.

Si el tiempo y el espacio eran relativos, tal vez mi presencia tenía un sentido que empezaba a vislumbrar.

Artur y David conversaban.

Los miraba.

No los escuchaba.

Mis pensamientos se encontraban muy lejos: en otro lugar y en otro tiempo. Les pude explicar y no lo hice, que Akhasia y mi padre fueron Elegidos. Juntos, ascendieron hasta la cima de la montaña Azul y se convirtieron en Venerados. Mis padres eran Experimentales y dedicaban su tiempo a la observación. Escogieron una rara especialidad a la que accedían muy pocos Venerados. Pasaron a formar parte del pequeño grupo de habitantes de Madlam que eran capaces de anular su presente para convertirse en los *ojos del tiempo*.

Situados en un plano superior, donde pasado, presente y futuro son una línea recta, no queda espacio para la duda. Azar y destino pierden su sentido, se confunden y todo es previsible.

Pudiendo acceder a los pensamientos, hechos y sueños de los seres a lo largo de la memoria del universo, se pierde el misterio de la existencia. Por ello, para ser especialistas en el registro del tiempo se precisa de Experimentales expertos, los mejor preparados y sobre todo con una condición imprescindible: deben ser los menos adheridos al plano físico. Ellos poseían todas esas características.

Era un orgullo que tus padres fueran los *ojos del tiempo*. Sus estudios se grabaron en discos de plata que solo pueden ser revelados a ciertos Venerados. Pude haberme convertido en una de ellos y ser partícipe de sus descubrimientos, pero no tuve opción.

Bajé por la otra senda, crucé la frontera de los tiempos, igual que ellos.

Primero partió él, luego ella.

Con el tiempo, olvidarían los motivos.

Igual que mi padre, Akhasia se marchó de Madlam, una noche de verano mientras yo dormía en la cuna. Se evaporó en la niebla y nunca supimos el destino que había tomado ni los motivos que la habían empujado a tomar un camino distinto. Ahora sé el lugar y sospecho la razón. Sólo ella podrá, en algún momento, aclarar estas dudas, dudas que son mis dudas y

encierran el enigma que más me inquieta: saber por qué seguí sus pasos.

Cuando evoco su presencia, unos ojos verdes me observan, y el sonido de unas alas que rompen el viento se mezclan con un sutil aroma de incienso. No sé el significado de estas sensaciones, tan sólo sé que me reconfortan y me dejo acariciar.

Junto a David y Artur, siento muy cerca los *ojos del tiempo*, como si pasado, presente y futuro se concentraran en un triángulo formado por nosotros tres.

—Telma, ¿estás aquí?

Miré a Artur, observé el verde de sus ojos y pensé que si mi madre, Akhasia, no hubiera cruzado la frontera, no existiría. Y sentí que no estaba equivocada.

Miré a David y pensé que si mi padre, el hombre de la niebla, no hubiera cruzado la frontera, no existiría. Y sentí que no estaba equivocada.

Observar las vidas paralelas, las vidas que podían ser era una de las ventajas y también de los problemas a los que se enfrentaban los *ojos del tiempo*.

3 Un final

LUZ EN LA OSCURIDAD

Gracias a David sé que no he perdido la razón y que todo lo vivido en las veinticuatro horas previas no ha sido fruto de un delirio.

Nos alcanzó el amanecer charlando en un rincón apartado del pueblo y nos acostamos en habitaciones de su fonda. Desperté cansado, sobre todo extrañado, y no creo que fuera por la falta de sueño.

Torpe y con ligera opresión en el pecho, me vestí con la misma ropa del día anterior. No iba a perder tiempo en necesidades. Bajé corriendo los dos pisos que me separaban del bar que David y su hermano Gabriel tienen en la planta baja.

Pasé por la habitación de Telma. Acaricié la puerta cerrada y no me atreví a llamar. Allí se encontraban mis miedos o, tal vez, todo lo contrario. El peor de los miedos, su ausencia.

Hasta que no llegué al bar y pude constatar que el reloj de manecillas que giraban al revés seguía colgado en la pared, junto al dibujo de Madlam,

no expiré el aire contenido. Ambos objetos eran la prueba física de que las conversaciones, las sospechas y las certezas del día anterior no habían sido fruto de mi imaginación. Eran, principalmente, la prueba de que Telma no era una ilusión. Tal vez. Seguiría durmiendo en su habitación. Por supuesto, me dije.

David, detrás de la barra, preparaba de manera concienzuda los futuros cafés que serviría a lo largo de la mañana. Sobre platos pequeños, como si se tratara de una composición plástica, colocaba su taza correspondiente, el sobre de azúcar y una cucharilla. Tan atento estaba en la labor que ni se dio cuenta de mi presencia.

— ¡Eh, colega!, buenos días.

Se sobresaltó al escuchar mi voz y una taza se le cayó de las manos.

— ¿Tan mal aspecto tengo? ¡Vaya susto qué te he dado! Lo siento, tío.

—Hola Artur. Nada de eso, en absoluto. Bueno, no mentiré. Das *penica*, zagal. Supongo que igual que yo. Estoy... distraído. Oye, ¿has dormido bien, aunque sea poco?

—Sí, poco, pero bien— y señalando las docenas de platillos con sus correspondientes tazas, todo ello en fila de tres, le comenté— ¡Qué atención pones en los preparativos, David!

—De aquí a poco vendrán a desayunar un grupo de paleontólogos.

Son bastantes y siempre tienen prisa. Lo dejo todo preparado para adelantar trabajo. Mi hermano está dentro, preparando los bocatas y las tapas. Se lleva la peor parte.

— ¿Paleontólogos? ¿Qué me dices? Esta fonda es una caja de sorpresas.

— ¿No sabías que Teruel es tierra de dinosaurios? Aquí se encontró en el 2003 el *Turiasaurus riodevensis*, el bicho más grande de Europa. Creo que pesaba cuarenta y ocho toneladas.

—Sí que controlas, David. Me dejas de piedra. ¿Y ahora qué hacen por aquí esos paleontólogos?

—Son de una escuela taller y, por lo que escucho cuando andan por aquí, rastrean el yacimiento porque siguen encontrando restos. No sé si son del mismo animal o de otro, pero sí que están muy entusiasmados. Hoy, parece ser que también vendrá un cargo del Gobierno de Aragón, por ello este desayuno especial. Vienen por algo bastante importante que han hallado.

No me atreví a introducir el tema que realmente nos preocupaba a ambos, mucho más que aquel dinosaurio gigante que vivió y murió en estas tierras, haría ya un montón de millones de años. Tantos, que me perdía en la cuenta.

De pie, en la barra del bar, mientras tomaba un primer café, conseguí al cabo de un rato reunir las fuerzas suficientes para hacer la pregunta que los

dos teníamos en la mente.

— ¿Has visto a Telma?

Levantó la mirada de las tazas, y sus ojos me ratificaron que no era solamente yo quién temía lo peor.

— ¿Se ha marchado?—insistí, temiendo que confirmara mis dudas.

—No lo sé, Artur. He bajado hace un rato y al pasar por su habitación me he acercado a la puerta. No se escuchaba nada. Puede que esté durmiendo pero, no sé..., tengo el presentimiento de que no está. Me parece que viviré de nuevo la desaparición de una persona.

—Pues..., he despertado con la misma idea.

Permanecimos callados durante un rato, pensando y mirando fijamente los sobres blancos de azúcar que llevaban los signos del horóscopo impresos en el papel, como si fueran un hecho tan trascendental que nos impedía apartar la vista de los símbolos.

—Esperamos un rato y la llamamos. Si no contesta, abrimos la puerta. ¿Qué te parece?—pregunté, observando el sobre de Acuario.

—Preparo las mesas para el grupo y, si no ha bajado cuando mi hermano lo tenga todo controlado con los paleontólogos, entramos en la habitación. No creo que se moleste. Anda, vete a la mesa que hay al lado de la fuente; desayuna tranquilo y luego... ya veremos.

—Os ayudo con los buscadores de huesos. Si quieres voy poniendo

los platos en la mesa.

—No, de verdad, Artur, no te preocupes. Lo tenemos todo organizado. Al lado de la puerta, en una estantería, tienes la prensa del día. Ponte al corriente de lo que pasa en el mundo y come algo. Luego, a lo nuestro.

Lo que pasa en el mundo, pensé, y me pregunté: ¿En qué mundo?

Llegó Gabriel, risueño y despejado, todo lo contrario a nosotros. Entre los dos hermanos dispusieron, con la meticulosidad y destreza de un científico, la zona del comedor para que los rastreadores del pasado llenaran sus estómagos y pudieran seguir su tarea con las fuerzas renovadas. Juntaron cuatro mesas y las cubrieron con manteles de cuadros, esta vez en colores negros y violetas. En un momento, se cubrieron con bandejas repletas de bocadillos, platos con olivas negras, tacos de jamón, de queso, pepinillos gigantes que jamás había visto de semejante tamaño y demás sustanciosos alimentos que consiguieron despertar mis jugos gástricos. Por un momento, el carnal deseo de hincarle el diente a uno de aquellos manjares calmó la ansiedad que sentía por pensar en la posible habitación vacía...

Entraron en grupo unas doce personas, la mayoría muy jóvenes, quizá estudiantes becarios de la escuela taller que había mencionado David, deduje. Contagiaban entusiasmo con sus risas, ojos brillantes y conversaciones que se amontonaban, formando un caos de palabras que era imposible discernir. Me

quedé con la música y, a pesar de mi pesar, sonreí.

Solo dos personas mantenían la calma, los primeros en entrar. Lucían pantalones perfectamente planchados, con la raya en medio y camisas de cuello duro, abotonadas hasta el final. Ni rastro del fango que los jóvenes llevaban incrustado incluso en las orejas.

Serán los cargos del Gobierno, volví a deducir y, a partir de aquel momento, me convertí en un callado y observador fantasma.

Me senté en la mesa del rincón, la misma que, tan solo hacía unas horas, había compartido con Telma. Escuché el sonido del agua que seguía brotando de la fuente de piedra, como la noche anterior, como si el tiempo no hubiera pasado. Era el mismo sonido, el mismo liquido que unos conductos internos aspiraban y volvían a verter en su ciclo incansable. Nada parecía haber cambiado, pero mi sensación era muy distinta.

Un vacío en el estómago me hizo volver a la realidad que, aunque sintiera diferente, como si le hubieran pasado un paño y quitado el polvo de estrellas, me recordaba que tenía un cuerpo que debía alimentar. Con hambre, me dispuse a comer el bocadillo de jamón que Artur, guiñando un ojo, había depositado encima de la mesa, diciendo: Y el pan... con tomate, a la catalana. Detalle que le agradecí.

Ensimismado, masticaba el pan crujiente, pendiente tan solo del sonido que se originaba en el interior de mi boca y que junto al gorgoteo del

agua de la fuente parecía seguir el mismo ritmo. La armonía de aquella melodía, que me había arrastrado por unos minutos a una espiral de aislamiento, se evaporó como humo.

Sonaban con tono elevado, rozando la euforia, unas voces exaltadas. Frases sueltas se fueron introduciendo en mi espacio, hasta conseguir que me sintiera atrapado por la conversación de aquellos paleontólogos que vivían su mundo a unos metros del mío.

“Dos metros de fémur”

“Es el mayor dinosaurio hallado en el continente europeo”

“Puede que sea de otra especie”

Las frases que iba captando destilaban pasión. Aquel hueso prehistórico, agujereado, lleno de barro milenario y más estropeado que la máquina de escribir que mi hermana guardaba en el mejor rincón de su casa, parecía ser el motivo, y me pregunté: ¿Por qué?

No es que me extrañara por el entusiasmo de aquellos jóvenes ante el hallazgo de su trozo de pasado. Soy un buen ejemplo de lo que representa el paroxismo. Adherirse a causas perdidas, ensoñarse con cualquier enigma y

alcanzar el nirvana cuando consigo una nueva textura, una forma o un color son el estímulo que empuja mi vida, una marca de existencia. Comprendía su exaltación, pero no entendía los motivos, no entendía aquella atracción por unos animales extinguidos hacía millones de años. La curiosidad me distrajo por un momento de Telma, de su posible ausencia. Por un momento me llegué a olvidar de Madlam y de la mujer de ojos verdes.

Le daba vueltas al café mientras escuchaba conversaciones ajenas, igual que aquellas personas, pensé, que la noche anterior, escondidas tras unas cortinas, nos vigilaban a Telma y a mí. Curiosidad ante lo desconocido, el deseo de encontrar respuestas en lo distinto, ¿respuestas tal vez a nuestras propias preguntas?

—Vas a marear ese café, Artur.

David, se sentó junto a mí. El grupo de paleontólogos ya había desayunado y volvía al yacimiento, donde mostraría a los cargos del Gobierno su preciado fémur gigante. El local volvía a su silencio habitual, silencio roto por las manecillas del reloj y el gorgoteo del agua de la fuente.

—Pensaba en los dinosaurios, David, y en la pasión de esta gente por el hallazgo de un hueso. Buscaba los motivos.

— ¿No te gustaban los dinosaurios cuando eras pequeño?

—Sí, como a todos los niños, supongo.

—Pregúntate por qué.

Me tomé el café que quedaba en la taza, helado, como la mañana que se presentaba en aquel pequeño pueblo cuyo nombre no conseguía recordar.

—Los dinosaurios eran grandes, misteriosos—pensé en voz alta—. Podían tener escamas, garras, alas... Me hacían volar la imaginación y... lo más interesante del tema es que no eran de mentira.

—Eso es, eran un cuento de verdad porque sabíamos que habían existido—prosiguió David—. ¡Y tenían tanto por descubrir! Eso era lo mejor. Esta gente ha convertido en profesión los sueños de nuestra infancia.

“Eran un cuento de verdad”,

“Sabíamos que habían existido”

Repetí varias veces aquellas frases en mi interior.

Necesitamos creer en la magia, pensé, necesitamos seguir creyendo que lo fantástico puede ser real, que detrás de una puerta cerrada se esconden misterios, que la vida es mucho más que la materia que se pueda captar con los sentidos.

“Descubrir luz en la oscuridad.”

“Descubrir a Telma en la niebla.”

— ¿Te imaginas estos parajes, ahora secos, agrietados y prácticamente abandonados, cómo serían hace millones de años? —preguntó

David—. El asfalto que cubre carreteras, pueblos y ciudades sería una extensión enorme de zona verde, donde esos animales increíbles eran los únicos habitantes. De aquella época, tan solo quedan restos, huesos, y a través de esos fragmentos esta gente reconstruye el pasado, nuestro pasado. Nos demuestran con su trabajo que los cuentos, las leyendas, los misterios... pueden ser ciertos.

Y los misterios no están solo bajo la tierra, pensé, también se esconden detrás de la niebla y más allá de las montañas que acotaban aquel pueblo, más allá de las montañas del dibujo que Akhasia, la mujer de ojos verdes, un día plasmó en la lámina que colgaba de la pared.

Tal vez con alguna intención.

Como si David hubiera captado mis pensamientos, musitó: No creo en las casualidades.

Durante unos segundos, estuvimos observando el dibujo enmarcado, sin pronunciar ni una palabra, nos levantamos y subimos las escaleras que nos condujeron hasta el primer piso.

Llamamos a la puerta, con recelo, con sospechas. Una, dos y tres veces. Nadie respondió. Al empujar suavemente, se abrió lentamente.

Sobre la cama destacaba un sobre blanco.

Nuestras sospechas se confirmaron con una verdad dolorosa.

Telma se había ido.

LA ESPIRAL QUE ME ESPERA

Me queda poco tiempo.

Los parpados se me cierran y, por instantes, siento que caigo en un sueño profundo.

Me resisto.

Cuando empiezo a descender hacia el abismo, me sumerjo en una espiral que no sé adónde me lleva. Reúno las fuerzas que aún me quedan, lleno los pulmones de aire y grito.

Con el grito me alejo del pozo oscuro, pozo que tal vez me acompañe a un lugar de aguas diamantinas, no lo sé, y esa duda me empuja hacia el deseo de permanecer en el lugar que conozco, el lugar que recuerdo, el lugar que comparto con vosotros, en vuestro mundo, en mi mundo.

Las partículas de mi conciencia vuelven a ascender por la espiral que me espera.

Acaricio mis parpados y despierto.

No sé cuanto resistiré en esta lucha contra lo inevitable y he de darme prisa. Antes de marchar, siento la necesidad de ofreceros una explicación.

Sé que me expreso de manera confusa. La espiral que se ha abierto en esta habitación, entre la cama y la mesilla de noche, me atrae con la fuerza de las montañas, y el sueño que se apodera de mi mente será el billete que me lleve hasta ella, que me absorba y transporte a otro espacio. No sé a cuál.

A pesar de las incongruencias escritas sé que sabréis interpretar, entre líneas, la esencia que os deseo mostrar.

Como pequeños trozos de cartón dentado, nuestros pensamientos y actos se esparcieron por el tiempo y el espacio; piezas de un puzle que, una vez encajadas, mostrarán el paisaje que siempre hemos compartido.

Tan sólo falta, colocar las vuestras.

Las mías, empezaron a enlazar cuando crucé la niebla.

No sabía por qué daba aquel paso. Me movió una intuición mezcla de dudas, deseos y de esa rebeldía que siempre me acompaña, obligándome a rechazar las normas, obligándome a descender por la ladera no esperada por los demás; igual que ellos... Traspasé la cortina de confusión en forma

de niebla espesa y, tras cruzar la frontera de los mundos me encontré Artur... y me encontré. Nos miramos y supimos desde aquel mismo instante que no éramos extraños.

¿Nos conocimos por qué así debía ser?

¿Nuestro encuentro fue casual?

Nada es casual en las montañas.

Quizás, nada sea casual en vuestro mundo.

Reunidos por fin los tres, pude sentir como encajaban piezas del puzle de nuestras vidas, pero no os puedo dar la solución. Tan solo tendríais una respuesta incompleta. El paisaje final será el mismo para los tres, pero vuestras piezas no me pertenecen. Sólo vosotros podéis hacerlas encajar en el lugar adecuado y poder ver lo que en estos momentos, y a pesar de la obnubilación que siento por la próxima partida, soy capaz de contemplar.

La duermevela que domina mi conciencia me mantiene en un estado confuso, pero haré el último esfuerzo por mantener un poco de lucidez. Me dejaré llevar, una vez más, por lo que siento, por mis deseos...

Cuando ponga el punto y final a esta carta, escucharé, sin poner barreras, el susurro insistente que me llama desde la espiral materializada a mi lado. Antes de iniciar el viaje, pincelaré los detalles que recuerdo sobre

mi antigua vida, la vida que tuve antes de conocerlos y adonde supongo me conducirá ese torbellino de sonidos y colores. Aunque cabe la posibilidad de que me pierda en el camino.

Crecí compartiendo cubículo con Bela, mi abuela materna. Asistía a diario al centro de aprendizaje, donde los niños nos reuníamos hasta que llegaba el día de la Independencia. En el centro no existen pautas establecidas ni temarios concretos como en vuestras escuelas, se nos muestran los conocimientos con la intención de que podamos escoger. En mi caso, conecté con el color. A los quince años, como la mayoría de mis compañeros, dispuse de un cubículo propio y acudía diariamente al valle de los Fresnos donde practicaba con las diferentes gamas de tonalidades, sus aplicaciones en la vida, su efecto preventivo y curativo de enfermedades, las sinergias...

Por ser una de las Elegidas, pasaba un cuarto de mi jornada diaria en el valle de los Manzanos. Estudiaba los discos de plata, sólo los permitidos, que recogían el saber que los Venerados habían cifrado en finas líneas; hay otros discos, los herméticos, a los que sólo pueden acceder personal acreditado. Cerrando los ojos y acariciando sus finísimas ranuras con las yemas de los dedos se llega a conectar con las vibraciones de la gran sala, y las líneas se convierten en conocimiento. Para alcanzar esta facultad

hacen falta muchas jornadas de entrenamiento.

El valle de los Fresnos y el de los Manzanos están separados por el gran río y, debido a mis responsabilidades, tenía que atravesarlo a diario. Tres puentes lo cruzan y, a pesar de dar una mayor vuelta, prefería acercarme a través del puente Viejo. Aunque fuera tan solo un minuto, procuraba sacar tiempo para subir al mirador que hay en su cara norte. Es una torre de piedra que se eleva por encima de las construcciones de Madlam, la única obra redonda que tenemos en las tierras del Este. Desde la parte superior se puede contemplar todo el país y, por supuesto, las grandes montañas con sus cimas sagradas, cimas que envuelven el mundo, que lo protegen...

He llegado a pensar que lo hacen del vuestro.

Sola, en lo alto de la torre, contemplaba mi futuro.

Como todas las Elegidas, un día tendría que subir hasta la cima para cumplir con el oráculo. Permanecía ensimismada durante un tiempo que se escapaba a mi control. Cuando el sabor salado de las lágrimas me devolvía de la abstracción, bajaba corriendo las escaleras de piedra y me disponía a seguir con la rutina que tenía diseñada.

No puedo decir que fuera infeliz con mi vida en el valle, aunque lo cierto es que tampoco soy capaz de definir exactamente este concepto. Me sentía en paz viviendo en mi cubículo, experimentando con el color y leyendo

los discos de plata. Pero... ¿Por qué tenía que escalar una montaña que me era ajena? ¿Por qué tenía que apartarme de la población y adentrarme en un mundo desconocido?

¿También ella se planteó estas dudas?

No quería ser una Elegida y mucho menos convertirme en Venerada. Mi único deseo era continuar siendo una habitante corriente de Madlam, sin que nada cambiara, pero no me atrevía a llevar la contraria a quienes se esforzaban en mi entrenamiento, a quienes me demostraban su afecto. Sobre todo no quería herir a Bela. No podía traicionar, también yo, a Bela.

Me dolían las dudas por no anhelar aquel futuro que tenía marcado. Era la última de la saga, la rama final de un árbol que crecía desde un pasado lejano. Mi abuela sufrió cuando Akhasia desapareció y aquella ausencia me obligaba a aceptar un destino que concebía como impuesto. Cuando estos pensamientos me embargaban, no podía evitar un incómodo desasosiego que se atenuaba al percibir un sonido familiar que me acariciaba, me devolvía la paz: el intenso batir de unas alas rompiendo el viento.

Llegó la fecha señalada tan esperada por la mayoría de la gente de mi tierra y el valle se vistió de fiesta.

Los tres Elegidos nos convertimos en el centro de los festejos que

aquella noche se celebraban en Madlam. La población de las cuatro tierras se concentró al noroeste del valle de los Abedules, en la explanada de las Campanillas también llamada de la Iniciación y al pie de la montaña Azul.

Los Prácticos expertos en nutrición prepararon los manjares más exquisitos que podáis llegar a imaginar, impregnando el valle con el aroma de sus guisos. El perfume de las hierbas aromatizadas parecía unirse a las notas que creaban los expertos en música, y formaron melodías balsámicas que envolvieron como un manto protector a todos los seres que iban a ser testigos del principio, de la iniciación que los tres Elegidos estábamos a punto de llevar a cabo.

La oscuridad de la noche se vio rasgada por la luna nueva, por fogatas interminables y cientos de pequeñas velas que iluminaron la falda de la montaña. Dormiríamos bajo las estrellas, cuya luz se filtraba por las carpas de seda que se extendían a lo largo de la explanada de las Campanillas. La gente, durante la noche previa al ascenso, baila, come, se ama y el Elegido descansa, se deja agasajar, se prepara.

Luego, una vez baje por la ladera de la Luz, ya convertido en Venerado, preparará los discos de su experiencia que formaran parte de nuestro saber. Eres desde ese momento, parte de la historia de Madlam, un orgullo.

Cuando se vislumbra por la ladera al primero de los Venerados que

ha conseguido su misión, los sopladores del Cuerno suben a la torre redonda del mirador y hacen sonar los instrumentos, cuernos sagrados de Unicornio.

En ese momento, cesa la actividad en Madlam. El primer Venerado descansa en el cubículo dorado, y representantes de las cuatro tierras se dirigen en silencio hacia la ladera del Inicio, donde se espera el regreso de sus compañeros.

Pero no todos los Elegidos se convierten en Venerados. Algunos, cuyos motivos casi nunca se llegan a conocer, no logran bajar; se pierden tal vez en la soledad de la montaña, se fosilizan embebidos por la futura gloria o se marchan a otro lugar... ¡Quién sabe!

Nadie ha vuelto nunca para explicarnos los motivos de su ausencia.

Al menos, hasta hoy.

Pienso en Akhasia, mi madre, y la espiral retoma su poder. Mi cuerpo, sentado en la silla e incurvado sobre el escritorio, parece inerte. Lo observo desde la distancia. Con el bolígrafo en la mano, soy tan solo una figura estática, un holograma, una ficción de mi persona. Yo soy quien se está fragmentando. Soy cada una de las partículas que van siendo absorbidas por la espiral que me arrastra, que me arranca de este espacio con la fuerza de un huracán, pero, no puedo claudicar, todavía no puedo.

Quiero hablaros de ella, de la mujer de ojos verdes, de mi madre. Sí,

David, de mi madre. La pieza más importante de este puzle en el que los tres formamos parte, los tres, Artur...

Con toda la fuerza que consigo concentrar, visualizo el cuerpo que me sustenta en vuestro espacio. El deseo de regresar a él se convierte en mi único pensamiento. Poco a poco, vuelvo a sentir el latir de su corazón, la fatiga de unos parpados que se cierran, la torpeza de su mano y la limitación de un cerebro que intenta traducir en palabras unas sensaciones, si es que las palabras son para ello herramientas capaces. Me pellizco los brazos dormidos, me mojo los parpados con saliva. Reanudo mis recuerdos.

La noche de mi iniciación.

Bela irradiaba entusiasmo. Mis compañeros de aprendizaje comían, cantaban, bailaban alrededor de la luz de los fuegos. Los Elegidos brillaban con auras de colores cálidos.

Apartada en un brazal del río y apoyada en un árbol anciano, descansaba mi tristeza.

Turban, un práctico experto en modelación del barro con quien compartí aprendizaje, me observaba callado, traspasando con su mirada azul la densa capa de mis dudas. Nuestros ojos se encontraron en la misma dirección y, captando mi aceptación al encuentro, se fue acercando, formándose entre los dos una isla de entendimiento. Turban, mi compañero

de sonrisa parca y palabra escasa, se quedaba en Madlam. Quizá nunca más lo vería y nunca le había expresado los sentimientos que no sabía ni tan siquiera que poseía. El ser una Elegida me había robado tiempo para conocerme a mí misma, para poder escuchar mis verdaderos anhelos.

Me preguntó si quería marchar. Sonreí sin ganas.

Se apoyó en al anciano árbol y me tomo por los hombros. Apoyé mi cabeza en su pecho.

Durante un largo periodo de tiempo, evitamos las innecesarias palabras, escuchando el sonido de nuestro corazón, la respiración acompasada, el cosquilleo del roce de nuestros cuerpos, hasta que llegó un momento en que lo miré. Le quería explicar que sentía, cuáles eran mis deseos pero, no supe qué decir, no pude articular frases que fueran fieles a lo que bullía en mi interior. Nuestros labios se buscaron, nuestros cuerpos se enlazaron y me abandoné por primera vez a un deseo.

Al amanecer, mientras el descansaba, me marché.

Crucé el círculo de luces. Ya no había vuelta atrás y, lentamente, con pesar, giré la cabeza. Quería echar un último vistazo a todo aquello que dejaba, a todo aquello que no sabía si volvería a ver. Un rostro sobresalía entre la multitud, el de Bela, mi abuela, la gran Venerada, que se despedía de mí con los ojos iluminados por el orgullo. Destacaba por una aureola radiante. En el árbol de su vida las ramas no se habían secado. Una

descendiente de su familia volvía a recorrer el camino. Desde la ladera del Inicio me disponía a alcanzar el futuro. Igual que Akhasia, pensé, igual que mi madre, y en aquel momento me sentí muy cerca de ella. También pensé en mi padre, David, a quien nunca conocí porque siendo Venerado y ojos del tiempo, se perdió en la niebla.

Busqué a Turban con la mirada y, apoyado en el árbol que nos había unido y con las manos que me habían acariciado en los bolsillos de su pantalón, me observaba. Tan solo habían pasado unas horas de la noche en que unimos nuestros cuerpos y pude ver las energías que habíamos creado.

Parte de su esencia se hallaba conmigo.

La cima de la montaña Azul me esperaba, y yo deseaba seguir junto aquel hombre, con la lectura de mis discos, practicando con los colores. Añoraba la intimidad de mi cubículo. Odiaba aquella montaña y odiaba sobre todo convertirme en Venerada. Estaba segura, como nunca lo había estado, de que ese no era mi camino, era el que mi madre tal vez un día deseó y el que me obligaban a realizar por ella. Quería gritar al viento lo que pensaba, lo que sentía.

No tuve valor.

Miré hacia delante e inicié el ascenso, apartándome con cada paso un poco más de Madlam.

Me esperaba el misterio más allá de las montañas.

Me esperaba el encuentro con el origen, con el destino. Me esperaban respuestas.

Entonces, no lo sabía.

Me tengo que ir. Ya no puedo resistir por más tiempo y me dejaré arrastrar por la espiral que me absorbe. No puedo revisar lo que he escrito. No tengo fuerzas ni la mente clara.

Os llevo conmigo, sois parte de mis recuerdos. Quizás un día podamos volver a compartir un presente. Sin niebla.

No tengo miedo a este próximo viaje, tal solo me embarga la incertidumbre. No sé qué encontraré cuando mis partículas se reorganicen más allá de la espiral. Creo sospecharlo, pero tal vez sean mis deseos los que me engañan. No lo sé. Tampoco me importa.

La fragancia a incienso se intensifica.

Los colores se difuminan y todo es blanco.

Yo soy el color blanco.

Yo soy el aroma de incienso.

Me dejo absorber.

Os llevo conmigo.

VER CLARAMENTE

([δρακεῖν](#))

A pesar de haberla leído varias veces, David sigue sujetando la carta de Telma entre sus manos. Sentados en la cama, donde ella ha pasado la noche, miramos hacia la ventana abierta, por donde se filtran unos rayos de sol cálidos, más típicos del verano que ya se ha esfumado que del otoño en el que estamos inmersos, preámbulo de un invierno que promete ser frío.

Durante un tiempo, seguimos absortos en la contemplación del paisaje que se muestra tras los cristales: árboles desnudos, montañas de arcilla roja y un cielo despejado, sin niebla, que se empeña en borrar el recuerdo de Telma. Aún así, su presencia se resiste a marchar de nuestro lado; sigue en las frases escritas y en la fragancia de su piel en las sábanas.

Telma es real, digo en voz alta.

Sin soltar la carta y con la mirada aún fija en la ventana, David me golpea suavemente con el codo. Lo miro, esperando que constate mis palabras.

— ¿Quieres un café, tío?

—Pues sí. Y... una copa de coñac.

No hubiera sabido responder con coherencia a otro tipo de pregunta.

Como dos espejismos surgidos de una pesadilla, bajamos en silencio hasta el bar. Ya no están los paleontólogos. Seguramente, seguirán excavando en la tierra, buscando nexos con un pasado que nos ayude a todos a entender el presente confuso en que nos movemos. Un grupo de ancianos juega a las cartas, con tal entrega que podrían ser científicos del yacimiento, pienso. Gabriel, que está detrás de la barra, lee una novela negra. Cuando nos ve bajar, ante un gesto de su hermano, deja el libro boca abajo y se dispone a prepararnos los cafés.

Sentados en la misma mesa, donde compartimos charla tan sólo hacía unas horas, observo a David que, dándole vueltas sin cesar a la cucharilla, parece que el destino de su vida sea marear aquel café. Hace poco que nos conocemos, pero tengo la sensación de que nos une un fuerte nexo. El rostro y los gestos de mi amigo me resultan tan familiares como los de mi hermana. Y... pienso en ella. ¿Qué diría Aura, si hubiera conocido a Telma? ¿Qué razonamiento surgirá de su mente matemática cuando le hable de la mujer

que cruzó la frontera? ¿Qué explicación me dará cuando le diga que su madre se comunica sin palabras?

¡La mujer de ojos verdes, la madre de Telma!

Akhasia, la mujer que, sin palabras, habló con David.

¿Se habrá percatado mi amigo de la relación de Akhasia con su padre?

Y en el mismo instante en que buceo sobre las posibles deducciones de David, como invitada inesperada en una fiesta, se me presenta una deducción: Si Neo era quien yo creía, si Neo había sido en su mundo la pareja de Akhasia...Telma y David son hermanos.

Levanto la mirada y observo el reloj que funciona al revés, el reloj que mi madre también tiene en su casa y que siempre ha estado en el mismo lugar. Sus manecillas recorriendo la esfera en silencio y en sentido contrario al resto del sinfín de relojes que cuelgan en la pared, como un espectador dormido, ha sido testigo de mi infancia. Por tenerlo tan cerca, ni siquiera era visible..., hasta este momento.

No me atrevo a decirle nada. Quizás tan sólo sean suposiciones mías. Estoy muy confundido. Alguna cosa no encaja del todo en ese puzle que Telma nos ha mostrado y regalado para que acabemos de completar. Pero, no, no creo que estas conclusiones sean tan solo fabulaciones mías. Aunque..., quizás, pienso, existan más piezas, piezas que están sobre la mesa y que ni tan siquiera veo, que no acierto a encajar. El sonido de la cucharilla cesa y la

voz de mi amigo me indica que compartimos dudas.

—La mujer de ojos verdes era su madre —verbaliza David.

—Sí —le dije.

—Y ambas..., tanto Telma como Akhasia, vinieron de Madlam.

—Sí.

Le contesto por mantener una conversación que, en realidad, es inexistente. David tan sólo habla en voz alta, extrae deducciones obvias, no me escucha. Parece más extrañado que yo, y el caso es que en mi vida nunca me he sentido tan enredado con mis pensamientos. Él, supongo que igual que yo, busca certezas, intenta hallar una destreza que le ayude a desliar los hilos invisibles que, seguro, ocultan hechos en que los tres estamos involucrados.

Me siento confuso como si me hubiera despertado en mitad de un sueño y me cueste aceptar el nuevo escenario. La realidad en este momento, tan sólo es Telma, el recuerdo de una mujer que ya no está y que no sé si volveré a ver.

David se levanta de la mesa dejando el café bien removido, pero intacto. Sin decir palabra, se dirige hacia las escaleras que conducen a la vivienda.

Me tomo su café que, aunque esté frío como el aire que sopla en el exterior. Esa dosis extra de cafeína me servirá de trampolín para volver a ser un personaje de la vida que tengo delante, un mundo de formas concretas, de

cuerpos tangibles; un mundo en apariencia único.

Tan sólo pasan unos minutos cuando David ya baja por las escaleras. Sentado enfrente de mí, se concentra en un iPhone, con la misma intensidad con la que hace unos instantes se dedicaba a marear el café que me acabo de tomar. Como un pianista virtuoso teclea con los pulgares de ambas manos y contiene el aliento a la espera de la respuesta de Google.

Me muevo en el asiento para poder, también, ver la respuesta a la pregunta que mantiene tan concentrado a David. La pregunta es deducible. En el buscador ha tecleado la palabra Madlam.

Y se despliegan un montón de enlaces.

Me cabreo conmigo mismo. Siempre he sido un inútil para los idiomas, y todas las páginas están en inglés. David, por el contrario, solo hace que tomar notas en una de las servilletas que hay encima de la mesa. Escribe como un poseso. No se percata ni tan siquiera de mi presencia. Entiendo la palabras Tailandia i Bangkok. El resto son jeroglíficos para iniciados.

—Pero David, ¿qué anotas? ¿No dijiste que ya habías explorado y no encontraste ningún lugar llamado Madlam?

—Eso fue hace mil años. Lo hice con mochila a cuestas y por bibliotecas. Ahora, tengo Internet. Además... ¿Quién sabe? Las cosas cambian.

—Pero... no existirán mundos nuevos.

Me escucho a mí mismo, pensando en lo absurdo de la frase. Claro que existen otros mundos. Pero... ¿los encontrará en este? Antes de que me dé tiempo a rectificar, David manifiesta sus dudas con una pregunta.

— ¿Tú crees?

—Pues... no. En realidad, ya no sé nada.

Y tras esbozar una sonrisa breve y nerviosa, sigue tecleando en su móvil, desplegando enlaces y anotando más datos en servilletas de papel, datos que hacen referencia a un lugar al que, yo sé, jamás llegará viajando en tren, en avión o en cualquier medio usual. El transporte para poder acceder a Madlam ha de ser más sutil, como nos diría Telma, tiene la esencia del incienso, de las nubes, de la niebla o, tal vez..., del pensamiento.

Recuerdo las palabras de Odina, mi madre, cuando nos llevó a Aura y a mí al lugar donde vivían las palabras. Iremos sin tomar ningún avión ni coche.

— ¿Qué te decía?—me pregunta, en una pausa de su registro frenético de datos—. Madlam existe.

—Claro que existe, colega, pero en Internet no lo encontrarás.

—Telma ha vuelto a Madlam, ¿no? Y... Akhasia también. Las dos deben estar allí. Los tres... También mi padre.

Cesa su frenética actividad con el teclado. Nos miramos.

—No creo que encuentres nada, David.

Tan solo tenemos frases, gestos, recuerdos de una persona que encontré en la niebla y se evaporó como el aire. No se pueden obtener respuestas cuando ni tan siquiera tenemos formuladas las preguntas.

Unos ojos verdes, el aroma de incienso, el reloj de mi infancia...

Guarda el móvil en el bolsillo de su pantalón y se queda estático. Mirándome fijamente a los ojos, como una lechuza que subida a la rama de un árbol controla los movimientos de la noche, me da la noticia.

—Me voy a Tailandia.

— ¿Cuándo?

—Ahora.

—No me jodas, David. ¿Te vas ahora?... ¿Te vas ya? Eres peor que yo...Tengo fama de raro, pero tú me ganas.

— ¿Te marchas a Barcelona?

—Pues sí. Aunque, no te creas que, me gustaría ir a Tailandia.

—Ven y no te lo pienses.

—Dejé proyectos por entregar y después de toda esta historia... me viene de gusto encerrarme unos días en casa.

— ¿Me acercas al aeropuerto?

Mientras afirmo con un gesto, que no creo que tenga tiempo a

comprobar, se da media vuelta y enfila escaleras arriba.

—David —tengo que gritar—. ¿tienes para mucho?

Y sin responder la pregunta desaparece de mi campo visual. Supongo que quiere preparar una maleta y buscar el pasaporte.

Me acerco a su hermano Gabriel que, desde la barra, contempla la escena como si estuviera en la platea de un teatro. Es impulsivo, me dice, siempre lo ha sido. Cuando se le mete algo en la cabeza, al instante se pone en acción. No sabe reposar las ideas. Tiene para rato. Preparar maletas no es lo suyo.

Se me ocurre cómo aprovechar el tiempo. Me acercaré al yacimiento. Siento una necesidad. Gabriel me informa del camino.

—Si baja antes de que llegue, dile que me espere. Que no se vaya a Tailandia haciendo auto stop.

—Ya lo retendré. No te preocupes.

Me subo al coche y recorro en sentido contrario el camino que me condujo hasta la fonda del Lago. Cuando llego a la pequeña carretera que conduce al pantano de la Cova Oblidada, bajo la ventanilla del coche y respiro poco a poco, intentando discernir las partículas que me recuerden la esencia de Telma. Cierro los ojos y, como un catador experto, puedo apreciar en el aire inspirado los destellos del perfume de quien seguramente es mucho

más que una amiga.

Tal y como me explica Gabriel, continuo por una carretera lateral, guiándome también por un letrero tallado en madera que indica el camino al yacimiento.

Mientras giro me pregunto el motivo de esta necesidad que siento de repente por observar los restos de un animal prehistórico, de un ser que dejó de existir hace millones de años y del que tan sólo quedan unos huesos. No sé darme una respuesta. Actúo a la manera de David, pero, en mi caso, ni tan siquiera sé qué busco.

Es curioso el giro que toman unos planes cuando viajas sin planos. Salí en busca de los colores del otoño y ahora me dirijo tras los restos de un dinosaurio. No creo en que haya ningún nexo entre temas tan dispares y, simplemente, me dejo llevar por el impulso. Sigo conduciendo mientras me río a carcajadas de las tonterías que estamos haciendo. La vida es una caja de sorpresas, unas muñecas rusas, digo en voz alta, a pesar de que nadie pueda escucharme. Cuando consigues abrir la primera, te encuentras con otra caja más pequeña, con otro misterio por desenvolver. Aunque en mi caso, a pesar de ir abriendo una caja tras otra, los enigmas siguen revueltos.

Eso sí, me encanta abrir cajas.

Y recuerdo que a Odina le encantaba envolverlas.

Vuelvo a tomar aire, poco a poco, y aprecio en el ambiente aquella

fragancia tan familiar.

Llego a un lugar que indica el yacimiento y aparco el coche sin ningún problema. Nada que ver con la ansiedad que se genera en la ciudad ante el sencillo gesto de querer bajar del coche. El frío corta el aliento y me subo la cremallera de la parca. A lo lejos, observa una construcción en medio del desierto. Allí preguntaré, me digo, y con paso rápido intento huir del helor que me cala los huesos. Me dirijo hacia la conexión con la prehistoria.

En realidad, no tengo ni idea de cómo debe ser un yacimiento. Mi única experiencia consiste en haber visto algunos documentales por televisión, generalmente en la segunda cadena y, por supuesto, en imágenes inventadas, extraídas de la lectura de libros de aventura.

En una explanada polvorienta que parece no tener fin, con el frío atontándome el cerebro y más perdido que una mosca en una galería de arte, el único lugar adonde puedo preguntar sobre la entrada hacia el deseado yacimiento, tiene que ser una caseta de madera que estará a unos diez metros, un oasis en el desierto. Me voy hacia allá.

Me encuentro con la puerta cerrada pero, tan solo, empujándola con suavidad, se abre sin hacer ruido, y ante mis ojos se muestra un pasado perdido que parecía esperar a que alguien traspasara su umbral para recobrar la vida.

Huevos gigantes, esqueletos que desafían las leyes del tiempo, restos petrificados de cocodrilos, tortugas e infinidad de pequeños mamíferos extinguidos, piedras fósiles que esconden las huellas intactas de unos seres míticos, escenas de parajes frondosos que nada tienen que ver con el exterior y un sinfín de objetos que no puedo ni siquiera distinguir me mantienen con la expresión extasiada de un niño que se acaba de dar de bruces con su héroe preferido.

— ¿Quiere visitar nuestro museo?

Y una voz ronca, a la vez que musical y envolvente, me percata de que no soy el único ser con vida que se encuentra en este universo extinguido.

—Sí, y tanto que sí. También buscaba el yacimiento.

—En el yacimiento están trabajando pero, si tiene mucho interés por visitarlo, le puedo acompañar por los alrededores. En invierno no hay tantos turistas en el museo y dispongo de más tiempo.

— ¿Usted dirige este museo?

—Yo creé este museo y... descubrí el primer fósil. A partir de aquel momento empezó todo.

Descubrió el primer fósil de dinosaurio y me lo explicaba tan sereno, como si encontrar el primer resto de un ser extinguido hacía millones de años, y que por lo visto estaba relacionado con el ser más grande encontrado en el planeta, fuera como encontrar una seta bajo la sombra de un pino.

Nunca había ido a buscar setas, pero supongo que será mucho más fácil que dar con el paradero de un ser de la prehistoria.

Un niño me observa a la vez que yo observo a Elías, el guardián del museo. Le acaricio el cabello ensortijado y le pregunto por su nombre.

—Soy Pau.

Y tras una sonrisa corta se dirige a un despacho, junto a la puerta, donde hay dos microscopios y varias cajas de donde el niño saca unos vidrios que coloca delante de la lente. Se olvida de nosotros. Seguramente lo que observa sea mucho más interesante que escuchar la conversación de dos adultos.

Me extraña su nombre, tan corriente en mi tierra pero curioso para un aragonés. Elías, supongo que acostumbrado a investigar gestos y a buscar tesoros ocultos, se percata enseguida de mi asombro y me aclara la duda que ni tan siquiera he verbalizado.

—Es mi nieto y se llama Pau porque su madre, mi nuera, es de Barcelona. Vino aquí como becario a trabajar en el yacimiento y se casó con mi hijo pequeño. Hoy, como parecía que el niño tenía algo de fiebre, se ha quedado conmigo en el museo y, así, lo vigilo.

Luego, en tono bajito, me aclara con orgullo que al pequeño le fascinan los dinosaurios, como a su abuelo, ratifica satisfecho, y me confiesa que tenía tanta fiebre como aquel esqueleto que parece mirarnos fijamente desde un

rincón de la sala.

El niño, a pesar de no tener más de seis años, trastea con unos microscopios con tal habilidad que me sorprende.

Recorremos el museo, que es bastante espacioso y completo para estar en una pequeña población, pienso. Elías, me cuenta que tendría la edad de su nieto cuando se le despertó el interés por los fósiles de invertebrados. La mañana en que el maestro de la escuela les habló de la fosilización fue uno de aquellos días que consiguen marcar tu vida y que permanecen en el recuerdo, señalados como un indicador en la carretera; el que Elías vio aquella mañana llevaba escrito:

“Bienvenido al mundo mágico de la paleontología. Nunca lo abandonarás.”

Empezó a coleccionar fósiles de conchas marinas, muy abundantes en aquellas tierras, y que los vecinos del pueblo, hartos de verlas, trataban como si fueran piedras vulgares. Llegó a tener tantas que su padre le fabricó unas estanterías de madera para que las colocara y, así, dejara espacio en la habitación que compartía con su hermano. Años más tarde, labrando unas tierras familiares, su historia sufriría un nuevo giro. Encontró un fragmento de tronco fosilizado que le hizo pensar que podía ser algo interesante. Recordó las historias de los pastores que hablaban sobre grandes huesos convertidos en piedra. Lo guardó y siguió buscando de manera incansable.

No sabía exactamente qué buscaba ni tampoco qué podía encontrar hasta que dio con ello. Sería el descubridor del primer resto de dinosaurio del país.

Con la ayuda de su hermano y de una yegua, transportaba los tesoros que iba desenterrando. En el pueblo había quien lo animaba, pero la mayoría se reían de un gesto que consideraban excéntrico. El loco de los fósiles, le llegaron a poner de apodo pero, aún así, Elías no cesó en su tesón y dejó que los comentarios y sonrisas peyorativas resbalaran suavemente en su vida como lo hace el agua por las tejas. En el momento actual, la paleontología seguía siendo su pasión. Sus hijos y, ahora también, su nieto se contagiaron de aquella fascinación por los dinosaurios y, me comentó orgulloso que, gracias a su equipo, se habían encontrado más de sesenta yacimientos, algunos de gran interés científico.

— ¿Elías, a qué se debe esta fascinación por el mundo de los dinosaurios? No sé si me sabré explicar, pero siento curiosidad por el motivo, por los simbolismos que comportan unos seres extinguidos y que apasionan a tanta gente. Spielberg, el director de cine, también es un entusiasta y, como él, muchísima gente de culturas diferentes. ¿Qué encierran esos seres para despertar tanta pasión?

El custodio del museo me escucha atento, en silencio y con una sonrisa cargada de gratitud.

—Buena pregunta, joven. Prácticamente durante toda la vida he

seguido el rastro de estos seres y nunca me han preguntado el motivo — entorna los ojos, como si me quisiera enfocar de forma nítida—. Creo que con la respuesta que me vas a obligar a darte, voy a comprender un poco más a ese niño que se pasaba las horas escarbando en la tierra.

Tomándome del hombro, me acompaña hasta un rincón del museo, donde dos pequeños sillones se disponen alrededor de una mesa de cristal y al lado de un huevo gigantesco con el que una familia podría cenar durante todo el mes, pienso. Pau, sin inmutarse, sigue con el microscopio y garabateando en un cuaderno.

—La fascinación por los dinosaurios y por extensión con las civilizaciones del pasado — me comenta—, es porque nos remite al mundo de los mitos, a un universo simbólico. Este fabuloso y aparente mundo perdido de criaturas extraordinarias y poderosísimas es totalmente opuesto al nuestro, y éste es otro motivo de atracción. ¿Sabías que perduró nada más y nada menos que ciento cincuenta millones de años?

Un mundo totalmente opuesto al nuestro, repito en mi interior. Asiento con un gesto, invitándole a seguir.

—En la actualidad se conocen características de estos animales que eran totalmente inimaginables en decenios atrás, como que la mayoría era de sangre caliente, tenía plumas, comportamientos gregarios...como las aves actuales. Con todo ello —explica entusiasmado, gesticulando con las

manos y mostrando un brillo en los ojos comparable al del pequeño Pau—, puedes deducir que estos animales eran relativamente modernos. Hace poco, se pudo secuenciar el genoma de restos de colágeno de un hueso fosilizado de Tiranosaurio y, alucinantemente, era casi idéntico al de nuestro humilde pollo de granja. ¡Imagínate!

Asocio el huevo gigante que tengo a mi espalda con ese pollo que arreglaría la cena del mes para toda una familia. Con sus espléndidos muslos se complementarían el menú.

—Pero volviendo a la interpretación simbólica que, supongo, es lo que más te interesa —dice Elías que, por suerte, no imagina lo absurdo de mis pensamientos—. Siempre he pensado que los dinosaurios representan en nuestra psique el poder del Dragón.

— ¿El poder del Dragón? En los cuentos infantiles y en las leyendas suele haber un dragón que protege la entrada donde se retiene la princesa. El dragón lucha contra el príncipe. ¿Te refieres a ello?

—El dragón es el guardián de un lugar sagrado, por ello simboliza el puente a otro mundo y, también, la prueba a superar por todo héroe. Implica la muerte y, a la vez, el nacimiento de un orden universal. Exactamente, como los dinosaurios. ¿Sabes que significa dragón en griego?

Por supuesto no lo sé. Lo único que tengo clarísimo es que este hombre encierra una sabiduría que yo no alcanzaré en mil vidas.

—Dragón en griego probablemente viene del verbo [δρακεῖν](#) que equivale a la frase "ver claramente".

Y recuerdo las ilustraciones de Odina, sus hadas, castillos, princesas, duendes y... dragones.

— ¿Y el final grandioso de los dinosaurios? ¿Qué me dices a ello?

—Extinguidos por el impacto monstruoso de un asteroide.

—Esa es una de las teorías. Los expertos aún siguen debatiendo las causas, pero sea una u otra, lo cierto es que tuvieron un final que excita también nuestra imaginación ya que, gracias a ello, los humildes mamíferos del tamaño no superior al de una rata, y que convivieron con ellos más de cien millones de años, pudieron evolucionar y dominar la Tierra.

—Y gracias a ello, ahora estamos nosotros aquí.

—El hombre existe porque la Era de los Dinosaurios llegó a su fin, es cierto, y al mismo tiempo, su extinción nos recuerda lo efímero y la fragilidad de nuestra existencia en la Tierra.

Ambos miramos a Pau que levanta la mirada de su cuaderno y nos regala una sonrisa.

La vida puede ser efímera, frágil, pero no se acabará con nosotros. Seguirá a pesar de la desaparición del ser humano en la tierra. Aunque nos creamos los seres más importantes del universo, no somos mucho más que aquellos restos petrificados de dinosaurio.

Quizás ni tan solo eso. Quizás nunca despertaremos tal fascinación ante otros futuros seres.

Valoramos hechos banales como trascendentales y si algo puede llegar a ser importante, en este momento soy consciente que radica en la curiosa mirada de Pau o en la transparente de Telma, y ni tan siquiera en sus ojos, en el motivo que les confiere la singularidad. Lo esencial es invisible a los ojos como el mundo que Pau observa a través de una lente y como el mundo que, seguro, existe más allá de la niebla, más allá de las montañas, y que David no encontrará aunque recorra miles de kilómetros.

No tenemos el poder del Dragón, el de ver con claridad.

—Para los niños —prosigue Elías, los dinosaurios no dejan de ser un mundo mágico y de seres fabulosos, aunque esté revestido de un lenguaje científico. Y debo reconocer que... me sigo sintiendo un niño.

Y yo también lo creo. Reconozco desde el principio a ese niño que sigue conviviendo con el maestro, detrás de los surcos que el tiempo ha marcado en su rostro y sobre todo en sus ojos que, a pesar de las dioptrías que corrigen las gafas que cuelgan sobre un promontorio de su nariz, saben ver, saben ver con claridad.

Mientras yo divago con mis pensamientos, Pau sonrío. Tanto el niño como su abuelo, custodios del museo, poseen la llave para abrir la puerta a un mundo mítico. Gozan del poder del Dragón.

Estoy dispuesto a salir al exterior y recorrer con Elías y Pau, como guías, la ruta de las Huellas, donde se halla el yacimiento y poder comprobar cómo es el trabajo que desempeñan los paleontólogos. Luego, por la tarde, me planifica una segunda ruta, la que llama *Del río*, donde me comenta que podremos ver reconstrucciones a escala real de dos tipos diferentes de dinosaurios y, también, unos interesantes ejemplares de reptiles voladores. Estoy tan entusiasmado que me olvido del tiempo y de mis compromisos, hasta que el móvil me los recuerda. El nombre de David se puede leer en la pantalla. Ya tiene preparadas las maleta y el pasaporte en el bolsillo.

Me tengo que ir, Elías. Otra vez será, le digo. Un amigo me necesita, un amigo que también busca mundos perdidos.

— ¿Es paleontólogo?— y sonrío ante la pregunta de Pau.

—No, no lo es. Los mundos que busca están tal vez más cerca... en el tiempo, pero no acaba de encontrar el camino. Aún no ha aprendido a “ver con claridad”.

—Debe tener un microscopio de pocos aumentos.

—Me has dado una buena idea para hacerle un regalo, Pau.

—Si busca encontrará —observa el abuelo.

— ¿Tú crees, Elías, que siempre que buscas algo lo acabas encontrando?

—Tengo muchos años, hijo, me puedo equivocar, como todos, pero la

experiencia me ha enseñado que siempre se encuentra, tal vez algo muy diferente a lo que se busca, pero siempre que buscas, encuentras. A menudo, el error radica en no saber que andas buscando. Lo que encuentras, es lo que has de analizar.

Aquel hombre es un sabio, vuelvo a pensar. Y me hace tambalear mis bases. Analizar lo que encuentras..., repito mentalmente.

—Volveré. Tenemos pendientes esas rutas que quiero recorrer con vosotros.

Me marchó del oasis en el desierto, de un mundo mítico reconstruido con restos petrificados y envuelto por una atmósfera de enigma, cimentado por el transcurso de millones de años. Acompañaré a David hasta el aeropuerto. Estoy convencido de que no encontrará Madlam en Tailandia, en ningún rincón, pero tal vez deba de buscar allá. Como dice Elías, su hallazgo puede ser otro.

Yo debo volver a casa. Así lo siento.

Después, ya pensaré.

UNA FINA LÍNEA AZUL

Acompañó a David hasta el aeropuerto del Prat. Tozudo como una mula, haciendo honor al tópico de su origen aragonés, no escucha ninguno de los argumentos con los que intento convencerle de que no encontrará Madlam en ningún lugar del planeta.

—Lo encontraré. Cualquier lugar tiene su sitio. ¿O insinúas que no es un lugar físico? ¿Qué va a ser si no? —repite una y otra vez queriendo negar una evidencia que, estoy seguro, él también contempla —.Hemos pasado la noche con Telma, ¿no?

Es evidente y le respondo con un gesto afirmativo.

—Telma, la mujer de ojos verdes y... mi padre están en Madlam. Estoy seguro.

Yo también creo que los tres estarán en Madlam, pero no sé dónde ni cuándo se localiza ese lugar. Tampoco sé, en realidad, cómo hacerle entender algo que ni tan siquiera yo comprendo.

El vuelo a Tailandia, pasando por Estambul sale en cinco horas. Compra el billete y nos acercamos a un restaurante del aeropuerto a comer alguna cosa.

—Me gustaría acompañarte.

—Ven.

—No puede ser. Tengo que volver a casa.

— ¿Te espera alguien?

—Mi hermana y mi madre. Aunque..., tampoco es por ellas. Les podría decir que retraso mi vuelta, pero tengo que volver. No me preguntes el motivo. No lo sé.

—Quizás me pase a la vuelta. No conozco Barcelona y seguro que tu familia debe ser estupenda.

Sonriendo me alejo de él como si lo quisiera contemplar.

—Me molarías como cuñado. Mi hermana es soltera e igualita a mí, o sea guapa. Somos gemelos. Te gustaría.

—Pues no me desagrada la idea de conocerla. *Ja en parlarem*, como decís en tu tierra.

Abro la cartera para pasarle una tarjeta con mis datos, teléfonos, web, correo electrónico..., y David, cambiando la expresión de la cara, me la arranca de las manos.

Me quedo atónito por su gesto. ¿Qué le pasa a éste?, pienso. Con ojos

desorbitados contempla una foto que prácticamente ha arrancado de mi cartera.

—Es ella, es ella, es ella... —repite como un muñeco a pilas de larga duración.

— ¿Quién es ella?—pregunto extrañado y deduzco mal mi razonamiento. En un primer momento pienso que, al ver el aspecto de mi hermana, se ha sentido atraído de manera tormentosa. Tampoco va en serio mi afición de casamentero, pero el muchacho debe estar desesperado por encontrar pareja.

Miro la foto que tan bien conozco por si Aura está despampanante o se me ha escapado algún dato interesante que, por lo visto, parece ser el motivo del trastorno de David.

Sonrío con el recuerdo. Es la instantánea del día que por primera vez, Odina nos llevó a una biblioteca, al lugar donde viven las palabras, nos contó, el lugar más mágico del mundo.

—Es la mujer de ojos verdes. —dice David.

— ¿Quién? ¿Mi hermana? No digas tonterías.

Vuelvo a mirar la foto. Mi madre sonreía y nos rodeaba con sus brazos a Aura y a mí. Se refiere a Odina, caramba. Ella es la mujer, la mujer de ojos verdes.

—Se parecerá al recuerdo que tienes de aquella mujer. Eras un niño.

Los detalles se pierden con los años. Hay muchas personas parecidas.

—Nunca me olvidaré de esta mirada. Es ella. Estoy seguro.

Siento vértigo. Todo a mi alrededor empieza a girar como si me hubiera convertido en una peonza. Los objetos y las personas, que con prisa se mueven por el aeropuerto, no son más que piezas colocadas en su sitio para que hagan funcionar un mecanismo artificial. Yo desentono, y una fuerza me quiere apartar de la rueda. Tal vez el escenario que me envuelve no es más que eso, un simple espejismo en el que me han ubicado de forma temporal.

Son segundos, quizás tan solo unas décimas de segundo el tiempo que dura esta sensación. Pasa y vuelvo a sentirme parte de aquel lugar bullicioso con gentes corriendo, riendo, algunos serios, moviéndose al ritmo de unos altavoces que anuncian vuelos. La normalidad se instaura en mi entorno. En los quioscos siguen vendiendo libros, pasatiempos y revistas. El agua que me queda en el vaso es transparente y David continua con su obsesión de encontrar Madlam.

Yo sigo sin saber qué pienso.

No quiero aceptar lo que pienso.

La mujer de ojos verdes es la madre de Telma y si lo que insinúa David pudiera llegar ser cierto, Telma, Aura y yo somos hermanos. Mi madre, como pensaba de pequeño, no pertenece a la realidad. Al igual que los dragones, hadas y elfos que dibujaba, es un habitante de la frontera, un personaje de

visita que algún día volverá a su mundo.

Odina es mi madre, es de verdad... Es de verdad, repito...Y recuerdo a Elías. Los dinosaurios nos fascinan porque sabemos que son cuentos de verdad...

—Artur, ¿te encuentras bien? Estás pálido.

—Vamos fuera a tomar el aire. Quiero fumar un cigarrillo.

Nos despedimos con unos golpes en la espalda y con la promesa de que a la vuelta de su búsqueda de Madlam, con Telma o sin ella, se pasará por Barcelona. Le enseñaré mi ciudad y, por supuesto, le presentaré mi familia.

Le convengo de que Odina no es la mujer de ojos verdes.

Miento.

Subo al coche y pongo rumbo a casa.

Viendo pasar la vida tras los cristales del automóvil, una vez más siento que las ideas se me agolpan. Por miedo al vértigo que me trastocó en el aeropuerto estoy a punto de estacionar en el arcén, pero hago todo lo contrario. Doy la vuelta en la primera rotonda y tomo la dirección opuesta. Me domina un deseo incontrolable de bañarme en el mar.

Busco el mar que no le enseñé a Telma, a mi hermana.

Dirección a Sitges, subiendo por la costa del Garraf, observo un cartel

que anuncia la Cala Morisca. Tomo el camino que indica la señalización. Recuerdo vagamente esa playa, rodeada de rocas, donde nos bañábamos de niños. Con Aura, mi hermana, construíamos castillos de arena que el mar siempre nos robaba, mientras Odina tomaba el sol y hacía esbozos de hadas que según ella bailaban en las crestas de las olas. Entonces, Aura decía verlas. Yo no era capaz, pero la creía. Al poco tiempo, mi hermana dejó de ver.

Tan sólo hay dos personas en la playa. Un hombre pescando y una mujer que se deja acariciar por el tímido sol de otoño. Nos saludamos con un gesto. Me desnudo y me zambullo en el mar.

Envuelto en una toalla me dedico a contemplar el ir y venir de las olas.

El ir y venir de dos mundos paralelos separados por una fina línea azul.

Mundos paralelos que es imposible que coincidan.

Hay una puerta, creo escuchar en el aire. Una puerta desdibujada por una densa capa de niebla.

Tomo la carpeta y empiezo a dibujar el rostro de Telma.

HOLOGRAMAS EN EL ESPACIO

Parece que tras los cristales se haya concentrado toda el agua del planeta. Tres días lloviendo sin cesar. Tres días encerrada en mi estudio sin poder moverme.

En estado letárgico, paso el tiempo mirando por la ventana o dibujando montañas, como si mis pinceles obedecieran órdenes ajenas.

Me gusta la lluvia y he recordado que me gustan las montañas.

Me acerco una vez más a la ventana y observo Barcelona tras la frontera de los cristales.

La capa de lluvia me separa de una ciudad que sentía, hasta hace muy poco, como mi refugio, como el lugar donde podía camuflarme y sentirme real.

¿Camuflarme?

En estos momentos, no sé cuál es mi realidad.

Tal vez pertenezca a varias.

Tal vez esté perdiendo la razón.

Enciendo barritas de incienso, miro por la ventana y dibujo montañas. Montañas cubiertas por capas de nieve que se derriten marcando el paso del tiempo.

Aura no para de llamar por teléfono. Es insistente como esta lluvia. No lo cojo. No quiero hablar con nadie, y menos con ella, hasta que no entienda qué me está pasando. La última vez que nos vimos se quedó preocupada. Tendría que decirle que estoy bien, que se tranquilice, pero le mentiría y no sé mentir.

Desde niña, ha querido tener todo en su vida demasiado controlado. Seguramente los aparatos ortopédicos a los que estuvo atada durante dos largos años le dejaron una huella. De forma invisible, la ligaron, la mantuvieron sujeta como si fueran una coraza y evitaron que liberara sus sentimientos. Espero y deseo que algún día encuentre el valor para arrancárselos y aprenda a volar.

Artur, por el contrario, siempre ha sido un espíritu libre, un innovador, un creador de sueños. Actuaba y luego preguntaba. Recuerdo la imagen del primer día que los llevé a la piscina. Mientras le ponía a la niña el flotador, Artur ya se había sumergido. Se hundió bajo el agua y, antes de darme tiempo a ir por él, observé su rubia melena emergiendo en la superficie. Sonreía.

El encuentro con Telma lo ha cambiado. He notado en su mirada un rastro de duda que nunca había mostrado. Supongo que es la misma que siento yo.

La cortina de lluvia es cada vez más densa. Apoyo mi cara en los cristales y, tan sólo, observo destellos del faro de los coches, colores difuminados, siluetas de personas que cruzan la calle, fachadas de edificios que se vuelven transparentes. Están, sé que están, pero el agua los oculta a mis ojos...

No quiero seguir dibujando, tan solo dibujaré montañas, lo sé. Parece ser que he olvidado el resto de contornos.

Vuelve a sonar el teléfono. Es Aura.

— ¿Estás bien, Odina?

— ¿Por qué iba a no estarlo?

A través del auricular se crea un silencio impaciente. Aura espera una respuesta que no encontramos. Las dos buscamos las palabras adecuadas.

—Artur se va a Tailandia.

—Ya conoces a tu hermano.

—Dice que va a buscar Madlam. Se ha vuelto loco.

Callé.

— ¿No dices nada?

—No sé, Telma. No sé qué decir.

—Siempre sabes qué decir. Os estáis todos volviendo locos.

Callé.

—Quiere reunirse con David, ese amigo tronado que ha conocido en Teruel. Me ha dado un mensaje para ti.

Esperé su respuesta.

— ¿Estás ahí?

—Sí, hija, dime.

Aura lanzó un soplo por el auricular que me obligó a apartar el oído del teléfono.

—Ahora me llamas hija. ¡Menuda familia que me ha tocado en suerte! Definitivamente, estáis todos majaras. Encima hago de recadera...Bueno, pues me ha dicho que le enseñes el camino.

—No te entiendo Aura. ¿A quién? ¿Qué camino?

—Y yo qué sé. Pensaba que tú sabrías el significado de esa frase. Los raros sois vosotros.

Silencio.

—Espera, también me ha dicho algo de un dragón... Sí, que utilices el poder del dragón para ver la puerta. Estáis como cabras.

El camino.

El dragón.

La puerta.

Las montañas...

Me sentí mareada. Tuve que sujetarme a la pared como si el contacto con una consistencia firme me ayudara a no perder la consciencia.

—Te llamo luego, hija.

—A ti te pasa algo. ¿Otra vez me llamas hija? Si estás enferma me acerco a tu casa. ¿Tienes fiebre?

—Tranquila. No me pasa nada. Tengo que pensar

—Odina, ya me contaréis de qué va todo este tinglado. Os estáis montando una película con la Telma esa que, seguro, se ha escapado del psiquiátrico, y con el maño rarito que se va a Tailandia buscando un lugar que no existe que acabareis todos con una regadera en la cabeza. Te voy a dejar que tengo que corregir unos exámenes. Luego te vuelvo a llamar. Coge el teléfono o me presento. Te lo prometo.

—Te quiero Telma. Nunca lo olvides.

— ¿De verdad que te encuentras bien? ¿Te has puesto el termómetro?

La he tenido que convencer, recitándole unos versos de Neruda, para demostrarle que mi estado mental es el de siempre y que mi memoria se conserva intacta. Pero, no es cierto. Cada vez me siento más confundida. Mi entorno cambia, al igual que los edificios del paseo de Gracia, parece irreal,

como si una cortina de penumbras lo hubiera deformado.

Los objetos que me han acompañado durante años, se muestran extraños, como faltos de sentido. Observo la mesa de dibujo, sobre la que tantas horas he pasado creando seres fantástico, y no la reconozco.

Las paredes están cubiertas por infinidad de relojes. Sé que son míos, que los he ido coleccionando uno a uno a lo largo de mis viajes. Algunos son regalos, otros han sido encontrados en tiendas de antigüedades. Han venido a mi lado. No sé por qué.

Incluso las palabras han perdido su sentido. Me acuerdo de la palabra reloj. La deletreo, la visualizo, pero me es ajena. Los relojes marcan el tiempo, lo sé, describen el paso de la vida con el movimiento de sus saetas. Es curioso que un objeto colgado en la pared o envolviendo la muñeca, como el que compruebo que llevo, mida la existencia. La vida no puede estar comprimida dentro de una maquinaria.

El tiempo es relativo, Aura.

Lo sabía.

Lo sé.

Y así se lo decía a mi hija.

Me llama la atención un reloj diferente al resto. Delante de él, lo observo. Lo exploro desde distintos ángulos, por su izquierda, por su

derecha. Me alejo, me acerco. Entrecierro los ojos y a través de las pestañas repaso su contorno.

Sus manecillas se mueven al revés.

¿No pasa el tiempo al ritmo de los relojes?

El tiempo es relativo, Aura.

Lo sabía.

¿Lo sé?

Siento deseos de dibujar y me acerco a la mesa. Tomo un lápiz y dejo que mis manos se deslicen sobre el papel blanco. No analizo, no pienso, tan sólo dibujo.

Dibujan mis manos, no yo. No me reconozco en el resultado.

Miro mis manos. Separo los dedos. Tampoco los reconozco.

Tambaleante llego a la cocina. Me quiero preparar un té, un café, cualquier líquido caliente que penetre en mi cuerpo y aleje el frío que se ha instaurado incluso en mis pensamientos.

No sé si pienso. Creo que tan sólo siento.

En mi cabeza las frases no son coherentes. Las imágenes se han vuelto borrosas, prácticamente invisibles como los edificios fantasmas que se intuyen detrás de los cristales.

No he sido capaz de encender el fuego.

Voy al baño y me mojo la cara, el pelo, la nuca. Bebo agua directamente del grifo.

Observo la imagen que se refleja en el espejo, imagen a la que llaman: Odina.

Odina.

Odina.

Odina.

Repito mi nombre y no encuentro sentido a esas letras unidas que me representan.

El reflejo del espejo me observa, y unos ojos verdes parece que me quieran hablar.

Quizás sea mejor que llame a mi hija y me lleve a urgencias del hospital Clínico. Puede que sufra una crisis de ansiedad o tal vez una embolia sea la responsable de mi percepción alterada.

No la quiero asustar. Tal vez todo pase si me relajo. Me estiraré en el sofá y cerraré los ojos.

Me cuesta pero, tras unos cuantos torpes intentos, consigo un video de música relajante en *Youtube*. Me estiro en el sofá y cerrando los ojos intento no pensar. Quizás con un poco de descanso encuentre la calma que he perdido.

Suena la música, las olas de un mar, olas que van y vienen, olas que

arrastran pequeñas conchas, piedras de colores, restos de objetos perdidos que el agua ha modelado... Olas que cubren de espuma la playa de tierra ocre, playa por la que mis pies descalzos pasean, pasean, pasean...

Estoy en la playa. Tumbada sobre la arena cálida.

A mi lado, Artur dibuja un rostro.

Somos como dos burbujas que no se rozan.

Compartimos espacio.

Lo siento cerca.

Con los ojos cerrados, escucho el sonido del mar. Siento la caricia del sol sobre mi cuerpo.

Entreabro los ojos y a través de ese pequeño espacio que me permito, contemplo el azul del cielo.

Abro los ojos y levanto las manos. Tomo impulso, salto y me elevo.

Como si nadara, voy ascendiendo. Dejo atrás la playa, a Artur bañándose en sus aguas. La ciudad se vuelve pequeña, como una maqueta de juguete. Muevo los brazos, sigo nadando en el aire. Me dejo llevar y una corriente me arrastra. Dejo atrás el planeta.

Soy una partícula que flota en el infinito.

Sigo siendo yo.

Una música me envuelve, haciéndome sentir componente del espacio eterno que se extiende sin fin, que no alcanzo a observar, pero sé que existe.

No estoy sola.

No me siento extraña.

En este lugar sin palabras y sin contornos existe la plenitud tranquila.

He vuelto al lugar.

He vuelto al principio.

Sensaciones del ayer, del hoy, tal vez del mañana se mezclan como si fueran polvo de estrellas.

Pasado, presente y futuro son tan solo palabras, letras engarzadas sin sentido. Desde este punto del universo, sin mirar y sin escuchar puedo percibir los hechos, los pensamientos, los sueños... de Akhasia.

Estuve en este punto.

He vuelto al principio, y la claridad se ha impuesto entre las nubes de confusión.

Mi función es registrar en el éter el vaivén de los humanos, los actos y pensamientos que describen su historia. En una de mis misiones como *los ojos del tiempo*, en una intersección tiempo espacio, existen unos niños que lloran.

Llaman a su madre, llaman a Odina.

Llega una mujer y se sienta en el borde de la cama. Los acuna.

Observo su rostro reflejado en el espejo.

Odina soy yo.

Odina y Akhasia son la misma persona.

Y comprendo.

Debía volver a mi mundo y registrar en los discos de plata lo observado en el viaje, pero la imagen de los niños alteró el presente en el que vivía.

Su existencia dependía de mí. Su vida estaba en un futuro donde mi presencia era necesaria. Los mundos paralelos pueden llegar a ser tan sólo deseos, hologramas en el espacio que nunca tendrán un origen, quedando para siempre en el limbo de lo posible.

Tenía que olvidar y seguir mi camino. Telma esperaba en Madlam. Allá radicaba mi existencia.

Acabada la misión, mis partículas se condensaron y como cuerpo astral me dispuse a ocupar la nave que me transportaría al valle. Mi voz daría la orden de vuelta.

Dudé.

Callé.

Dudé.

Con manos temblorosas manejé el tablero de control y marqué Madlam

como objetivo.

Antes de ir a mi cubículo, subí a lo alto de la gran torre. Anocheceía en el valle y las tres lunas brillaban en el cielo de Madlam. Más allá de las montañas, más allá de la línea azul de los confines, pensé en unos niños que jamás existirían sin mi presencia. Bela y Telma dormían.

Crucé la frontera de la niebla.

Sin despedirme.

Tal vez como hizo él.

¿Qué hago aquí?

Me paseo entre dos tiempos que no interfieren y las dudas me hacen desentonar en este lugar de equilibrio. No sé a qué mundo pertenezco. No sé a cuál me tengo que dirigir. Parte de mí sigue en una ciudad, en el cuerpo que descansa en un sofá, que escucha el sonido de la lluvia golpear tras los cristales, pero sigo en lo alto de la gran torre contemplando las tierras del Este y aquel mar que existía tras la niebla.

Me dejo mecer por el ritmo suave de la melodía del espacio. Cierro los ojos y veo a Telma. Se ha perdido entre los mundos. No sabe quién es. Vaga entre montañas sin encontrar la puerta, ni siquiera sabe qué busca. Ha seguido los pasos de su madre, de una mujer que, sin despedirse, se fue a encontrar con un futuro que reclamaba su existencia. Siento su soledad y

comprendo cual es mi nueva misión.

Extiendo los brazos y me dejo arrastrar por los deseos. Vuelvo a la playa de arena cálida.

Observo el mar, sentada junto a Artur. No puede verme, pero le susurro una frase: busca la puerta.

El aroma de incienso me despierta. Abro los ojos y estoy de nuevo en el sofá. Los relojes siguen marcando el tiempo al ritmo de sus manecillas, salvo uno. Y me acuerdo de él, del padre de Telma. Recuerdo con claridad todo ese mundo que se ocultaba tras capas de olvido. Ella, en cambio, lo siento, está perdida. Igual que lo estuvo él cuando cruzó la frontera, igual que cuando nos encontramos cuando crucé la niebla, cuando ya era tarde para los dos.

Sigue lloviendo.

Observó los dibujos que tan solo hace unos minutos salieron de mis manos. Sin ser consciente en ese momento, perfilé un pasado que había olvidado, el camino a seguir. Los guardo en un sobre donde sé que Aura irá a buscar. Aura, mi encantada, Aura, la mujer que pronto saldrá de sus ataduras y aprenderá a volar.

Sin prisas bajo a la calle, guardando en mi mente las sensaciones que tal vez no vuelva a sentir, los aromas de una ciudad que ha sido mi escenario durante los últimos años, los colores y las formas de los edificios que Gaudí

construyó a imagen de sus sueños, el rostro de las personas que se cruzan a mi paso, que no me ven, que no se ven, igual que hacía yo, igual que hacía Odina.

Dejo que la lluvia empape mi cuerpo. Es agradable sentir el frío, es agradable sentir. Me pongo el casco sobre el cabello mojado y subo a la moto. Escucho el rugir potente de la máquina y dejo que me lleve a mi destino.

Soy Odina, soy Akhasia.

Y Telma me necesita.

Juntas, encontraremos la puerta.

NADAR EN EL AIRE

He dormido poco, pero me siento renovada como si hubiera descansado sobre una nube. Durante unos minutos, por miedo a romper el hechizo, no me atrevo a abrir los ojos. Acaricio la duermevela, me abandono a ella y permito que las luces del nuevo día y los sonidos que se filtran por las paredes del edificio compartan mi espacio.

Con los párpados cerrados, percibo los cambios de tono en las luces que se filtran por las cortinas. Caballos bancos, que galopan por una pradera de extensión sin fin, se convierten en pájaros que vuelan sobre montañas de cima redonda, que acarician el sol. Como en una película sin guión, las imágenes se muestran dispersas, me ofrecen escenarios que acepto, sin analizar. Los sonidos del edificio se magnifican, se distorsionan. El rumor del bullicioso tráfico del Paseo de Gracia, no me molesta, es un fluir de olas metálicas, relajante. Escucho el lejano ladrido de un perro, el timbre de una puerta, las notas de un piano, los latidos de mi corazón...

Rastros del sueño de esta noche me piden permiso, de manera delicada, y los dejo pasar.

Esta noche he conseguido volar.

Por fin.

Durante años, he soñado una y otra vez con situaciones similares. Corro por el campo, por la playa, por una ciudad desierta... Los escenarios cambian, yo no y, como un fatídico karma, siempre vivo el mismo final. Jamás he conseguido elevar los pies del suelo.

Tras experiencias que luego no recuerdo al despertar, siempre acabo en el borde de un precipicio, de un acantilado, en el fondo de un oscuro valle o en lo alto de un rascacielos. Mis acompañantes, personas sin rostro, alzan el vuelo sin dificultad y, sonrientes, se elevan por el aire. A veces, intentan ayudarme y me ofrecen sus manos. Es fácil, me dicen, toma impulso, déjate llevar, pero ni tan siquiera lo intento, no puedo. Me quedo en el borde del abismo, estática, compungida y sola. Doy media vuelta y camino por carreteras interminables, oscuras y frías.

Me despierto con la boca seca, con el corazón acelerado y, sin tiempo a borrar el recuerdo, corro hacia el trabajo, cabizbaja y frustrada. Cada día igual, como en un laberinto de espejos, un laberinto en el que los espejos me muestran un rostro que me disgusta: el mío. Pero, esta noche ha sido

diferente. Esta noche he conseguido volar. He alzado el vuelo y he surcado los cielos, he sobrevolado las montañas. Me he acercado a la felicidad. La he acariciado.

No he dudado. He tomado impulso y, dando un salto, me he elevado del suelo. Desde lo alto, he movido los brazos, acariciando el aire con las manos, sin vergüenza. Luego, tan solo ha consistido en nadar, nadar en el aire.

Abro los ojos, y la magia, bruscamente, se acaba. No sé dónde estoy. La luz del día y los ruidos me vuelven a molestar. La realidad me aplasta como una roca.

Sigo encerrada en el laberinto.

Estoy en casa de Odina.

Sola y con dolor en la pierna.

Me preparo una taza doble de café, utilizo dos cápsulas de *fortísimo*. A medida que la cafeína va entrando en mi organismo soy consciente de mi engaño. En algún rincón de mis pensamientos quiero ser como ellos, como mi hermano Artur, como Odina, dos cabras locas, dos crédulos cuya filosofía consiste en aceptar la premisa de que todo es posible, y sentir también que la vida es un juego divertido y mágico donde lo que buscas te está esperando. Despierta Aura, parece que escucho, esas palabras que mi madre me ha repetido tantas veces, cuando ponía excusas para lanzarme a un proyecto, cuando me quedaba encerrada en casa, escribiendo, imaginando escenas que

no me atrevía a vivir. Y ayer por la noche me contagié, me contagié de sus locuras, de Telma, David, de Madlam y de toda esa paranoia que los ha trastocado y los habrá conducido a cometer nuevos absurdos. ¡Adivina qué habrán hecho, adónde habrán ido!

Leo en la pantalla del ordenador todas las barbaridades que estuve escribiendo hasta el amanecer. Como una gilipollas, me creí cuanto salía de mi mente trastornada, las tonterías de mi hermano y Odina sobre puertas y mundos paralelos. Hasta encontré verosímil la historia de Telma, que debe ser una loca, escapada de algún psiquiátrico. Me han contagiado, pero he vuelto a la cordura. Debo ser adoptada, seguro, ya que es imposible que una alienígena se metiera en mi cuerpo cuando era niña. Pues sí, me estoy trastornando, igual que ellos. Estos pensamientos lo confirman.

Lanzo a la papelera el documento de Word donde escribí esa serie de barbaridades que me llegué a creer. La magia no existe. La vida es una carrera de obstáculos y no un paseo por una aromática y colorida alameda. Pero, tan solo unos segundos después, recupero el documento. No sé qué me mueve a ese gesto. Seguramente sea por ese gen que compartimos en nuestra pequeña familia.

Artur me llamó anteayer de madrugada diciendo que se iba a Tailandia. Ya estaba en el aeropuerto, a punto de embarcar.

—Estás loco hermano. No me digas que te ha convencido David con la

historia esa de Madlam, del relojero desmemoriado y toda esa colla de... de grillados.

—No lo sé, Aura. Quiero ir. Simplemente es eso.

—Telma puede ser una trastornada que os ha convencido con su delirio.

—Si la hubieras conocido no hablarías así.

—Artur, perdona. Haz lo que creas que tienes que hacer. Pero piensa, por favor.

—Me voy a Tailandia. No pasa nada. Una cosa tan sólo, dile a Odina que utilice el poder del dragón para ver la puerta.

—Ahora sí que te busco un buen psiquiatra.

—Aura, por favor, hazlo.

—¿Qué significa eso del dragón y de la puerta?

—Tú se lo dices y a mi vuelta hablamos. Tengo que embarcar.

Hermana. Apago el móvil.

—¿La puerta de un dragón?

—Un abrazo. Y aprovecha el viaje a Vermont. Me has de contar con sumo detalle cómo son los colores del otoño en ese lugar.

Mi hermano volando a Tailandia, en busca de un lugar que no existe y de una persona que no está en sus cabales. Y Odina desaparecida. Dentro de unos días volverán y tan felices. Artur se habrá enamorado de una tailandesa,

y mi madre..., Odina, seguro que se ha apuntado a última hora a cualquier congreso en Estocolmo o en Kioto, o estará volando hacia una playa del Caribe o bien haciendo cola en un musical de Manhattan. ¡Quién sabe qué puede hacer este par!

Poco me ha durado la sensación de felicidad. Tendré que volver a dormir, ya que solo en los sueños parece ser que me puedo sentir bien.

Al recordar la conversación y sobre todo mi contagio de la noche anterior, cierro de golpe la tapa del ordenador. Me levanto de repente, enfadada, no sé con quién, no sé por qué y tropiezo con la maleta que dejé anoche preparada para ese absurdo viaje a Vermont. Le doy una patada con tal fuerza que me provoca un intenso dolor en la cadera izquierda. Cojeando y llamándome imbécil me dirijo hacia el sofá.

Con el reposo, poco a poco, el dolor mitiga, el dolor físico, pero mi mente sigue siendo un torbellino de ideas sin sentido y de sentimientos confrontados. Cierro los ojos, intento controlar mi agitada respiración y analizar unas reacciones bruscas que no me son propias. ¿Qué me hiere?

Tras la conversación con mi hermano llamé a Odina y la noté extraña, débil y confusa. No parecía ella. Tenía que haberme presentado en su casa aquella misma noche, pero no fui. A veces me cansa. Me fastidian sus ganas de vivir, a pesar de todo; su capacidad para ser feliz, a pesar de los problemas; a pesar de mi..., pero lo que más me irrita es su aplastante

seguridad.

Me enojo porque no logro parecerme a ella.

Y aquí estoy, en su casa, envuelta por su aroma, por esa fragancia sutil a incienso que me cobijó durante la infancia. Una sutil fragancia a incienso que impregna los tejidos de la casa, las fibras del parquet; aroma que se ha adherido a mi ropa, a mi piel.

No sé qué hacer ni adónde ir. Me levanto aturdida, intranquila, como un perro perdido, con la única misión de contemplar la vida a través de los cristales.

Ya no llueve, pero la esencia de la lluvia persiste en los charcos de la calle, en el color gris del cielo, en el olor de las hojas arrancadas de los árboles, en la ropa mojada de las personas que vuelven a pasear, como caracoles que se mueven tras las tormentas. Con la manga del jersey, limpio el vaho que ha dejado mi aliento y descubro que alguien se ha dedicado a dibujar en ellos. Montañas, montañas y montañas, tan sólo observo siluetas de montañas. Tienen el toque de Odina. Su inconfundible trazo sigue a mi lado, entre el exterior, la vida y mi presente, mi soledad.

Otra vez Madlam.

¿También se habrá ido a Tailandia?

La llamo al móvil, sabiendo que no responderá, siempre lo lleva apagado, pero escucho las familiares campanas de su timbre. Se ha dejado el

teléfono encima de la cajonera blanca. Y con batería. No entiendo nada. Apagado sí, pero jamás se lo deja.

Su iPhone blanco descansa en un sobre de color crema, grande y almohadillado, como aquellos que recibíamos antes de la era Internet y que contenían los textos que Odina debía ilustrar, pero este sobre lleva mi nombre escrito en el anverso, en letras mayúsculas y subrayado.

¿Será una despedida?

Odina es capaz de cualquier barbaridad. La cabeza me da vueltas. Me duele la pierna.

Tomo el sobre, deseo conocer su contenido, pero tengo miedo, y el temblor de las manos me impide abrirlo. Me siento delante de la ventana. La lluvia ha vuelto a caer sobre la ciudad, ha vuelto a velar la silueta de los edificios. El exterior se esconde. En el interior, comparto mi soledad con el sobre.

Lentamente, por el respeto que me inspira el enigma, empiezo a levantar la solapa. Corto, con cuidado, la tira autoadhesiva que intuyo guarda un contenido trascendente. No lo intuyo, lo sé.

Del interior del sobre aparecen imágenes. Una sucesión de dibujos. Dibujos de mi madre, de Odina.

Coloco las láminas en orden sobre la mesa del comedor. Las contemplo con los ojos del sentimiento, sin trabas, sin preguntas, aceptando cuanto me

dicen, aceptando las respuestas a unas dudas que me han acompañado durante tiempo.

En esos dibujos observo el pasado de Odina, el pasado de la mujer de ojos verdes que cruzó la frontera... por nosotros, por Artur y por mí.

La lluvia se ha instaurado en mis ojos.

Entre el exterior, la vida y el interior, mi soledad... ya no existen ventanas.

Recuerdo que esta noche fui capaz de nadar en el aire. La maleta sigue tirada en el suelo y me pregunto: ¿Por qué no?

LA ROCA AGUJEREADA

Subida en la moto recorro el paseo de Gracia, lentamente, con la intención de sellar en la memoria el escenario que me ha cobijado durante gran parte de mi vida y que, seguramente, conserva mis recuerdos, esconde mis sentimientos..., escenario que, tal vez, jamás vuelva a contemplar.

La lluvia no es tan intensa, se ha convertido en un líquido abrazo y, a través de la visera del casco, puedo observar los edificios que durante tantos años me han acompañado, que han inspirado en mis ilustraciones, en mi manera de vivir.

Miro la carretera. No pienso y siento que nada se acaba, tan sólo se transforma, y sé que en las piedras de las fachadas, en el metal de las farolas y en este cielo gris que hoy enmarca Barcelona se quedan fragmentos de mi vida. Parte de mi existencia jamás marchará del todo, mi esencia permanecerá en la ciudad.

Y junto a mis hijos.

Desde el estudio, durante largos años, he observado la casa Batlló, cuya

fachada de ondas oníricas se convirtió en mi mejor modelo, un silencioso y potente modelo que me estimulaba a volar la imaginación. Gracias a ella, surgieron de mis pinceles infinidad de seres fantásticos, hadas, brujas, gnomos, dragones... Nacían en el papel, se perfeccionaban en la pantalla del ordenador, pero el aliento creador nacía de aquella casa, de la combinación de los colores de sus cristales, de sus cerámicas, de los misterios que esconden sus sinuosas formas.

Tomo la Diagonal, sin saber adónde voy, tan sólo me dejo llevar por el instinto y por el recuerdo de esa fachada que Gaudí modeló con sus propias manos hasta darle al yeso la forma que buscaba: el oleaje del mar Mediterráneo y las sinuosas formas de la montaña de Montserrat.

Dejo la mente en blanco y tan solo permito el paso a la imagen que conservo de la casa Batlló. Puede que en ella esté la clave, esa señal invisible a mis ojos, pero no a mis reacciones. ¿Por qué instalé mi estudio enfrente de ese edificio? No creo en el azar.

Visualizo las columnas de la fachada en forma de huesos, las calaveras de los balcones, los arcos catenarios de la bóveda, recubiertos por cerámica vidriada, escamas en tonos rojos, verdes y azules, el *trencadís*, que recuerda el lomo de un dragón. Y la bóveda con la cruz de cuatro brazos, los cuatro puntos cardinales que tal vez Gaudí concibió como la espada de san Jordi, que clavada en la espalda del animal, deja brotar la sangre presente en la

cerámica roja.

Montserrat y el dragón, me escucho decir.

Montserrat y el dragón, repito.

La lluvia cesa y aprieto el acelerador.

Ya sé adónde voy.

Me gusta el aroma que tras la lluvia impregna el ambiente. El aire fresco, limpio, como un lienzo blanco, me invita a pintar la puerta que traspasé hace tiempo, y que ahora deseo cruzar junto a ella. Con cada metro, con cada quilómetro que recorro subida a la moto, sintiendo el aire golpear en mi cuerpo humano, se intensifican los recuerdos que durante años había olvidado y se configuran escenas desordenadas del pasado que poco a poco van recuperando el sentido. Odina se va despidiendo, me abandona y me provoca un sentimiento agri dulce. Suavemente, como una caricia de gotas de agua, me voy convirtiendo en Akhasia, la mujer de ojos verdes que reconoció en David la mirada del padre de Telma. Al recordarlo, comprendo que él también vivió el mismo trance. Neo, el hombre que traspasó la niebla y se olvidó de su mundo, Neo y su reloj de manecillas sin sentido. Sin sentido para quienes no conocieron ni sepan jamás de nuestra historia.

Las montañas de Madlam, cubiertas de nieve en invierno, se hacen

visibles en mi próximo horizonte, los cubículos de colores, los valles, los discos de plata, la Torre Circular, Bela, mi madre, y Telma, mi pequeña, la niña que dejé en la cuna..., sin llegar a conocer.

Tuve que decidir entre mi presente y un futuro que jamás hubiera sido.

Si no hubiera cruzado la niebla, Aura y Artur seguirían siendo imágenes en el limbo de lo posible, y Telma... ya existía. No sé si entenderá mis motivos, no lo creo, pero fue mi decisión y no me arrepiento. Ahora, emprendo el camino inverso. Tampoco sé si los gemelos lo entenderán, pero la respuesta es la misma. Soy responsable de mis decisiones. Aunque no lo entiendan, aunque jamás me perdonen, no daré marcha atrás.

A mi derecha, observo los aglomerados de cantos rodados que forman la montaña de Montserrat, la catedral de la naturaleza, la fuerza del grial escondida en la materia del mundo. Las montañas se yerguen de forma audaz hacia el cielo, como el ciprés que reside en la plaza de la basílica, en el *trencat*.

He llegado a mi destino.

He llegado a uno de los senderos del Dragón.

Pasado el *Bruc*, salgo de la autopista, dirección a la montaña. En el collado de can Maçana bajo de la moto. La dejo bien estacionada y con las llaves puestas. Me despido, como si fuera una gran amiga a la que sabes que jamás volverás a ver. Es una máquina, aparentemente un aglomerado de

metal y plástico, pero tiene memoria, como todos los objetos. Lo sé. Lo sé muy bien. Durante mucho tiempo, seguí el rastro de personas, también de objetos y, comprobé que conservan impregnados entre sus átomos la esencia de quienes los han utilizado. Akhasia..., yo, como integrante de los *Ojos del tiempo*, me encargaba en mi otro mundo de registrar los actos y pensamientos de los humanos que, como casi nadie sabe, permanecen flotando en el éter, y es sobre todo en los objetos donde se concentran sus esencias. El último de mis registros me llevó a viajar a través de los tiempos, siguiendo el rastro de una agenda roja, el diario en el que un hombre escribió sus sentimientos, sus alegrías, sus deseos y añoranzas. A través de aquel cuaderno llegué a muchas personas, y fue en aquella misión, cuando en un pliegue del tiempo espacio los descubrí, contemplé a unos niños que no llegarían a nacer sin mi presencia en su mundo, mis hijos Aura y Artur.

Dejo la moto, con tristeza, la miro mientras me alejo y mis pasos me conducen a un camino que me devolverá a los orígenes. O tal vez no. El tiempo no es una línea recta, tampoco es circular. A pesar de mis experiencias, y en diferentes mundos, no puedo afirmar nada, no puedo negar nada. La verdad se halla en cada una de las gotas de lluvia que, de nuevo y suavemente, vuelven a acompañarme en este viaje.

Tomo un camino que asciende ligeramente, bordeando grandes moles

de roca que inspiran la fantasía. Camino entre bosques de encimas y arces, salpicados de acebos. La fina lluvia, que se ha empeñado en acompañarme, estimula la fragancia de los arbustos, componiendo una sinfonía de aromas.

Sigo unas marcas amarillas que señalizan el camino, dejando que mis pasos me lleven junto a Telma. Perdida entre una niebla de confusión no sabrá encontrar la puerta. Como un espectro se hallará entre los dos mundos. No sabrá los motivos que la empujaron a un viaje de difícil retorno. Juntas lo intentaremos.

Enseguida observo la zona de Les Agulles y el Serrat de la Portella, la puerta de entrada a la Montaña de Montserrat, la puerta que como una *matriusca* de piedra encierra otras puertas. Ahora, tan sólo me resta encontrar el dragón.

El camino se bifurca. Cierro los ojos, y mis pasos me llevan por el camino de la derecha, hacia el Refugio de Vicens Barbé. Las raíces que se elevan del suelo y los relieves de la roca me ayudan a proseguir por un tortuoso camino salpicado de matorrales. Algo cansada, hago una parada y como frutos de mora, no del todo maduros, ligeramente ácidos, tal y como le gustaban a mis hijos, a Aura y Artur; pequeñas frutas que recogíamos en nuestras excursiones por Collserola. Las saboreo, disfrutando de su acidez, intentando retener otro de esos pequeños recuerdos que no quiero que se evaporen tras pasar la frontera, tal y como me pasó con Telma.

Me contradigo a medida que las flores del tejo se hacen visibles. No puedo ni quiero mirar hacia atrás pero, a pesar de mis deseos y esfuerzos, las imágenes del pasado se me muestran. Como espectadora de una película, visiono escenas de una vida, de mi propia vida que, con cada paso, voy dejando atrás.

Despierta, Aura, grito, y tan sólo me escuchan las rocas, la lluvia y el viento que hace temblar las hojas de los árboles. Despierta y vuela, ángel de alas rotas, les digo, como si hablara con ella. No es preciso tener alas para elevarse, tan sólo hay que desearlo. Pero... ella nunca escucha, pienso.

Y una mariposa de rojo intenso se posa en mi hombro.

Mueve sus alas y se eleva.

Sonrío y sigo el camino.

Tal vez esta vez sí...

Tras un trecho de subida vuelve el descenso, vertiginoso, durante el cual se va despejando el camino. Resbalo, a pesar de llevar suelas de goma. Las raíces vuelven a acudir en mi ayuda, y las rocas, en las que vuelvo a ver pequeñas flores de tejo, me hacen sospechar que estoy llegando al lugar.

Me mareo, siento que voy a perder el sentido y respiro profundamente, despacio, tranquila. He de mantener la cordura en este mundo que se

tambalea, en este mundo que parece sólido como las rocas que me envuelven y no es más que un ínfimo planeta suspendido en el universo. Frágil y perecedero, tan suave y leve como la mariposa roja que, a pesar de su ligereza, es capaz de volar.

Frente a mí se eleva una exuberante roca, con cabeza de dragón y orientada al Norte.

El dragón es el custodio de la puerta.

Renuevo mis energías perdidas y acelero el paso hacia el guardián.

La observo con atención, sin parpadear, focalizando toda mi fuerza en la roca. Me siento cerca de Telma, muy cerca. Con las manos, me cubro los párpados y busco luz en las penumbras. Aparto los pensamientos y escucho.

Abro los ojos y el escenario que me envuelve se centra en un agujero triangular de la roca. Él me muestra el camino.

Sigo un sendero a mano izquierda que bordea la montaña y llego a mi destino.

La roca agujereada se halla a la izquierda. Cierro los ojos, con suavidad, y pienso en Telma. Se materializa una cascada que forma un remanso de aguas cristalinas. Las altas paredes que envuelven la gorga me rodean como un mágico abrazo, indicándome que he cruzado la barrera del desconcierto y que he traspasado la primera puerta.

Los últimos rayos del sol se filtran por el agujero triangular de la roca y convergen en una figura blanca.

Sentada frente a un lago, una joven observa ensimismada las cristalinas aguas. Los rubios cabellos le ocultan el rostro. Ha pasado mucho tiempo. He vivido en otros mundos, he cambiado de identidad, pero aunque no conozca sus facciones ni haya escuchado jamás su voz, sé que es ella, sé que es aquella niña que dejé dormida en su cuna, aquella niña a la que besé con la sensación de que no volvería a ver.

Me acerco despacio, no la quiero asustar, y me siento a su lado. Durante unos minutos el silencio es nuestro aliado. No sabe quién es, no sabe dónde está. No sabe quién soy.

Nos miramos y en sus ojos transparentes ratifico mis sospechas, está perdida entremundos.

—Hueles a incienso.

Y vuelve a dirigir la mirada sobre las rocas que nos envuelven.

—Me gustan las montañas —comenta con un susurro—. Sus irregularidades son perfectas. No quiero vivir en un mundo de cuadrículas.

Aspiro el aroma del lugar y percibo un aire fresco que envuelve su persona. Recuerdo las palabras de Bela, mi madre, como si una luz, de repente, se hubiera encendido en mis recuerdos.

“Telma cruzará la frontera y traerá aire fresco a Madlam.”

Y repito las frases que hace años vaticinó Bela.

—Es hora de volver, Telma.

—No sé adónde debo ir. No sé quién eres.

—Nos espera un lugar más allá de las montañas.

Me vuelve a mirar fijamente, como Aura, cuando practicaba su afición a descubrir máscaras.

—Tienes los ojos verdes. Como él..., pero no recuerdo su nombre.

—Juntas, intentaremos no olvidar.

Me ofrece la mano y tras el contacto con su piel, recuerdo los rastros de un antiguo sueño, retazos confusos que se convierten en una posibilidad. Le acaricio el vientre y la cortina de humo se deshace. Tres lunas nos esperan en Madlam.

Una densa niebla se materializa frente a la roca agujereada, una espesa cortina de brillos metálicos que nos invita a cruzar. Con las manos fuertemente enlazadas nos adentramos en su interior. Quiero dar el paso y sé que no podré volver atrás. Una imagen me retiene, unos niños llorando en su cuna, los niños que me obligaron a cruzar la barrera de los mundos. Tal vez al

cruzar la niebla, mis recuerdos se difuminen hasta convertirse en rastros de polvo. Me aparto el flequillo de los ojos, tomo aire y agarro fuertemente la mano de mi hija. Lucharé contra el olvido. Lucharemos juntas.

En el interior de la bruma, somos ingravidas. Nuestros cuerpos son como hologramas que contienen la identidad, los pensamientos y las sensaciones. Nos mecemos entre luces pálidas y sonidos que recuerdan el ir y venir de las olas del mar. Somos aromas de incienso y hierba fresca que se dejan aspirar por una espiral. Cruzando la frontera a velocidad vertiginosa, me acompaña el calor de la mano de Telma y un sonido que no me es ajeno, el del paso del tiempo, el sonido de un reloj, posiblemente un reloj cuyas manecillas giran al revés.

Busco otra mano entre la niebla y noto el calor de Neo.

POLVO DE ESTRELLAS

Miro por la ventanilla y, a través del reflejo de mi rostro, observo capas de nubes algodonosas que parecen montañas de nata montada.

Vuelo y no estoy soñando.

El reflejo es la imagen que tantas veces he visto en el espejo del baño y que conozco muy bien, aunque ahora sonrío. Me pellizco y duele. No, no estoy soñando. He conseguido, por fin, elevar los pies del suelo.

Y me gusta.

Por si acaso el pánico se empeñaba en subir conmigo el avión, me acompaña una bolsa que esta mañana, antes de facturar, me he encargado de preparar con un potente cargamento de caramelos, sudokus, crucigramas, libretas, bolígrafos y, por supuesto, de novelas, pero no he necesitado en ningún momento echar mano de esas distracciones. Por primera vez en mi vida, estoy disfrutando de lo que hago y, aunque sea inverosímil, en un avión... Durante horas, he dormitado como una bendita; en la duermevela

encajaba piezas de un puzle que aún permanecían sueltas, pero la mayor parte del tiempo lo he pasado mirando por la ventana, y disfrutando.

Desde las alturas, a medida que las ciudades se empequeñecen y el paisaje se asemeja a una maqueta de juguete, hasta dejar de existir, se han ido volatizando mis dudas para convertirse en polvo, en polvo de estrellas que seguramente Akhasia podrá registrar en el éter. Tengo la sensación de que han pasado un trapo blanco por mi mente, un trapo que ha quedado impregnado con todos los bloqueos, miedos y dudas que he arrastrado durante toda mi vida como un pesado equipaje, y me siento ligera como esas nubes que estamos atravesando.

Artur estará en Tailandia, con David, vagabundeando sin sentido por las calles, desesperado, buscando un mundo que, seguro, no encontrarán en ningún lugar de la geografía. Odina, convertida en Akhasia, habrá cruzado la frontera, estoy segura. Sus ilustraciones me lo decían, dibujo a dibujo me han mostrado un pasado y un futuro que, a pesar de que siempre he intuido, no he sido capaz de llegar a aceptar. No sé si la volveré a ver aunque, dentro de mí, una voz en tono de susurro me dice que sí, pero si nuestros caminos jamás se cruzan y seguimos por vías paralelas, la llevaré siempre conmigo, es parte de mí. En el silencio, en la música, en el aroma del incienso o en el sonido de los relojes podré escuchar sus palabras. Cierro los ojos y observo su media sonrisa, sus ojos verdes que me traspasan, mientras me dice una vez más:

Aura, el tiempo es relativo.

Todo es relativo, madre, le respondo. Sé que me escucha y también comprendo los motivos por los que ha marchado. Su misión a nuestro lado había llegado al capítulo final, y su presente está junto a Telma, en Madlam. Tal vez en algún momento de mi vida, en un cruce espacio tiempo o en un sueño volveré a verla y conoceré a mi hermana. Artur se cansará de buscar en Tailandia un lugar invisible y, cuando vuelva, lo entenderá, seguro.

He vuelto a dormir y me he sumido en un sueño tranquilo del que me ha sacado una azafata que me ofrecía una bandeja. No sé si estoy comiendo, cenando o desayunado, pero me es indiferente y como tengo gana me lo como todo y, encima, encuentro delicioso el micro menú prefabricado, envuelto en papel de plástico.

Cuatro horas me separan de Barcelona, ciudad donde he dejado mi vida en suspense y cuatro horas me acercan a Nueva York, a Brooklyn, un lugar que he visitado infinidad de veces a través de la ficción y que nunca hubiera imaginado que un día estaría a punto de conocer, de recorrer sus calles, admirar sus casas de ladrillo rojo...

En la bolsa que contiene el cargamento contra posibles ataques de pánico, llevo un ejemplar de *Locuras en Brooklyn*, una de mis novelas de cabecera y que esta vez he comprado en edición de bolsillo en el quiosco del aeropuerto.

Nathan Glass me tenía que acompañar en la visita. El protagonista de Auster busca un lugar tranquilo para morir, y en Brooklyn, a media manzana de Prospect Park, afronta el último tramo de su vida. Buscaré una habitación en el hotel Existencia, como Nathan, como Tom y Harry. Ellos no habían perdido la esperanza. Yo la acabo de recuperar. Nos reuniremos en ese hotel y participaré de su conversación.

¿Qué narices estás pensando?, recrimina esa voz que se ha encargado durante tantos años de tenerme anclada en la tierra. Puede que haya perdido la razón, pero me es totalmente indiferente ya que jamás me había sentido tan bien. Sí, buscaré ese hotel, respondo a la Aura morruda que no me reconoce e Imitaré a Nathan. En una de las libretas que llevo en la bolsa anotaré mis experiencias, mis propias locuras de Brooklyn. Me he dado permiso a escribir y, luego, ya veremos. No quiero pensar en el mañana, el mañana no existe, sólo existe un presente en el que me quiero sumergir. Mañana será la consecuencia de lo que haga hoy, y hoy, en este momento y en este lugar, quiero contemplar las nubes, empezar mi diario de Bitácora y pensar en el hotel Existencia.

Artur me conoce bien. Dejó los billetes de avión y los visados en regla. Seguramente sabía que él no viajaría a Vermont, ni a Brooklyn, era yo quien tenía que descubrir los colores del otoño y me hizo este regalo, antes de que yo supiera que podría dar ese paso. En cuanto conecte el móvil le llamaré y le

daré una alegría cuando sepa que su hermana la encantada, su hermana la miedosa ha tomado por fin un avión y se ha lanzado a la aventura que él había planeado.

Siempre he sido la sensata, la más centrada de mi estrambótica familia, o eso creía, pero al final he sido yo quien lo ha dejado todo, sin avisar y me he lanzado a una aventura que tan sólo había imaginado en sueños. Oдина, he despertado, le digo, he salido del letargo... Seguro que lo sabes.

En un principio, tengo pensado recorrer durante diez o quince días esos escenarios que solo he pisado con la imaginación, en unas novelas que he hecho mías, y luego tomaré un avión a Vermont.

En el quiosco he comprado otro libro que he leído decenas de veces, *El libro de las ilusiones*. Cuando llegue a la tierra de los Montes Verdes recorreré los escenarios de David Zimmer, escritor y profesor de literatura de Vermont. Tras la muerte de su mujer y sus hijos, un día consigue reír. Héctor Mann es el causante del milagro, uno de los últimos cómicos del cine mudo, que le muestra que aún no ha tocado fondo, que todavía quiere vivir. Yo haré una especie de viaje inverso. Viajo de Barcelona a Brooklyn y luego partiré a Vermont, pero es un viaje parecido, también he conseguido reír.

En Vermont también se refugió Federico, Federico García Lorca que huyendo del calor y el ruido de la ciudad, huyendo en realidad de sí mismo, se cobijó a orillas del lago Edén, en la casa de su amigo Philip Cumming y

donde escribió sus mejores versos. Buscaré ese lago y lo anoto en mi cuaderno como planes de este viaje.

Mi cabeza es un torbellino de planes. No sé si conseguiré hacerlos todos realidad, pero los tengo y este hecho me basta. Me he liberado por fin de aquellos aparatos ortopédicos que me seguían aferrando a la tierra y ahora deseo correr, correr y comprobar con mis ojos todos los paisajes leídos en el papel. Las montañas de Vermont estarán en su máximo esplendor y las quiero ver, oler, tocar... Como tantas veces le he contado a Artur, los marrones cálidos, los naranjas y amarillos, los rojos y violetas brillantes, que son invisibles en verano, reaparecen exultantes cuando el verde se desvanece. Tan solo hay que esperar a que ceda el vértigo. Cuando se calma la actividad puedes, entonces, contemplar esos colores.

Me ha llegado el momento.

Quiero soñar, aunque no despierte o aunque todo sea un espejismo.

Antes de que la azafata lo anuncie, un zumbido en los oídos me avisa que estamos aterrizando. Por la ventanilla, las nubes se van despejando y observo el océano azul metálico, cubierto por escarchas algodonosas, nubes deshilachadas, nubes que configuran formas, rostros, y en los que puedo apreciar, tan sólo entornando los ojos, el rostro de esa mujer que traspasó la frontera de los mundos por Artur y... por mí.

Me espera mi vida, Odina.

He despertado y quiero aprender a ver.

Sabrás de mí si buscas en el polvo de estrellas.

LA AUTORA



Griselda Martín Carpena nace en Barcelona, en el barrio del *Poble Sec*. Licenciada en medicina y cirugía, profesora de ciencias y doctorada en psiquiatría infantil por la Universidad de Barcelona.

Ha publicado tres novelas: “Mujeres en la sombra”, “Muñecas de papel” y “Hacer de paciente no es fácil”. Colaboradora en 14 antologías de relatos, la mayoría solidarias.

En la actualidad combina el ejercicio de la medicina con la escritura y el estudio del idioma chino en la EOI de Barcelona.

sisel59@gmail.com

ÍNDICE

ÉRASE

- 1—Permiso de escribir
- 2—Treinta por ciento, bruja
- 3—Sin máscaras
- 4—Los colores del otoño
- 5—Fragmentos de eternidad
- 6—En un punto de la inmensidad
- 7—Maletas vacías

UNA HISTORIA

- 8—La Cova Oblidada
- 9—Fragmentos de cristal
- 10—Una sutil fragancia de incienso
- 11—Un cuadro y un reloj que funciona al revés
- 12—El hombre de la niebla

13—Desparecer

14—El tronco de los deseos

15—La mujer de ojos verdes

16—Las piezas de un puzle

17—Los ojos del tiempo

UN FINAL

- 18—Luz en la oscuridad
- 19—La espiral que me espera
- 20—Ver claramente
- 21—Una fina línea azul
- 22—Hologramas en el tiempo
- 23—Nadar en el aire
- 24—La roca Agujereada
- 25—Polvo de estrellas

GRISELDA MARTIN CARPENA

